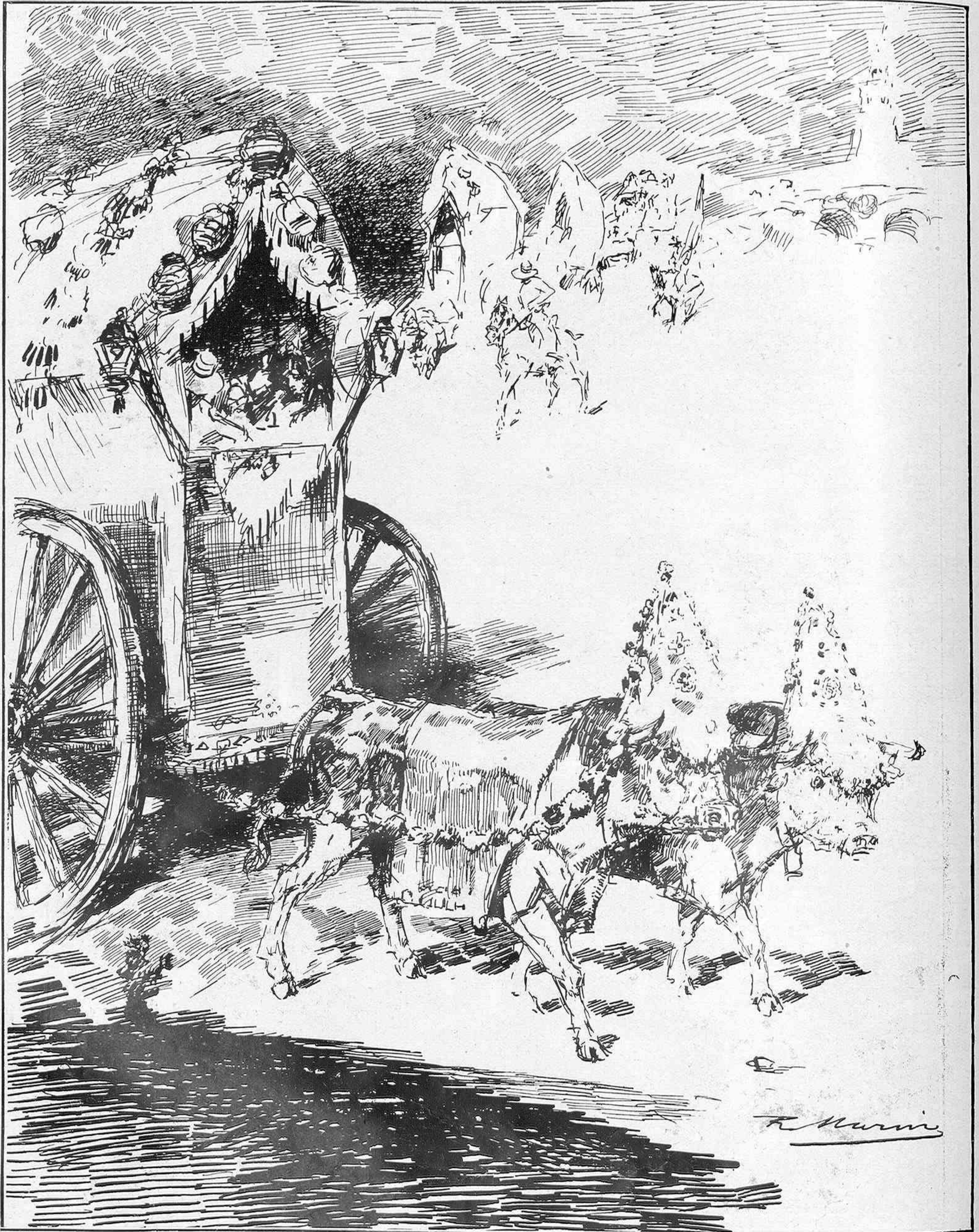




EL FAMOSO DERBY DE EPSOM, EN INGLATERRA

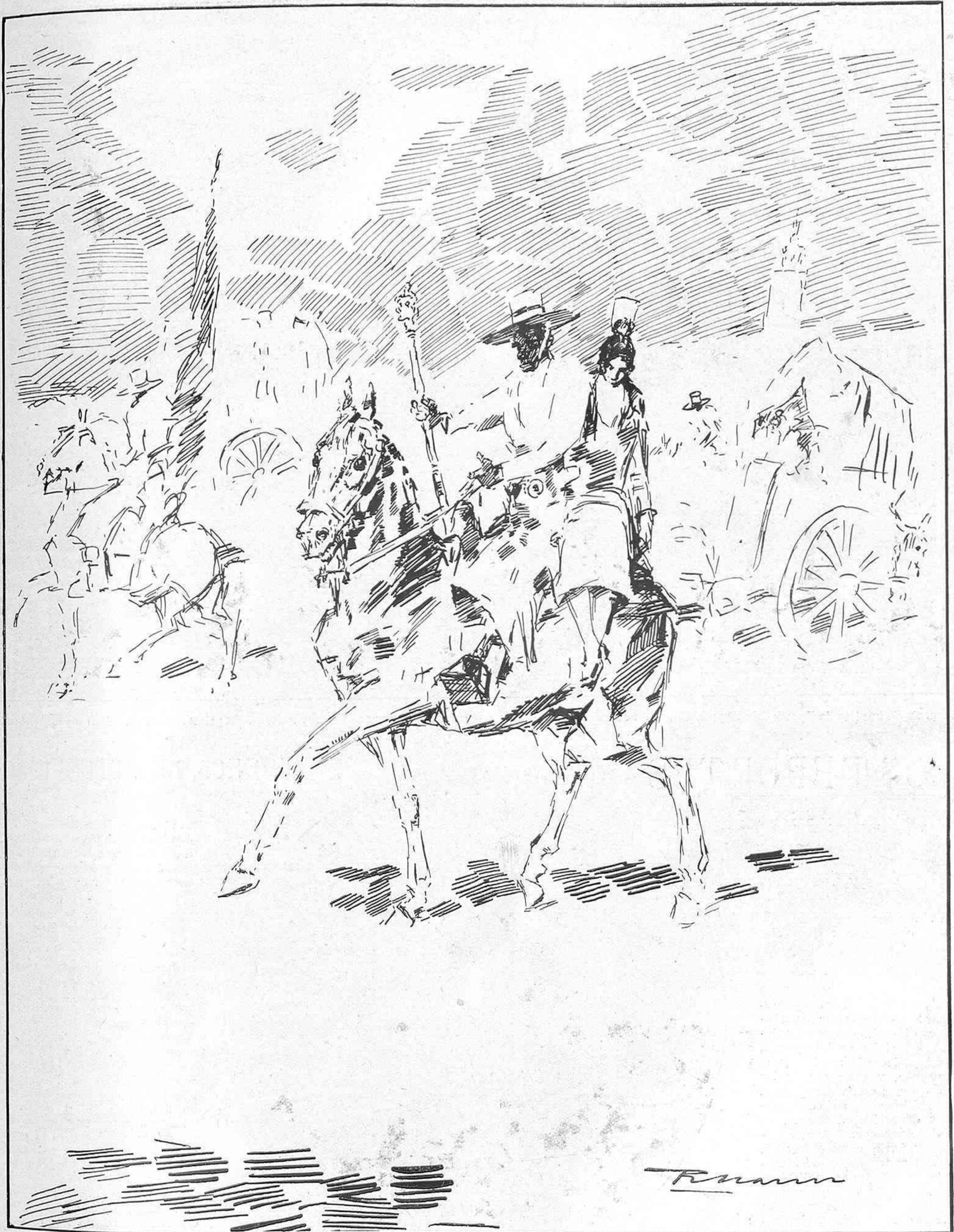
Lord Curzon, el propietario de «Call Boy», vencedor del Derby inglés, llevándole del diestro á su salida de la pista después del extraordinario triunfo en la celebrada prueba hípica internacional

(Fot. Agencia Gráfica)



ESTAMPAS SEVILLANAS

Ya quedaron lejos, en el ambiente y en los días, las horas dolientes de la Semana Santa. Tras del prodigio de la Feria, vienen ahora las romerías pintorescas, los cortejos alegres que van a las ermitas y los santuarios tradicionales en una mezcla de júbilo y de fe. Las carretas engalanadas, los caballistas típicos, forman, al ir hacia la romería, humanas sierpes de color bajo la gracia azul del cielo de Junio



He aquí, recogida por el trazo ágil, inconfundible, de Ricardo Marín, una de las más típicas, de las más arraigadas fiestas sevillanas: la Romería del Rocío, cuadro de color, de alegría y de luz incomparables. Es la Romería que recogió en sus notas magas el arte del maestro Turina. En el dibujo de la izquierda, una de las vistosas carretas engalanadas. En el de la página de la derecha, los tradicionales romeros á caballo. (Dibujos de Marín)

LA ROMERÍA DEL ROCÍO



Aspecto de la pista de Epsom á la llegada á la meta del pelotón de cabeza de los participantes en el Derby famoso. En primer término, «Call Boy», montado por Elliot, que batirá á «Hot Night»

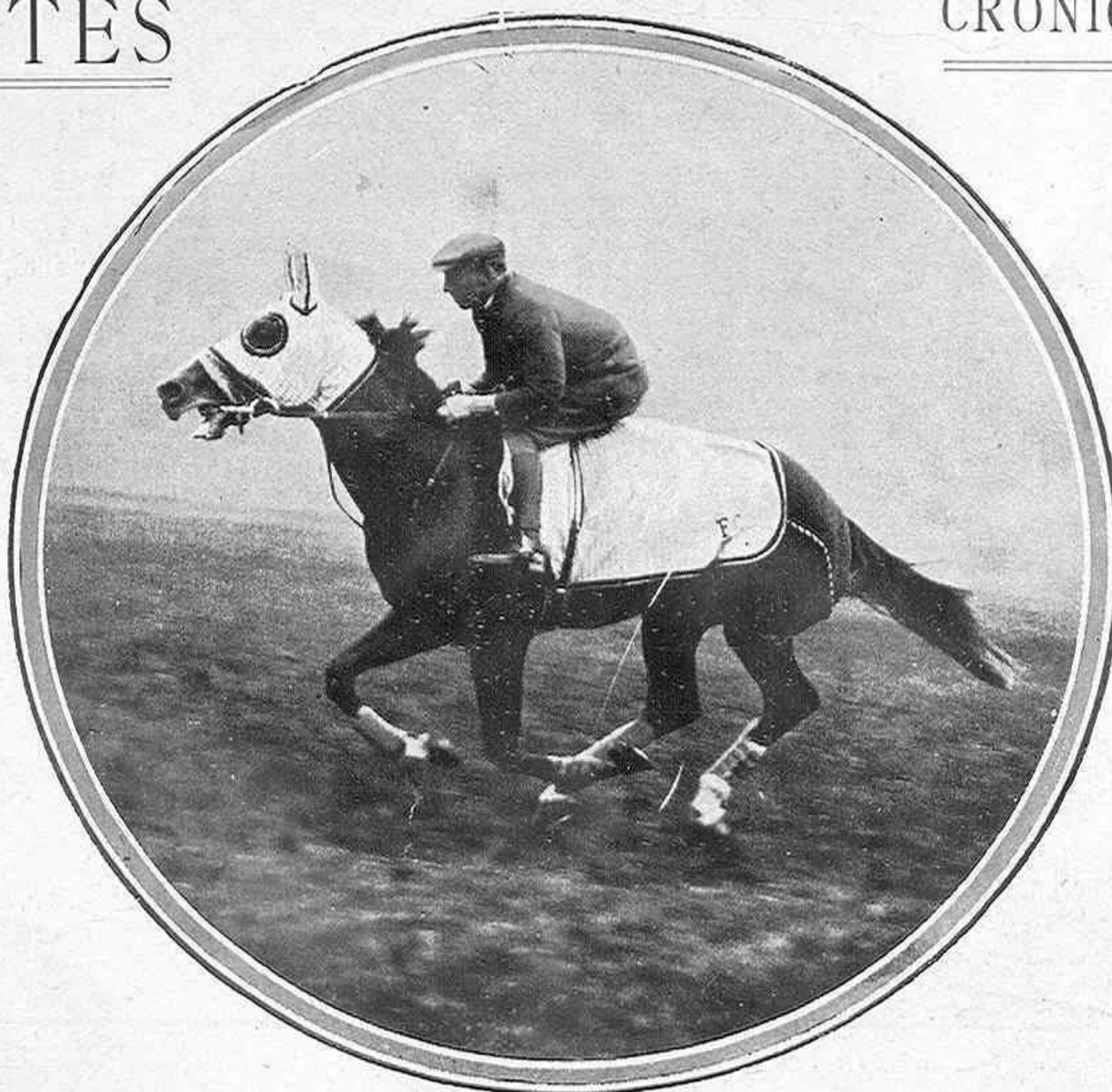
LOS DEPORTES

EN PARÍS COMO EN BOLONIA

Aunque los resultados sean muy distintos, el juego de los seleccionados que han representado á España en Colombes y en «Il Littoriale» ha sido muy parecido.

No es suficiente que estos matches se pospongan á los campeonatos en el afán de no causar sensibles perjuicios á los equipos que cuentan con mayores probabilidades de escalar los primeros lugares. Ahora las dificultades que amontonan los clubs se interponen, sea cual fuere la ocasión y el momento, y pueden más las particulares conveniencias que todo el interés patrio del prestigio deportivo, á merced de tantos egoísmos.

La victoria, como el fracaso, de nuestro deporte en el Extranjero, podrá tener paliativos para nosotros que conocemos el detalle lamentable que en la última excursión ha perjudicado el buen éxito; pero para el historial de nuestro equipo, lo mismo que para el espectador extranjero, que sólo juzga del valor deportivo de una nación por su esfuerzo internacional,



El último entrenamiento de «Call Boy», el vencedor del Derby, el día anterior á la carrera. Esta prueba preparatoria que hacen todos los caballos, es decisiva para el juicio de los técnicos (Fots. Agencia Gráfica y Linares)

CRÓNICA DE ACTUALIDAD

el suceso indiscutible es que los españoles han fracasado rotundamente tras una mediocre exhibición que señala evidente descenso de forma y de clase.

Sería injusto culpar á los jugadores que salieron derrotados del nuevo estadio que el fascismo ha levantado en Bolonia. Antes en Colombes, y no obstante la victoria que señala el 4-1, nuestro grupo había también fracasado.

Para el aficionado que tal vez habrá leído ditirambos y elogios á tono con la batalla campal franco-española, esta afirmación resultará enteramente nueva. Y, sin embargo, la hecemos, convencidos de su verdad. Fueron los nuestros hombres que se impusieron en Colombes por fuerza y violencia contra las armas idénticas, pero más pobres, que emplearon los contrarios; pero que no les vencieron demostrándoles la superioridad *en juego* que era indispensable exhibir frente á un enemigo absolutamente inferior.

La buena estrella que proporcionó con el triunfo la diferencia exagerada, tal vez alucinó á futbolistas y seleccionadores; más

especialmente á éstos, que creyeron deber inexcusable anticipar un castigo durísimo del que quien se perjudicó notablemente fué el propio equipo al no poder contar con los elementos valiosos que hubieran hecho probablemente cambiar el aspecto del match del Litoriale.

Cuanto al juego, es oportuno decir que el nuestro no existió propiamente. Tuvo que limitarse por exigencias del trance á contener primero la acción de los italianos dueños de la iniciativa y del acierto ofensivo, y más tarde á intentar reacciones que, si ardorosas por el empeño generoso, carecían de eficiencia por el desacuerdo de los delanteros faltos de ese contacto que es juzgado indispensable para dar á los ataques los definitivos efectos para el marcador.

Derrota merecidísima la de Bolonia, porque, próxima la calidad del juego español y el italiano, fueren ellos muy superiores en ese entusiasmo que fué factor decisivo de nuestras jornadas más importantes.

Queda una temporada antes de que las nuevas representaciones olímpicas congreguen á los hombres de todo el mundo en el estadio de Amsterdam. Hasta entonces, es menester que los directores tomen decisivas medidas cerca de clubs y jugadores. Si fuera imposible establecer una disciplina que salvaguardara los intereses nacionales, preferible sería prescindir de los encuentros de fecha anterior

Los delanteros españoles en una furiosa acometida contra la meta francesa. El eje de los rojos, Yermo, alcanza la pelota con un fuerte cabezazo, que manda la pelota hacia la puerta defendida por Cottenet, en primer término



En el estadio parisino de Búfalo, los jugadores uruguayos del «Peñarol» han combatido con la selección de la capital, sin que los virtuosismos de su juego les haya servido para obtener otro resultado que el empate á un goal. En esta fotografía se patentiza el inútil dominio de los campeones suramericanos



He aquí otro aspecto gráfico del «match» francoespañol de Colombes. El descenso de Yermo es cortado por la defensa francesa con una zancadilla que da en tierra con el español, mientras el portero recoge la pelota. Al fondo, el árbitro silba el penalty correspondiente (Fots. Agencia Gráfica y Linares)

al certamen mundial y aun de la misma adhesión á éste. Ahora es tiempo de meditar sobre lo sucedido, y al intentar el remedio para el porvenir, vencerse ó no de que la solución será posible. Es una exigencia que demanda el buen nombre del deporte patrio.

JUAN DEPORTISTA



Don Alfonso XIII descendiendo por la escalinata del monumento á la Restauración, acompañado del Presidente del Consejo y las autoridades, después de la solemne inauguración en Sagunto el día 3 del actual

LOS VIAJES REGIOS

Don Alfonso XIII inaugura en Sagunto el monumento á la Restauración borbónica

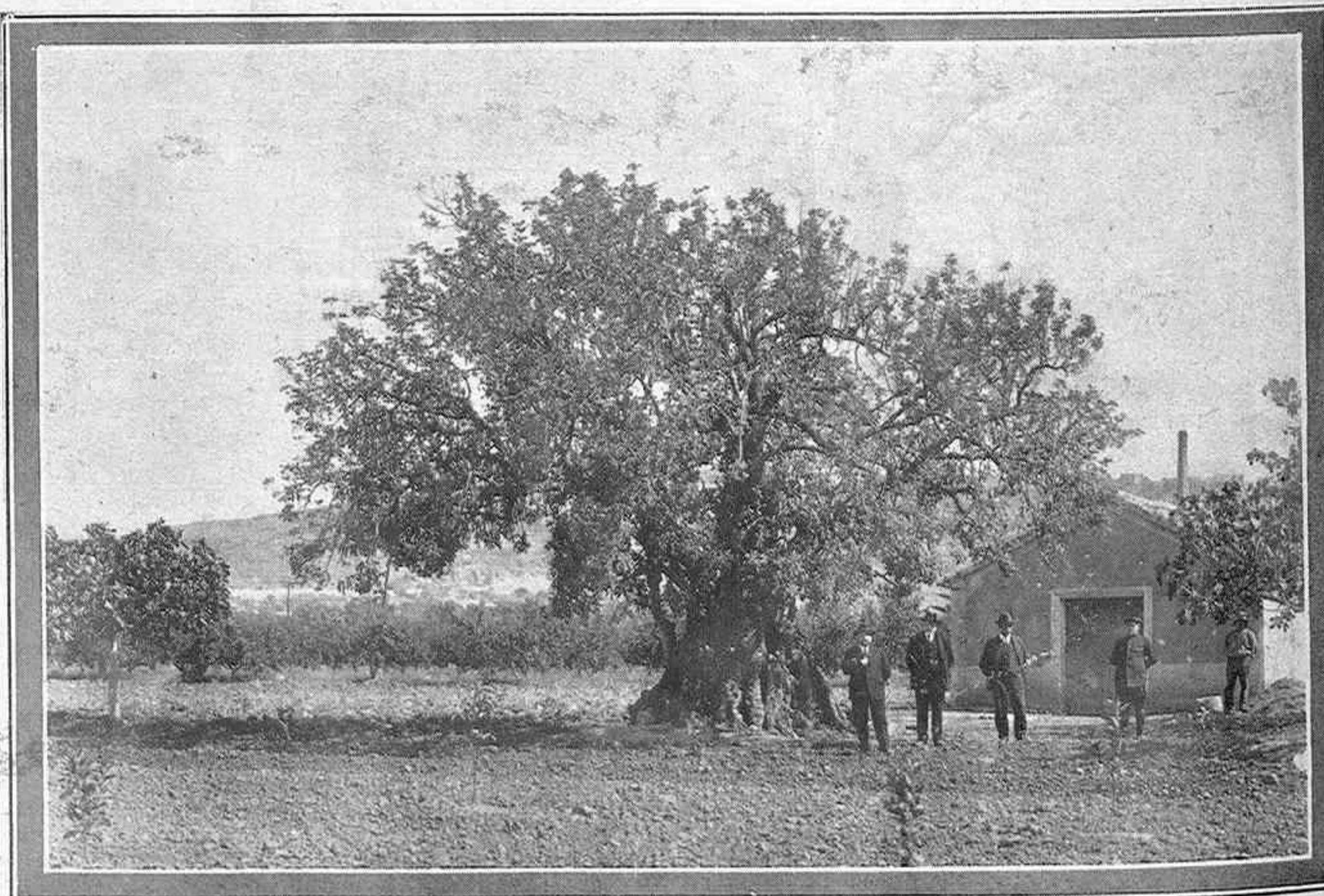
Nuevamente el Monarca se ha puesto en contacto con el pueblo por unas horas, y ha sentido todo el cariño y la adhesión fervorosa de los súbditos de una de sus regiones más caras.

Valencia, ese girón luminoso de nuestro solar patrio, tierra de fecundas actividades, de laboriosidad bien probada, ha querido dar muestra al Trono de su lealtad inquebrantable, y en la ceremonia de la inauguración del monumento á la Restauración de la monarquía española, en Sagunto, el pueblo, uniéndose estrechamente al elemento oficial, ha convivido las horas solemnes de las fiestas que han señalado la jornada histórica.

La información gráfica del acontecimiento que ofrecemos á los lectores en nuestras páginas, es la más documentada prueba de esa identificación del Rey con Valencia, que en esta ocasión ha revestido caracteres de manifestación excepcional.

El monumento inaugurado es una bella y sencilla obra que puede contemplarse en la fotografía, y que ha complacido de manera extraordinaria al Monarca.

El histórico algarrobo, al pie del cual el general Don Arsenio Martínez Campos dió en 1874 el grito de «Viva Alfonso XIII», que preconizó la Restauración de la Monarquía española

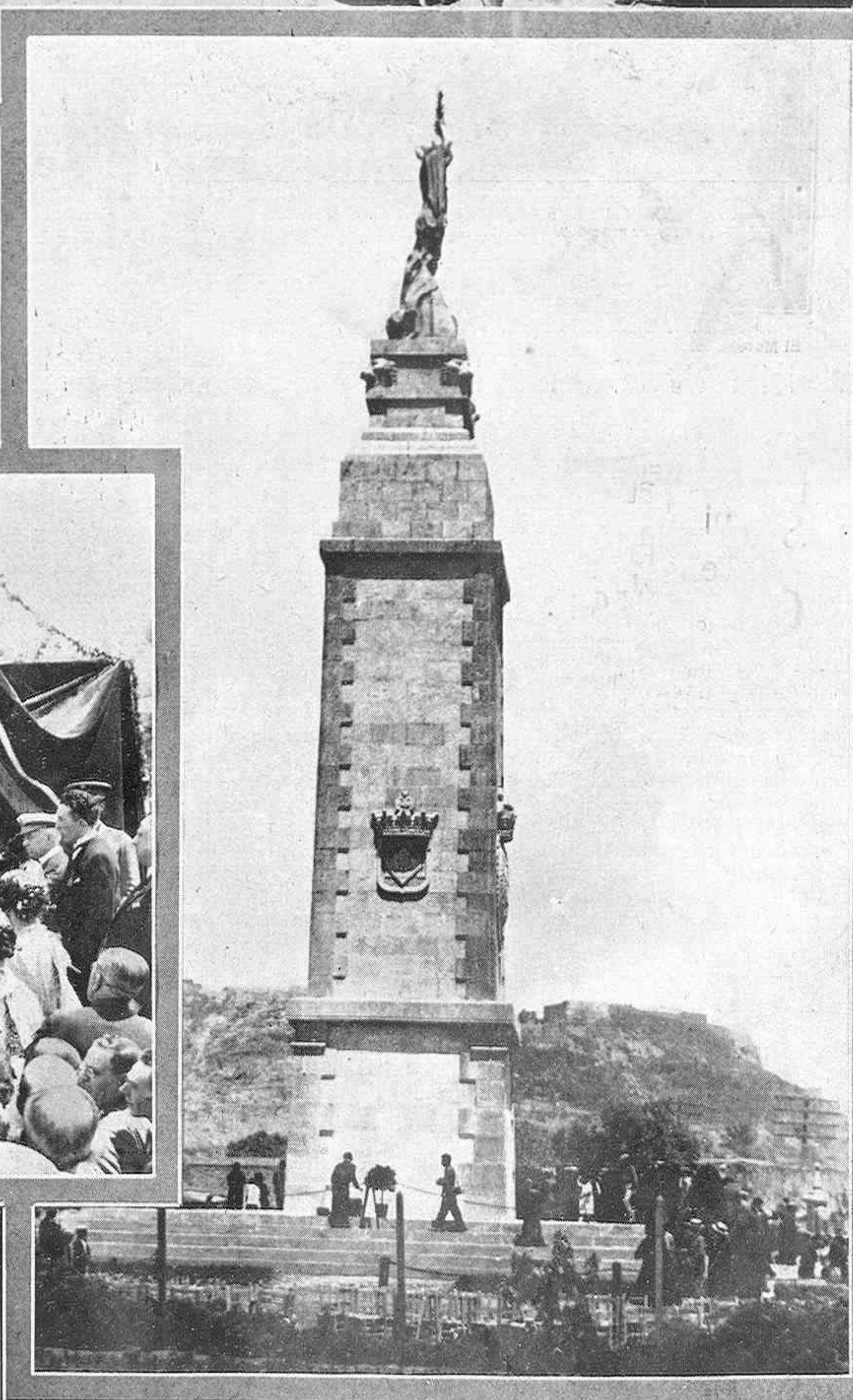




El Rey, á su llegada al lugar donde está emplazado el monumento, camina entre una doble fila de bellísimas muchachas valencianas luciendo el típico traje, que arrojan flores á su paso

Ha tenido, por otra parte, especial importancia esta visita regia, porque durante ella el Presidente del Consejo entregó al alcalde de la ciudad del Turia la Real orden de cesión de la Albufera, cuya lectura tuvo lugar en los Viveros municipales, pronunciándose interesantes discursos.

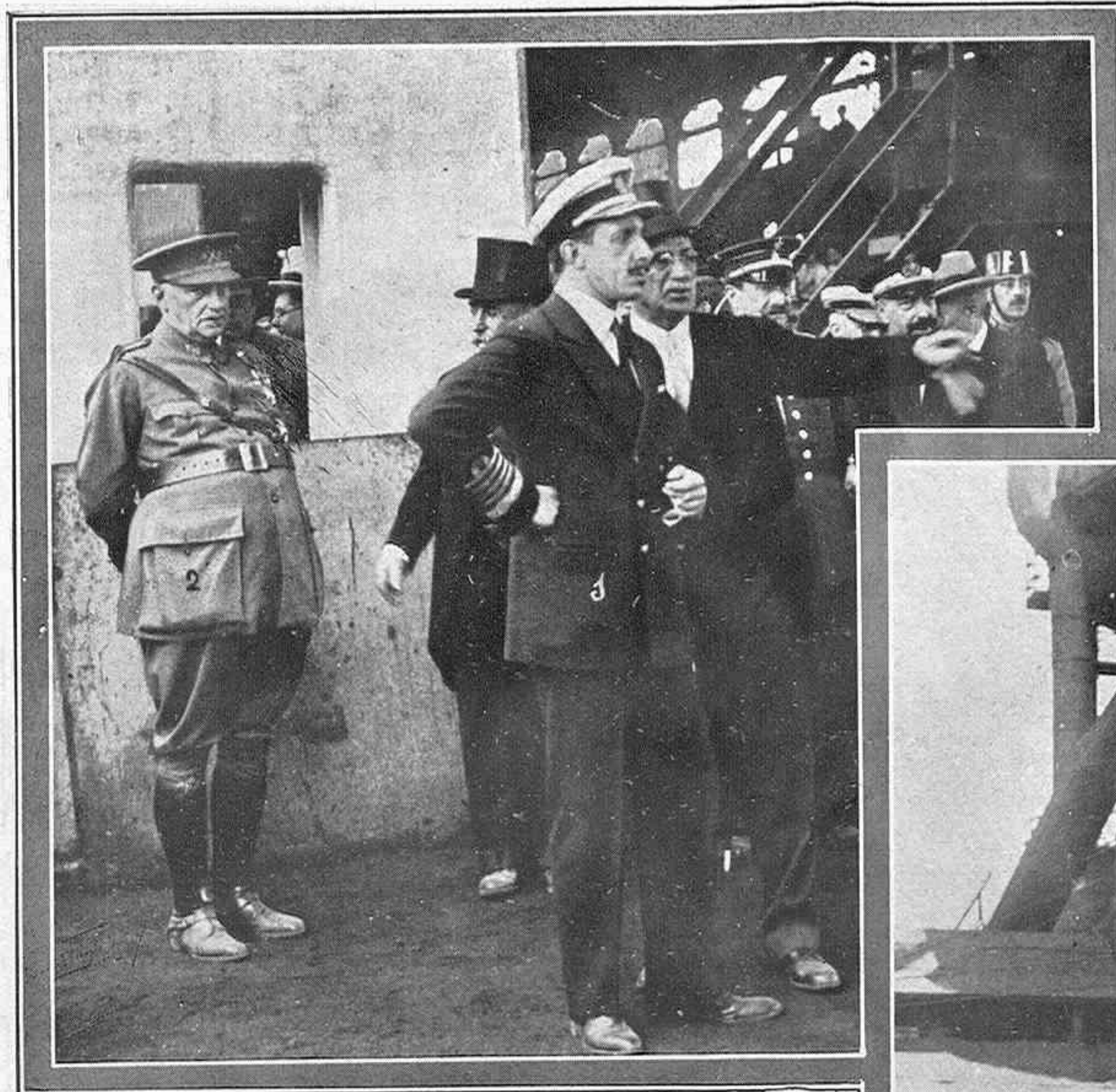
Antes de partir el Monarca inauguró la Conferencia arrocerá y visitó la Feria muestrario, siendo en todas partes vitoreado con entusiasmo.



Don Alfonso escuchando el discurso que pronunció el marqués de Estella antes de la inauguración del monumento á la Restauración

Vista de conjunto del hermoso monumento erigido en Sagunto para conmemorar la Restauración borbónica, inaugurado solemnemente con asistencia del Monarca

(Fots. Vidal y Desfilis)



El Monarca, con el marqués de Estella, presenciando las operaciones de laminar el acero por procedimiento modernísimo

DEL VIAJE DEL REY A VALENCIA

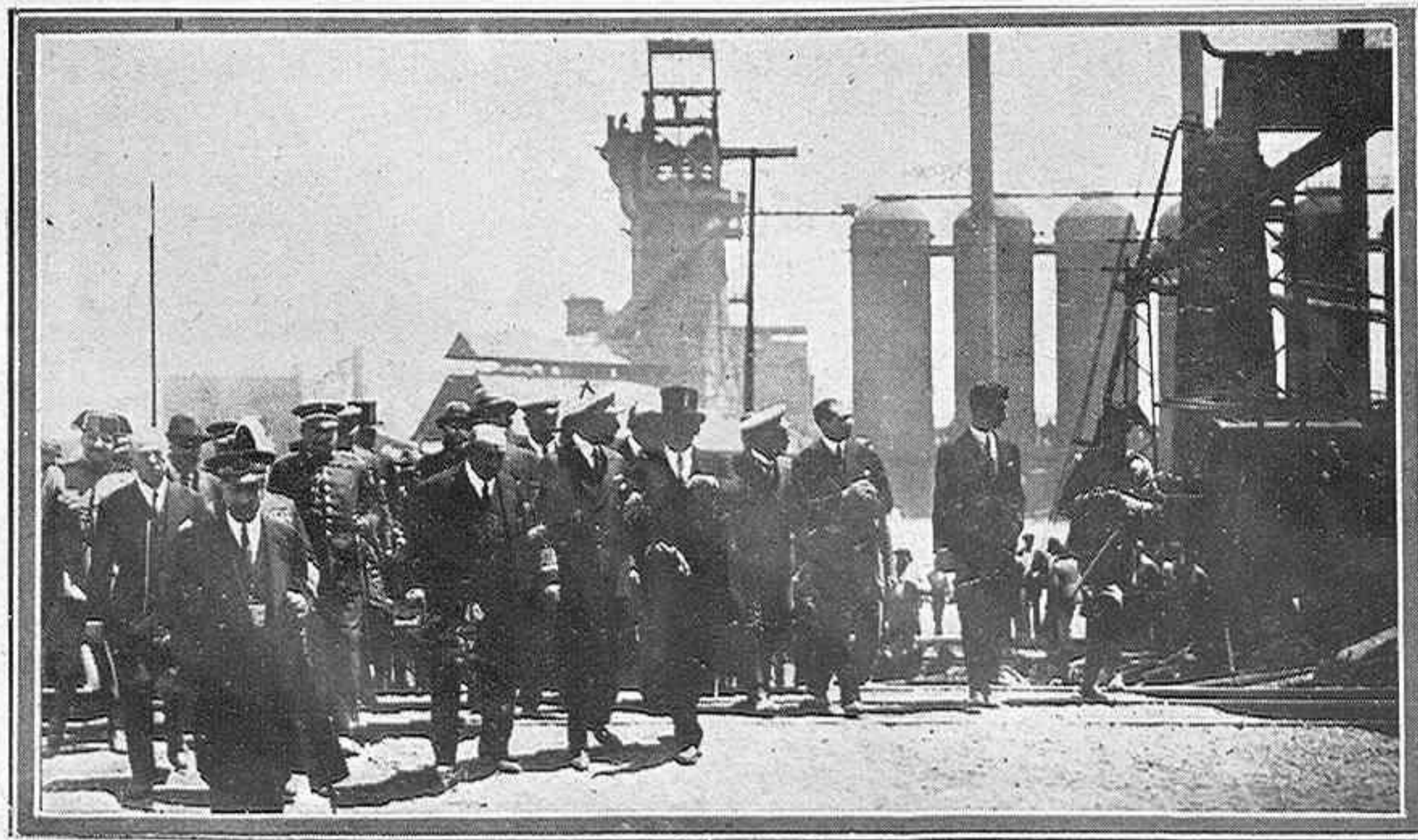
La visita de S. M. á la Compañía Siderúrgica del Mediterráneo

COMO nota saliente de la estancia de Su Majestad el Rey en la hermosa ciudad del Turia, puede citarse la visita que hizo á esta gran Empresa Siderúrgica.

Su Majestad, acompañado del gerente, don Ramón de la Sota, y el director, D. Eduardo Aguzato, y consejeros, y un hijo del Sr. Aznar, en representación de su padre, visitó detalladamente todas las dependencias de los Altos Hornos, pidiendo datos y prestando gran atención á cuantas explicaciones se le daban.

Donde con mayor interés se detuvo el Monarca á contemplar sus maniobras fué en la nueva Sección, establecida de reciente en dichos Altos Hornos, dedicada á la laminación del acero, cuyo tren estructural le interesó mucho.

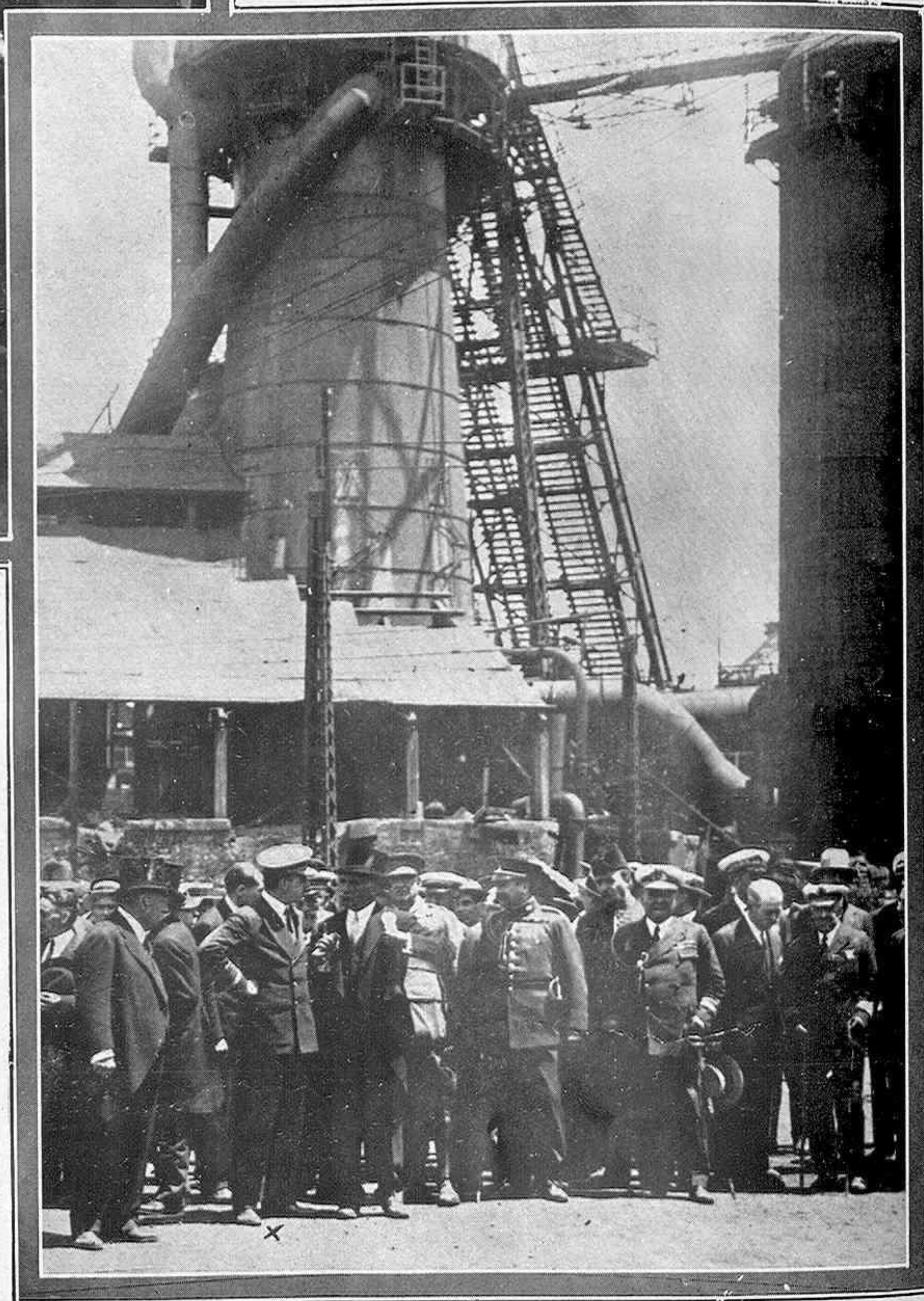
Visitó las secciones de fundición de acero, instalaciones de dínamos y motores, fundición de vigas de ferrocarril y viguetas para las construcciones modernas de cemento armado, y todas las dependencias de esta gran instalación industrial, honra de nuestra nación española.



Su Majestad el Rey conversó con los ingenieros, inspeccionándolo todo y percatándose hasta de los mil detalles que á los ojos de un profano pasan desapercibidos, mostrándose al corriente de los grandes problemas técnicos.

En las galerías de las dependencias respectivas que se visitaban se agrupaban los obreros para presenciar con respetuosa actitud y prorrumpir en aclamaciones de entusiasmo los miles que allí se ocupan.

Terminada la visita á los Altos Hornos, se trasladaron al local de la gerencia, donde se hallaban preparadas las mesas para la comida que respectivamente habían de presidir Su Majestad el Rey y el general Primo de Rivera, presidente del Consejo de Ministros, y sus respectivos séqui-



Don Alfonso viendo funcionar los altos hornos de la Siderúrgica

tos, arzobispo de Valencia, autoridades de Valencia y Sagunto, y numerosa representación de las clases sociales.

La Compañía Siderúrgica cuenta con tres barriadas obreras, con un total de 290 viviendas. Dispone de un amplio Hospital. Costea una Escuela de Artes y Oficios para su personal obrero, así como Escuela de Instrucción primaria y de segunda enseñanza para hijos de obreros y empleados.

El personal de la Compañía ha organizado una Cooperativa de consumo, cuyo capital asciende á más de 200.000 pesetas.

Para dar idea de cómo ha sido agasajado el Rey, debemos consignar que D. Ramón de la Sota se ha traído ex-profeso de Bilbao toda su servidumbre y servicio, con gran vajilla de oro de su propiedad.

Su Majestad el Rey, haciendo constantes elogios de tan maravillosa instalación, pudo apreciar la magnitud é importancia de tan gran Empresa Siderúrgica.

Su Majestad el Rey (x) visitando las magníficas instalaciones de los Altos Hornos, acompañado de las autoridades y el alto personal de la Fábrica

B. ROMERO
(Valencia) Sagunto, Junio 1927



L I N D B E R G H

Lindbergh, venga esa mano,
 llena de vientos y de sal marina.
 Ya el norteamericano
 comienza á ser el ciudadano
 del ideal. Ya era mucha bencina,
 crujir de grúas, hinchazón de llanta.
 Entre una gran demencia de pañuelos,
 por sobre Nueva York vuela Atalanta,
 con gran asombro de los rascacielos,
 que abren los futuristas garabatos
 de sus ventanas. Ven, como pazguatos,
 que mucho más que los cañones rieros,
 que la amenaza de los petroleros,
 puede un muchacho, joven dios, que escala
 el cielo y presta al paquidermo el ala,
 desde el pájaro blanco de San Luis
 que cruzó el mar y se posó en París,
 devolviendo el saludo sobre el viento y las olas,
 á las tres carabelas españolas,
 cuyos palos aventureros,

plenos de golondrinas matinales,
 con su heroico botín de luceros,
 se levantaron para hacer señales.
 Fué la gaviota blanca
 del ideal, la que traerte pudo;
 ni el viento, ni el motor, ni la palanca,
 ni el águila tremenda de tu escudo,
 ni el tanque lleno de petróleo crudo,
 ni la torva humareda
 de tu escuadra. Bastaron unas alas de seda.

Lindbergh, antes que cesen los clamores,
 clava en los hombros de tus boxeadores
 las dos alas de tu aeroplano,
 con sus puntas de estrella diamantina.
 Después, ¡venga esa mano,
 llena de vientos y de sal marina!

ALFONSO CAMIN

(Dibujo de Aristo Téllez)



ANTE EL III CENTENARIO

GÓNGORA O EL CLÁSICO MAS MODERNO

Comentario de CRISTÓBAL DE CASTRO

SOLEDADES DEL
CENTENARIO

EL 23 de Mayo de 1627 moría en Córdoba, su patria, D. Luis de Góngora, cuya fama de poeta original, profundo y sutil, acrecieron los siglos tanto, que hoy se estima como el maestro universal de las vanguardias líricas. En vísperas de su tercer Centenario, las revistas francesas, italianas, inglesas, alemanas y de Hispanoamérica han testimoniado su admiración por el ingenio cordobés en estudios y crónicas de entusiasmo férvido.

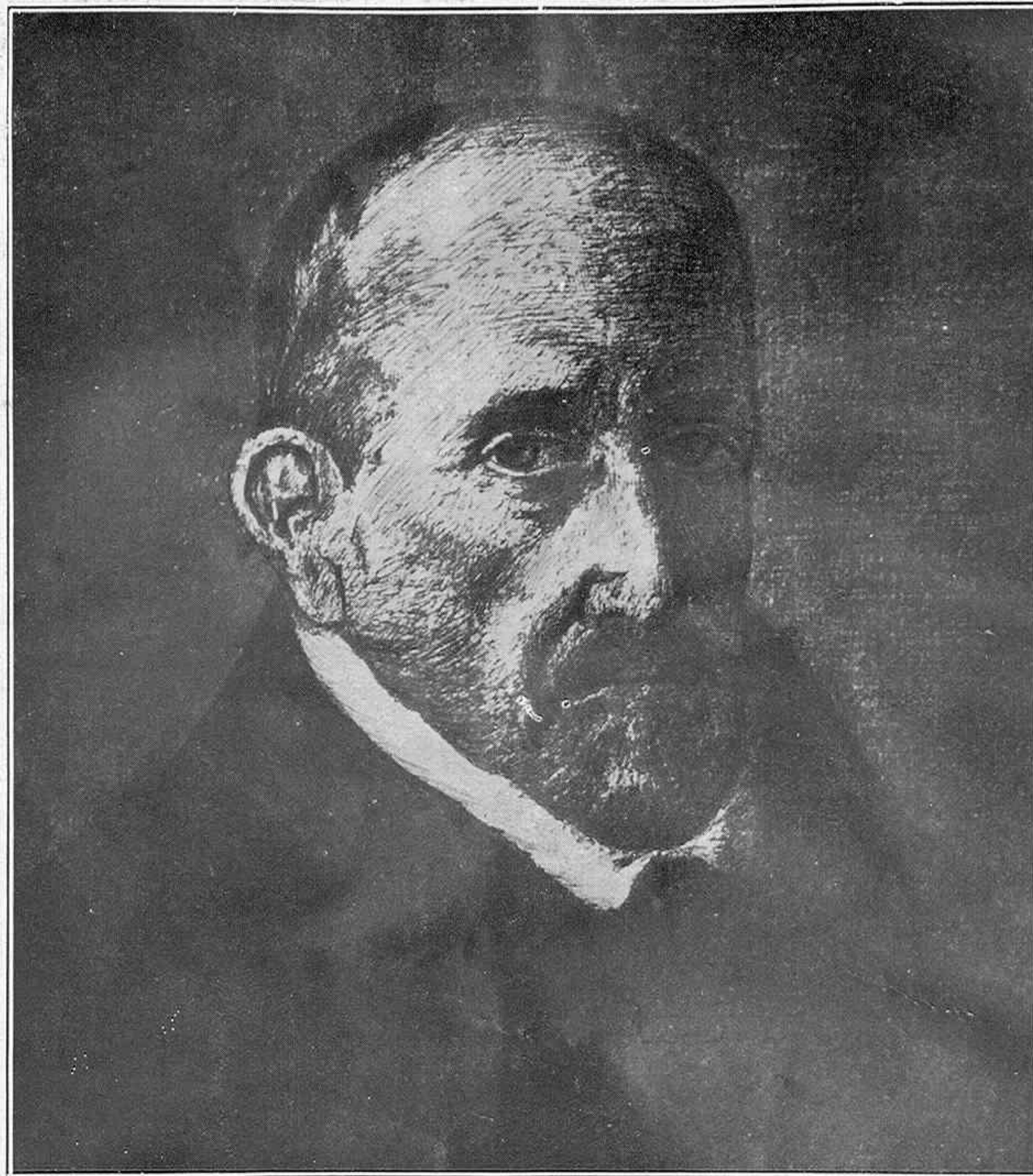
¿Qué hizo España en ocasión tan solemnemente propicia? Cuanto á la intervención oficial, se ha limitado á la convocatoria de un concurso literario, con premios ofrecidos por el Gobierno. Cuanto á la iniciativa particular, á la publicación en la Biblioteca «Alma» de un pequeño volumen de *Poesías escogidas*, y en la de *Revista de Occidente*, de un estudio sobre las *Soledades*, por Dámaso Alonso, más un ciclo de conferencias de Andrés Ovejero, patrocinada por la Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba. ¿Nada más? Nada más. La Academia Española, el Ateneo de Madrid, las Universidades—singularmente la de Salamanca, donde cursara el poeta—, los Cabildos—especialmente el de Córdoba, al que perteneciera como racionero—, han vuelto la espalda al Centenario, justificando así los recelos expuestos en la revista argentina *El Hogar* en su artículo «España ¿no quiere acordarse de Góngora?»

Transcurrió, pues, el Centenario—que todo el mundo culto se apresuró á honrar largamente—en la soledad de las *Soledades*. Un español, par de Cervantes en la universal estima, poeta clásico el más moderno de la tierra, ha visto su nombre enaltecido por los extraños y desdeñado por los propios. Todo ello sin perjuicio de ensordecer ante las charangas patriotas, tan amigas del ruido como enemigas del pensamiento.

MOTIVOS DEL SILENCIO

¿Por qué el silencio en torno á tan excelsa figura? Góngora no fué heterodoxo. Sus obras, con censura eclesiástica, tienen el *Nihil obstat* de refrendo. Cantó la Religión, la Patria, si no con un acento servil, con un vigor ingente y leal. Su oda á *La toma de Larache* es pareja de la de Herrera á *La victoria de Lepanto*. Varios de sus sonetos filosóficos compiten con los de Quevedo y Lope, ya que no con los de Santa Teresa y San Juan de la Cruz. Así, pues, huelga sospechar de la heterodoxia de su obra.

Cuanto á la de su vida, ciertamente y gloriosamente engalanada de arte y amor, ofrécese menos escandalosa, más discreta que las de Lope y Tirso, clérigos como él, pero mucho más que él amigos del ruido y la concupiscencia.



Retrato inédito de Góngora, obra del eminente hispanista belga Lucien Thomas, según el lienzo de Velázquez



Retrato de Quevedo, de la edición Parnaso Español (1750)

Sólo una circunstancia induce á motivar este silencio. La de que Góngora, como fray Luis, como Gracián, fué procesado, como tal eclesiástico, por la Iglesia. En la historia de tal proceso destaca la firmeza de un carácter, bien erguido frente al obispo que lo residencia. El deán de la catedral de Córdoba, González Francés, en su curiosísimo folleto *Don Luis de Góngora vindicando su fama ante el propio obispo* (autógrafo del gran poeta, Córdoba, 1899), copia el acta de acusación, que dice:

EL RACIONERO
Y EL OBISPO

«Cargos que hace á don Luis de Góngora el reverendísimo señor obispo de esta diócesis:

I. El prebendado Góngora asiste raramente al coro de la catedral, y cuando comienzan las Horas Canónicas, va y viene de uno á otro lado, abandonando frecuentemente su asiento.

II. Habla mucho durante el Oficio Divino.

III. Toma parte en los cuchicheos del Arco de las Bendiciones, donde se enjuicia el modo de vivir del prójimo.

IV. Asiste á las corridas de toros de la plaza de la Corredera, contra la prohibición expresa dada á los clérigos, *motu proprio* de Su Santidad.

V. Vive, en fin, al modo de los jóvenes, entre-

gándose día y noche á cosas ligeras, tratando con actores y componiendo poesías profanas.»

¿Cómo refuta Góngora las acusaciones del prelado? Con muchísimo respeto, mas con no menos claridad. Dice que si él asiste raramente al coro, otros canónigos asisten menos, y que cuando abandona su asiento, lo hace por necesidades personales ó por ocupaciones urgentes.

En cuanto á que habla mucho durante la misa, responde que siempre guarda silencio. «Pero aun cuando no quisiera guardarlo—añade—, tengo, de un lado, á un sordo, y del otro, á un compañero que nunca cesa de cantar. Y así, me callo, puesto que nadie me contestaría si hablase.»

Respecto á su asistencia á los toros, sostiene que clérigos como él, y de más edad y categoría, concurren á tan español espectáculo. Y tocante á su vida y amistades, las justifica de este modo:

«—Mi vida no es tan escandalosa, ni yo tan viejo, que se me pueda acusar de vivir como los jóvenes. Mis conversaciones con comediantes y otras personas de la misma condición tienen lugar siempre en mi casa, adonde van como á otras muchas honradas y decentes. Y si acuden más á la mía es porque soy aficionado á la música. Si es cierto que, versificando, me tomé algunas libertades, no fuí tan lejos que ello constituya cargo alguno. La mayor parte de las letrillas que se me atribuyen no son mías; vuestra señoría bien puede comprobarlo abriendo testimonios. Y si mi poesía no ha sido tan ingeniosa como de-



Portada inédita de las «Soledades», de Góngora, edición Salcedo (1645), propiedad de Cristóbal de Castro

bió serlo, culpese á mi escasa teología, ya que preferí ser condenado antes por ligero que por hereje...»

El proceso, como se ve, es el mejor retrato de Góngora, la historia más precisa y sutil de su vida, el juicio más claro y hondo de su obra...

EL ESTUDIANTE DE SALAMANCA

La mocedad del poeta transcurre en la Universidad del Tormes, entre pendencias y amores. «Su vida en la ciudad castellana—escribe un biógrafo—fácil es suponerla. Mozo y poeta, algo músico y espadachín, debió («mezclando natura con bemo», como quería Delicado que se hiciese para bien vivir) maridar frecuentemente la pendencia callejera con el emblemático madrigal, la serenata galante de enamorado joven con la décima muequera ó la letrilla insolente y un tanto desahogada. Es lo cierto que á esta época turbulenta pertenecen aquellas composiciones que maculan, con su poco atildamiento, la obra, toda llena de elegancias, del cordobés...»

Entre sus victorias de amor se cuenta Luisa de Cardona, quien, por mandato familiar, se retiró á un convento. Y entre sus hazañas de espada, un lance con D. Pedro de Hocés, señor de Albaida, y otro, de mucho más ruido, con D. Rodrigo de Vargas, á consecuencia del cual el poeta tuvo que huir de Salamanca.

VIAJERO ESPAÑOLISTA

Góngora corrió media España. Comisionado por el Cabildo cordobés para numerosas «informaciones de limpieza», estuvo en Cuenca, en Granada, en Sevilla, en Valladolid, en Santiago de Galicia. Dados los medios de locomoción, estas visitas equivalen á un verdadero *raid* nacional. La variedad de paisajes y ambientes, en función de sensibilidad tan fina, enriqueció magníficamente su agudeza. Pruebas de la modernidad de su espíritu, tan erudito como ágil, son las canciones y sonetos, de pasmosa geografía local, como *En los pinares del Júcar*, *Frescos aircillos*, *Oh, montañas de Galicia*, etc.

Anotemos la paradoja. Mientras la mayoría de sus contemporáneos—Cervantes, Quevedo, Lope, Calderón—viajan por el Extranjero, Góngora se reduce á correr España. Y es viajero nacionalista el que precisamente será escritor más internacionalista.

GÓNGORA Y LOPE

Góngora es el refinamiento. Lope, la popularidad. Lope, el Corral. Góngora, la Torre de marfil. ¿Qué habían de ser sino enemigos? Lope, ensobrecido por el dinero y por la fama, ¿cómo soportaría las finas flechas del empobrecido y discreto ingenio provinciano? El «amo de Madrid», con su escolta de aduladores sumisos, acometió furioso á Góngora, lanzando contra él

aquella temerosa jauría donde ladraban Jáuregui, Cascales, Suárez Figueroa, Villegas, Liñán. Llovieron sobre el cordobés letrillas, jácaras, epigramas... El propio «monstruo» desató sus odres de burlas, iniciándolas en aquel pasaje de *El anzuelo de Fenisa*:

—Verdad es que en España fui poeta...
—¿Y erades vos de aquellos impecables cuyos versos destila en alambique la culta musa?
—Fuí de los palpables...
Imitador de Laso y de Manrique...

Tras esto sobrevino la singular batalla. Góngora, rodeado de antilopistas, sumó un brillante bando, donde lucieron Francisco de Córdoba, Amaya, Andrés Cuesta, Diego de Colmenares, Díaz de Ribas, Francisco del Villar y, más que todos, su elegante y sabio comentarista Salcedo Coronel. Al fin, el propio D. Luis intervino en la descomunal contienda, enviando á Lope, el día de sus bodas con Juana Guardo, hija de Guardo—un tocinero—, el soneto bomba:

Contra Lope de Vega, con ocasión de su matrimonio con doña Juana Guardo, cuyo padre, á lo que parece, estaba obligado á proveer á la Corte de tocino.

Por tu vida, Lopillo, que me borres las diecinueve torres de tu escudo; porque, aunque son de mucho viento, dudo que tengas viento para tantas torres. ¡Válgante los de Arcadia! ¿No te corres que cubra noble arnés un pastor rudo? ¡Oh, tronco de Micol naval barbudo! ¡Oh, brazos leganeses y bimorres! ¡No le dejéis en el blasón almena! Vuelva á su oficio y al rocín alado. Salga al teatro y quítenle los resnos. Y no fundes más torres sobre arena, si no es que ya, segunda vez casado, quieras trocar las torres en torreznos...

GÓNGORA Y QUEVEDO

La aversión de Quevedo á Góngora no es populachera y social, como la de Lope, sino puramente intelectualista. Aversión de erudito y gramático, de filólogo, de bibliófilo, resplandece en la *Culta latiniparla*, y tiene deliciosa expresión en el soneto camelancia:

A D. Luis de Góngora, sobre su obra de las medallas.

¿Qué captas, nocturnal, en tus canciones, Góngora socio, con crepusculallas, si, cuando anhelas más garcivolallas, las reptilizas más y subterpones? Microcosmote Dios de enquiridiones y quieres te investiguen por medallas con priscos, stigmas ó con antiguallas,



Retrato de Lope de Vega, de la edición Parnaso Español (1750)



portada inédita de las Obras de Don Luis de Góngora, edición Salcedo Coronel (1645), propiedad de Cristóbal de Castro

por desitinerar vates Jirones. Tu forasteridad es tan eximia, que te ha de tratar el que te rumia, pues ructas viscerable cacoquimia; farmacopilorando como mumia, si estómaca abundancia das, tan nimia metamorfoseando el arcadumia...

Ni corto ni perezoso, D. Luis arremete á don Francisco en estotro soneto:

Cierto poeta, en forma peregrina cuanto devota, se metió á romero, con quien pudiera bien todo barbero lavar la más llagada disciplina.

Era su benditísima esclavina, en cuanto suya, de un hermoso cuero; su báculo, timón del más zorrero... Bajel que, desde el faro de Mesina á Brindis, sin hacer agua, navega, éste sin landre, claudicante Roque, de una venera justamente vano, que en oro engasta, santa insignia, aloque, á Santiago camina, donde llega... Que tanto corre el cojo como el sano...

GÓNGORA Y CERVANTES

Frente á enemigos tan furiosos como numerosos, Góngora, espíritu exquisito, opuso el «frente único» de la aristocracia: Villamediana, Paravicino y Cervantes. La Nobleza, la Iglesia y el Pensamiento. El fino cordobés gozó la admiración de esta envidiable trinidad, síntesis grandiosa de España. Don Juan de Tarsis, el galán más prócer y culto; fray Hortensio Paravicino, el más profundo y sabio teólogo; Miguel de Cervantes, el mayor y más noble ingenio.

¿Qué son Lope y su «vulgo necio» junto á tan significadas grandezas? ¿Qué lo plebeyo del «corral» junto á la aristocracia del palacio, del púlpito, del libro? El triple y almo privilegio auguró en vida la inmortalidad que los siglos han refrendado. Adelantándose á tres centurias, Cervantes, en su *Viaje al Parnaso*, entroniza á don Luis de Góngora «sobre cuantos poetas Febo ha visto». Quijano abraza á Polifemo. Y Dulcinea, con su pañuzco de lo fino, enjuga las lágrimas de Angélica. He aquí el juicio de Cervantes sobre Góngora:

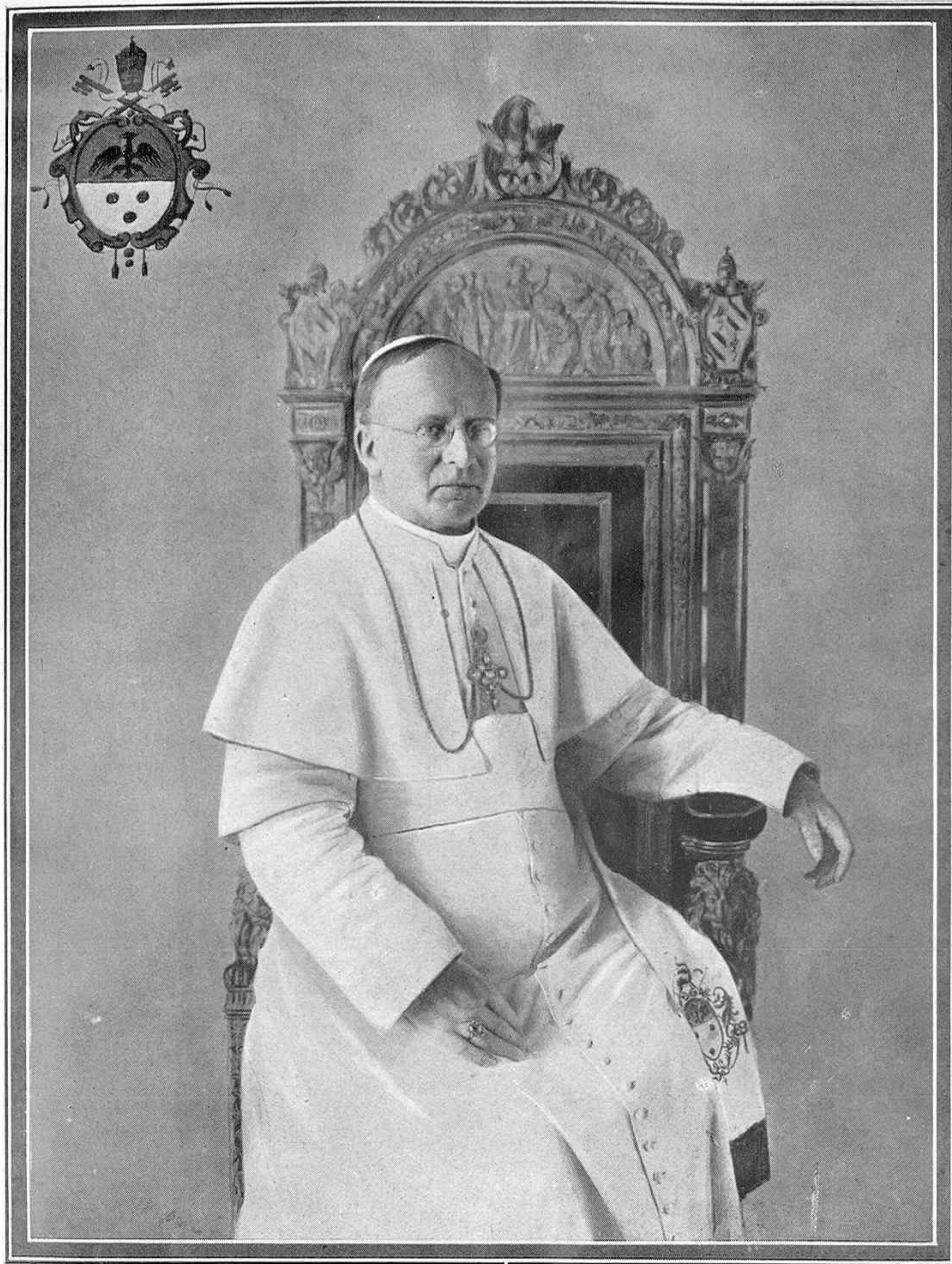
Estotro, que sus versos encarama sobre los mismos hombros de Calisto, tan celebrado siempre por la fama, es aquel agradable, aquel bienquisto, aquel agudo, aquel sonoro y grave sobre cuantos poetas Febo ha visto. Aquel que tiene de escribir la llave, con gracia y agudeza, en tanto extremo que su igual en el orbe no se sabe, es don Luis de Góngora, á quien temo agraviar en mis cortas alabanzas, aunque las suba al grado más supremo.

VERSOS DE LUIS DE GÓNGORA Y ARGOTE

El 23 del pasado Mayo se celebró el tercer centenario de la muerte de D. Luis de Góngora y Argote. Nació y murió este poeta en Córdoba. Vivió en la Corte, cerca de grandes señores, cuya protección buscaba el artista andaluz. Algunos escritores contemporáneos suyos le dedicaron violentos ataques. El arte de Góngora ofrece, principalmente, dos aspectos: sencillo, claro, el uno; el otro, rebuscado, afectado, ampuloso... En aquel primer aspecto—gracia, limpieza, donosura—, el poeta cordobés escribió romances y letrillas del más primoroso acento. A continuación reproducimos una poesía de Góngora, alejada todavía de la afectación y el culteranismo que caracterizan la otra parte de su labor.

Aquel rayo de la guerra,
alférez mayor del reino,
tan galán como valiente
y tan noble como fiero,
de los mozos envidiado
y admirado de los viejos,
y de los niños y el vulgo
señalado con el dedo;
el querido de las damas
por cortesano y discreto,
hijo hasta allí regalado
de la fortuna y el tiempo;
el que vistió las mezquitas
de venturosos trofeos;
el que pobló las mazmorras
de cristianos caballeros;
el que dos veces armado,
más de valor que de acero,
á su patria libertó
de dos peligrosos cercos;
el gallardo Abenzulema
sale á cumplir el destierro
á que le convida el Rey,
ó el amor, que es lo más cierto.
Servía á una mora el moro
por quien el Rey anda muerto,
en todo extremo hermosa
y discreta en todo extremo.
Dióle unas flores la dama,
que para él flores fueron,
y para el celoso rey
yerbas de mortal veneno,
pues de la yerba tocado,
lo manda desterrar luego,
culpando su lealtad
para disculpar sus celos.
Sale, pues, el fuerte moro
sobre un caballo overo,
que á Guadalquivir el agua
le bebió y le faci6 el heno,
con un hermoso jaez,
rica labor de Marruecos,
las piezas de filigrana,
la mochila de oro y negro.
Tan gallardo iba el caballo,
que en grave y airoso huello
con ambas manos media
lo que hay de la cincha al suelo.
Sobre una marlota negra,
un blanco albornoz se ha puesto

por vestirse los colores
de su inocencia y su duelo.
Bordó mil hierros de lanzas
por el capellar, y en medio,
en arábigo, una letra,
que dice: «Estos son mis hierros.»
Bonete lleva turquí,
derribado al lado izquierdo,
y sobre él tres plumas presas
de un precioso camafeo.
No quiso salir sin plumas,
porque vuelen sus deseos,
si quien le quita la tierra
también no le quita el viento.
No lleva más de un alfanje
que le dió el rey de Toledo,
porque para un enemigo
él le basta y su derecho.
Desta suerte sale el moro
con animoso denuedo
en medio de los alcaides
de Arjona y de Marmolejo.
Caballeros le acompañan,
y le sigue todo el pueblo,
y las damas por do pasa
se asoman llorando á verlo.
Lágrimas vierten agora
de sus tristes ojos bellos
las que desde sus balcones
aguas de olor le vertieron.
La bellísima Balaja,
que llorosa en su aposento
las sinrazones del rey
le pagaba en sus cabellos,
como tanto estruendo oyó,
á un balcón salió corriendo,
y enmudecida le dijo,
dando voces con silencio:
«Vete en paz, que no vas solo,
y en tu ausencia ten consuelo;
que quien te echa de Jaén
no te echará de mi pecho.»
El con el mirar responde:
«Yo me voy y no te deajo;
de los agravios del rey
para tu firmeza apelo.»
En esto pasó la calle,
los ojos atrás volviendo
cien mil veces, y de Andújar
tomó el camino derecho.



SU SANTIDAD EL PAPA PIO XI

LOS CINCO PRIMEROS AÑOS DEL PONTIFICADO DE PÍO XI

EL 22 de Enero de 1922 dejaba de existir S. S. Benedicto XV, y el 6 de Febrero siguiente, el Cardenal Gaetano Bisleti, decano de los purpurados diáconos, anunciaba desde la gran *loggia* de San Pedro, en Roma, el nombre del que el Sacro Colegio, reunido en cónclave, acababa de elegir en reemplazo del Pontífice muerto. Era el arzobispo de Milán, S. E. el Cardenal Ratti, que inmediatamente después de su designación adoptaba el nombre de Pío XI.

Hace pocos días, el 31 de Mayo último, celebró esta insigne figura del Pontificado el 70 aniversario de su natalicio. Parécenos oportuno, con este motivo, recordar los principales hechos de esa vida ejemplarísima que, iniciada en la modestia de un hogar provinciano, ha culminado en el más excelso trono de la tierra.

Aquiles Ambrosio Dámaso Ratti nació el 31 de Mayo de 1857 en Desio, pueblo de Lombar-

día, donde su progenitor dirigía una fábrica de tejidos. Hizo sus primeros estudios en su pueblo natal, bajo la dirección del sacerdote don Giuseppe Volontieri, que le inició en la cultura clásica, preparando su ingreso en el Seminario de Monza, donde permaneció varios años, adquiriendo allí los primeros elementos de esa ciencia histórica en la que con el tiempo debía brillar como una de sus más altas autoridades. Su resuelta vocación eclesiástica le llevaba, luego de dar término a los estudios elementales, al Seminario diocesano de Milán, en el que cursó con extraordinario aprovechamiento los cursos de Teología, pasando seguidamente a Roma, como becario del Colegio de los Lombardos. Alumno de la Universidad Gregoriana, conquistaba en poco tiempo los grados de doctor en Filosofía, Teología y Derecho canónico, ordenándose de sacerdote el 20 de Diciembre de 1879. Tres años más

tarde regresaba a la diócesis de Milán y solicitaba su agregación a los Oblatos de San Carlos, sacerdotes seculares dedicados especialmente a la enseñanza.

Pero, de hecho, y después de un breve período de vicariado, Dom Ratti era nombrado profesor de Teología, y luego de Elocuencia sagrada, en el gran Seminario de Milán. En él permaneció hasta 1888, alternando con su misión docente importantes trabajos de historia y arqueología, así como numerosas obras de celo y apostolado; y entre estas últimas, la formación religiosa de los niños tirolese, que se ganaban la vida como auxiliares de los fumistas milaneses, y cuya catequesis llevaba a cabo Dom Ratti hablándoles en su lengua materna.

El referido año 1888 señala una etapa decisiva en la vida del futuro Papa. En esa fecha le era conferido el nombramiento de Doctor de la

Gran Biblioteca Ambrosiana, de Milán, donde debían transcurrir veintidós años de su laboriosa existencia. Durante ellos publicaba, entre otros importantes trabajos de erudición, los que le han granjeado justa fama, acerca de la historia de la Iglesia milanesa y de las riquezas bibliográficas de su biblioteca.

Estos trabajos de erudición no impedían a Dom Ratti desempeñar con sin igual celo sus deberes de bibliotecario. No sólo se hallaba siempre a disposición de los lectores que llegaban a consultarlo, sino que mantenía con numerosos sabios extranjeros vasta correspondencia relacionada con los tesoros confiados a su custodia. Encargado al mismo tiempo de reorganizar la pinacoteca Ambrosiana, conseguía inaugurar en breve plazo las salas de Leonardo da Vinci, de las Estampas, de las Armas y de la Rosa. Llegada la época de las vacaciones veraniegas, su gran distracción era el alpinismo, deporte del que gustaba desde sus años mozos. Ascensionista de primer orden, los Alpes fueron visitados por él en numerosas ocasiones, distinguiéndose entre los socios del Club Alpino Italiano, sociedad a la que pertenecía, como uno de los más intrépidos escaladores de alturas. A su retorno a Roma gustaba publicar en el Boletín de la referida Asociación sus impresiones de viaje, escritas con depurado gusto literario y brillante colorido.

Director de la Ambrosiana en 1897, al morir monseñor Ceriani, permanecía en dicho puesto hasta 1910, fecha en que Pío X, después de nombrarle prelado doméstico, le llamaba a Roma, dándole un cargo importante en la Biblioteca Vaticana, donde ascendía a viceprefecto en 1912, y en 1914, al retirarse el padre Ehrle, a prefecto de la misma. Casi al mismo tiempo recibía la dignidad de canónigo de San Pedro, y poco tiempo después la de protonotario apostólico.

Durante la guerra, la Biblioteca Vaticana era a la verdad, un admirable observatorio. Rodeado de sus manuscritos y de sus libros, el ilustre

prefecto podía contemplar desde bien alto los terribles acaecimientos del mundo. En efecto, monseñor Ratti, sin amenguar un punto su actividad científica, pudo llegar a un grado supremo en el conocimiento de los hombres y de las cosas. Sin darse cuenta de ello, iba preparándose para la nueva misión que había de serle confiada. El 25 de Abril de 1918, y un poco antes de la cesación de las hostilidades y de la restauración oficial de Polonia, el Papa Benedicto XV ponía en manos de monseñor Ratti, designado visitador apostólico, una misión de la mayor importancia: la de velar desde la misma ciudad de Varsovia por la situación de la Iglesia Católica en aquella Polonia que los tratados de Brest-Litovsk colocaban en dicho momento bajo la dependencia del Imperio alemán. Una de sus primeras grandes iniciativas en el importante puesto fué la creación de la Universidad Católica de Varsovia, a fin de que el renacimiento político de Polonia, como el moral y literario de la cultura polaca, fuese dirigido por una *élite* intelectual y social que buscase francamente sus inspiraciones en la tradición católica. Tan trascendental hubo de juzgarse esta obra, que, confirmada por el armisticio el 11 de Noviembre de 1918 la restauración del Estado polaco, monseñor Ratti continuó residiendo en Varsovia, y el 6 de Junio de 1919 recibía el título de Nuncio Apostólico y presentaba sus credenciales al jefe del Estado, general Pilsudski, el 19 de Julio, fecha que coincidió con la elevación de monseñor Ratti, por Benedicto XV, a la dignidad archiepiscopal de Lepanto.

No fueron, ciertamente, muy favorables las circunstancias que rodearon la misión del nuevo Nuncio. Terrible prueba para monseñor Ratti hubo de ser, en efecto, la invasión rusa de Polonia en 1920. Pero no obstante lo difícil de la situación, el representante de la Santa Sede se negó rotundamente a abandonar la capital, amenazada por las tropas soviéticas. Aun mayores

preocupaciones produjo a monseñor Ratti la preparación del plebiscito en la Alta Silesia. Ha de recordarse a este propósito que en las zonas en litigio el Clero se hallaba repartido entre las nacionalidades alemana y polaca, ejerciendo jurisdicción el Cardenal Adolfo Bertram, Príncipe-obispo de Breslau. Como puede comprenderse, el Nuncio debía procurar a toda costa que fuesen respetados los derechos de cada cual, y que se dejase al Cardenal el libre ejercicio de sus funciones espirituales, sin que, por otra parte, se pusiesen obstáculos a la manifestación de los sentimientos nacionales del Clero polaco. De una y otra parte menudearon las reclamaciones y las protestas, unas y otras imposibles de evitar. La zona plebiscitaria fué, finalmente, sometida, en Diciembre de 1920, por Roma a la jurisdicción exclusiva del comisario apostólico, monseñor Ogno-Serra; pero con ello hubo de disminuirse fatalmente la autoridad del Nuncio. Esta circunstancia fué aprovechada por Benedicto XV para confiar a monseñor Ratti la silla archiepiscopal de Milán, que había quedado vacante por fallecimiento del Cardenal Andrea Carlo Ferrari. El 8 de Septiembre de 1921 hacía su entrada solemne en Milán monseñor Ratti, ya elevado desde el 13 de Junio anterior a la púrpura cardenalicia. De su corta estancia en la referida sede sólo puede registrarse un acontecimiento saliente: la inauguración en 7 de Diciembre de 1921 de la Universidad del Sagrado Corazón, primera de su género en Italia. En Milán, donde monseñor Ratti había pasado casi toda su vida sacerdotal, y que era la metrópoli de su país de origen, podía prometerse monseñor Ratti un dilatado y fecundo ministerio. Pero, contra todas sus previsiones, el día 22 de Febrero de 1922 era llamado a Roma para quedar en ella por el resto de su existencia. El cónclave acababa de elegirle Papa.

El primer acto del nuevo pontificado fué salutado con júbilo. Es costumbre que el Soberano



El Soberano Pontífice se detiene un instante en un bello rincón de los jardines del Vaticano, acompañado de sus familiares



Una de las entradas del Vaticano guardada por los zuavos, vestidos con el clásico uniforme de la Guardia Pontificia

Pontífice, inmediatamente después de su elección, bendiga de un modo solemne al pueblo romano y al mundo católico en general, ó sea: *urbi et orbi*. Los tres últimos predecesores de Pío XI—tal era el nombre adoptado por monseñor Ratti después de su elección—habíanse visto obligados, por las circunstancias políticas, á dar la bendición en el interior de la basílica de San Pedro. Rompiendo abiertamente con esa práctica, Pío XI se presentó en el balcón de la gran *loggia* vaticana, y bendijo á la enorme multitud, aglomerada en la plaza de San Pedro, mientras extendía su pensamiento á todo el universo católico. Ahora bien, para que este gallardo gesto no pudiera interpretarse como un reconocimiento de los hechos ocurridos en 1870, Pío XI se apresuró á declarar que, «como todos sus predecesores, hacía reservas en favor de los derechos inviolables de la Iglesia y la Santa Sede, derechos que había jurado afirmar y defender». Equivalía ello á decir con entera claridad que la política del nuevo pontificado, si es lícito emplear ese término demasiado humano, seguiría siendo la tradicional. Este propósito fué puesto de mayor relieve aún cuando se supo que Pío XI conservaba como secretario de Estado al Cardenal Gasparri, que había desempeñado estas importantes funciones durante la mayor parte del pontificado de Benedicto XV.

No era, pues, extraño que se esperase con gran impaciencia la primera Encíclica de Pío XI, ó sea la que debía precisar las ideas directrices del nuevo pontificado. Esa Encíclica, que fué publicada el 24 de Diciembre de 1922, comenzaba con las palabras *Ubi arcano Dei*, que sirven para designarla, según la costumbre tradicional. Su gran importancia exige una reseña de su contenido, aunque, por la índole de este trabajo, haya de ser sumamente sintética.

El Soberano Pontífice, luego de dar gracias á Dios y de recordar las múltiples preocupaciones de los primeros meses de su elevación á la silla de San Pedro, trata, ante todo, de las hondas perturbaciones que sufre el mundo contemporáneo, y que sólo podrán ser combatidas de

un modo eficaz en la Iglesia y por la Iglesia. La misión especial de ésta es el reinado de Jesucristo; reinado que sólo podrá realizarse en la paz. De ahí que, según declara Pío XI, su pontificado no perseguirá otro objeto que «el reinado de Cristo en la paz de Cristo»; fórmula afortunada que recuerda y sintetiza el pensamiento dominante de los dos Papas anteriores: Pío X y Benedicto XV. Para realizar este noble ideal, en cuanto es realizable en la tierra, Pío XI anuncia su proyecto de recurrir á los consejos de sus hermanos en episcopado. Trátase, en efecto, de reanudar, no bien tornen á ser favorables las circunstancias, el Concilio del Vaticano, interrumpido en el año 1870 por los sucesos políticos de la época.

Después de este anuncio solemne de una consulta de todos los obispos, el Papa aborda á continuación en la Encíclica el examen de cierto número de problemas que, en su sentir, reclaman un estudio especial; tales como el modernismo moral y social, el porvenir de las Iglesias disidentes, las relaciones del poder religioso con los Estados seculares y los derechos de la soberanía pontificia.

Declara Pío XI que la destrucción del poder temporal en 1870 tuvo el carácter de una violencia hostil y sigue siendo una violación del derecho en cuanto crea á la Santa Sede una situación anormal, motivo de honda y permanente tristeza para los fieles del mundo católico. El carácter anormal de esa situación proviene, sobre todo, de que la ley de garantías que la regulara fué un acto unilateral del Estado italiano, sin que hasta el presente haya recibido esa ley ni la confirmación de la Santa Sede, ni la aprobación ó sanción de los otros Estados.

El análisis sucinto de la Encíclica *Ubi arcano Dei*, que acabamos de exponer, basta para evidenciar su importancia. Pío XI permanece fiel al pensamiento y á la línea de conducta de sus antecesores. Como ellos, condena el modernismo, aunque insistiendo especialmente sobre el aspecto moral y social que ha adquirido durante estos últimos años. Como ellos, anatematiza la

solución dada en tiempos á la *cuestión romana*, y como ellos, reivindica los derechos soberanos de la Iglesia y exige que ésta tenga con los Estados, relaciones definidas por el derecho. Los términos pueden variar, pueden ser diferentes las fórmulas, según las personas que se sucedan en la cátedra de San Pedro; pero la doctrina permanece siendo la misma, porque no es la de Pío X Benedicto XV y Pío XI, sino la del papado y la de la Iglesia.

En la imposibilidad de seguir á Pío XI en todos los actos de su pontificado, sólo señalaremos algunos de sus hechos característicos: la Encíclica *Studiorum ducem*, del 19 de Junio de 1923; la Encíclica *Ecclesiam Dei*, del 12 de Noviembre de 1923; la carta apostólica *Maximam gravissimamque*, del 18 de Enero de 1924. Fué publicada la primera con ocasión del sexto centenario de la canonización de Santo Tomás de Aquino. Sabido es que el gran doctor estuvo siempre considerado como el maestro por excelencia de la Filosofía y la Teología. Desde León XIII, sobre todo, su autoridad ha sido afirmada en distintas ocasiones por los Soberanos Pontífices, y ello con tal insistencia, que sería difícil á un católico pasar de largo sin tener en cuenta los documentos oficiales que ordenan la obediencia á las enseñanzas del doctor angélico. Pío XI insiste sobre este punto, y afirma de nuevo el deber, por parte de los filósofos y teólogos, de seguir en toda la doctrina tomista, especialmente indicada para refutar los errores del modernismo. Con todo, abstiéndose Pío XI de conferir una especie de infalibilidad á las enseñanzas del doctor Angélico. Aunque proclamándolo el maestro por excelencia, reconoce que hay en la Iglesia otros doctores de indiscutible autoridad.

La Encíclica *Ecclesiam Dei* nos transporta á otros dominios. Promulgada con ocasión del tercer centenario del martirio de San Josafat, arzobispo de Polostk, asesinado en Witebsk el 12 de Noviembre de 1623, ocúpase de las relaciones mutuas de los cristianos de Oriente y los católicos romanos. Desde los comienzos de su pontificado, Pío XI había puesto la mirada en



La escalera monumental del Vaticano

(Fots. Henri Manuel)

Oriente, concediendo una importancia especial al problema de la unidad de las Iglesias. El envío de representantes de la Santa Sede á las Conferencias de Génova; la intervención del Papa en favor del patriarca de Moscú, monseñor Tykhon; sus llamamientos en favor de los niños rusos, mostraban bien su preocupación por las cuestiones de Oriente. El centenario del santo mártir de la unidad le procuró nueva oportunidad de exponer *urbi et orbi*, y particularmente á los orientales, su pensamiento sobre este punto. Esta Encíclica señala, desde ciertos aspectos, una fecha en las relaciones entre la Iglesia romana y las iglesias separadas de Oriente. Pío XI continúa en ella también el pensamiento de sus antecesores, si bien lo hace con una energía y unas probabilidades de éxito que aquéllos no poseyeron. Es cierto que la desaparición del zarismo ruso; la resurrección de la Polonia católica; el ingreso en la Románica y en el reino de los croatas, de los serbios y eslovenos, de numerosas poblaciones católicas, son por sí sucesos muy importantes para el porvenir religioso de la Europa oriental. La iglesia griega perdió su más firme punto de apoyo al hundirse el régimen zarista, arrastrando con él las ruinas del Santo Sínodo. La reconstitución del Patriarcado de Moscú en la nueva Rusia no ha realizado las esperanzas que pudo hacer concebir; y en cuanto al Patriarcado de Constantinopla, sabido es que, desde el tratado de Lausana, lucha con dificultades irresolubles. Por otra parte, la emigración rusa ha permitido á gran número de orientales conocer mejor el espíritu del catolicismo. El Instituto Oriental, fundado en Roma por el Soberano Pontífice, ha de contribuir, ciertamente, á la recíproca comprensión y al amor mutuo. Las recomendaciones é instrucciones renovadas de Pío XI acerca de los ritos orientales; las reuniones periódicas de estudios que se verifican en Velherad, y que sirven de aproximación á los teólogos de Oriente y Occidente; la creación en la Universidad de Lovaina de una cátedra especialmente destinada al estudio de la teología or-

todoxa, son otras tantas iniciativas afortunadas en pro de la aproximación que durante tanto tiempo hicieron imposible la ignorancia y los prejuicios. Solemne testimonio la Encíclica *Ecclesiam Dei* de esa aproximación, no es, sin embargo, un hecho aislado en el pontificado de Pío XI; es como el centro de una acción á la que Pío XI concede, justamente, una importancia especialísima. Por último, la carta apostólica *Maximam gravissimamque*, del 18 de Enero de 1924, señala la terminación del lento y penoso trabajo diplomático que venía realizándose desde la primavera de 1920 acerca del estatuto legal de la Iglesia en Francia, en cuanto el Soberano Pontífice tolera, si no aprueba explícitamente, en evitación de mayores males, las asociaciones diocesanas.

Nos ha parecido preciso insistir sobre los primeros hechos del Pontificado de Pío XI, porque

son, sin duda, los más característicos. Los años de 1924 y 1925, últimamente transcurridos, han registrado, no obstante, acaecimientos de monta. Desde el punto de vista religioso, el más resonante fué la celebración del Gran Jubileo de 1925, con el espléndido cortejo de fiestas que hubo de acompañarle. También constituyeron hechos de primera importancia las numerosas canonizaciones y beatificaciones; entre ellas, la canonización de San Pedro Canisius y la celebración en los jardines y salas del Vaticano de la magnífica Exposición Misional, donde fueron mostrados al público los objetos más característicos no sólo de la vida de los misioneros y de la conquista católica en los países no civilizados, sino de la existencia de pueblos remotos. Esta Exposición, por deseo expreso de Su Santidad, servirá de base á un museo permanente de Etnografía.

La celebración del Jubileo ha permitido mostrar la autoridad religiosa y moral que sigue poseyendo el Papado. Por otra parte, los acontecimientos políticos, especialmente en Italia, han sido en extremo favorables á ese punto de vista. Aunque oficialmente no se hayan modificado en lo más mínimo las relaciones entre el Vaticano y el Quirinal, sería inútil negar el nacimiento de ciertas nuevas orientaciones. Fué una de sus manifestaciones sintomáticas inequívocas el viaje á Roma y la recepción oficial por el Papa de los Reyes de España. Estos viajes, antes imposibles, se hicieron realizables merced á las disposiciones adoptadas por el Pontificado actual, que ha sabido aprovechar las prescripciones de la Encíclica de Benedicto XV, *Pacem Dei munus pulcherrimum*, del 20 de Mayo de 1920. Sobre esto, la instauración en Italia del régimen fascista, manifiestamente favorable al catolicismo, ha procurado una á modo de sedación positiva y bienhechora en las relaciones tirantes entre el Papado y el Gobierno italiano. Y aunque no se ha hallado aún solución al problema romano, no es temerario afirmar que se realizaron progresos en ese sentido.



Su Santidad el Papa Pío XI durante el largo paseo matinal que da todos los días, seguido de su secretario

INFORMACIONES DE DIVULGACIÓN CIENTÍFICA

EN TORNO Á LA CIRUGÍA. UNA INTERVIU CON EL DOCTOR CARDENAL. EL DUDOSO RESULTADO DEL PROCEDIMIENTO DE VORONOFF

Por aquellos días en que el nombre del doctor Cardenal iba de boca en boca á horcajadas del recelo y la fe, fustigado por profanos y discípulos, pendientes del filo seguro de su bisturí, empeñado en trasplantar, según procedimientos del doctor Voronoff, la viril energía de un simio á un organismo amagado de precoz senilidad, nosotros, como muchos compañeros de reportaje, intentamos vanamente algunas revelaciones del experto cirujano.

Conseguimos, sin embargo, la formal promesa de una entrevista «cuando se despejara la polvareda de curiosidad»...

Unos meses después, sin ápice de polvo de aquella expectación, con un fortuito encuentro en el sanatorio de Villa-Luz.

A la salida del quirófano, luego de una venturosa intervención, abordamos al excelente operador.

—¿Quiere usted que hablemos «ya», D. León?

—Vaya sobre las seis por casa—concedió.

Un severo despacho. En un ángulo, contra la boca de un balcón que asoma al jardín del hotel, una *chaise-longue*, defendida por un gran biombo que parte la estancia.

Rincón de confidencia.

—¿Y qué quiere usted de mí?—inquire con su voz rápida y maciza, mordisqueando ávido un cigarrillo.

—De momento, algunas palabras sobre las propagadas teorías de rejuvenecimiento.

—El afán—comienza—de conservar la juventud ó de retrasar la vejez es tan antiguo como la Humanidad, y las tentativas realizadas para lograrlo han sido numerosas. Actualmente —explana—son dos los procedimientos que pretenden realizar ese ideal... Uno lo defiende Steinach y otro Voronoff.

Mas sobre ninguno de los dos ha caído, ni muchísimo menos—reca—la última palabra. Ambos se fundan en las propiedades de la llamada glándula puberal, cuya integridad ó buen funcionamiento influye de un modo casi decisivo sobre la energía de las reacciones vitales de toda clase. El primero de estos procedimientos, ó sea el de Steinach, encomienda á la glándula puberal su propio rejuvenecimiento; el segundo, el de Voronoff, viene en auxilio de la glándula que flaquea mediante el injerto de la homóloga de un animal superior: el mono. Cuanto se diga acerca de los éxitos de este último procedimiento es todavía prematuro, demasiado prematuro, y á contribuir á esclarecer lo que haya de cierto en las afirmaciones de Voronoff es á lo que tienden los experimentos que hemos realizado y estamos realizando. En deducción—resume, tras un breve silen-

cio—, estamos muy lejos de los halagüeños éxitos que esperábamos.

Otra pausa, y prosigue:

—Lo único seguro que hasta ahora puede afirmarse es que daño ó peligro no cabe con tal de que la operación esté bien ejecutada.

Y seguidamente, por nuestra parte:

—¿Qué condiciones cree necesarias para ser un perfecto cirujano?

—Primero, corazón. Esto es lo esencial. Es pre-

casos—no siempre posible prever el resultado—resultan extremadamente difíciles. También son delicadas muchas de las intervenciones rectoras, que constituyen uno de los más hermosos progresos de la cirugía actual.

—¿El porvenir de la Cirugía?...

—Durante aun muchos años, los progresos serán incensantes. Però luego su campo de acción irá siendo cercenado por los progresos de la Medicina y la terapéutica, hasta quedar reducida

la Cirugía á la de los traumatismos y demás lesiones mecánicas ó físicas.

—¿El estado de la Cirugía en la actualidad?...

—Difícil es contestarle, ciñéndonos á las prisas de una breve charla. No obstante, algo puede decirse sobre alguna faceta de nuestra profesión. Quiero referirme al abuso de los especialistas, principalmente si se tiene en cuenta que los verdaderos especialistas—médicos ó cirujanos generales que han preferido dedicar su actividad á una parte ó rama de la Cirugía—son los menos. Predominan, en cambio, los especialistas que podríamos llamar natos; los que, por haber pretendido desde sus primeros estudios dedicarse á una especialidad, han descuidado el conocimiento del resto de nuestra ciencia, trayendo como consecuencia que hasta en su propia especialidad resultan deficientes. Con decir—tiene con sonreír de ironía—que hay especialistas para dedos (¿no sería preferible llamarlos de «vías periféricas»?), para intestino delgado, para intestino grueso y su terminación, etc., se comprenderá este abuso...

—¿Cuántas intervenciones lleva realizadas en su vida de cirujano?

—le interrumpo.

—Más de doce mil.

—¿Su mayor acierto?...

—Muchos, y no han faltado—si felizmente por contados—fracasos—confiesa con dolido gesto.

—¿Cuál ha sido su mejor maestro?

—El cirujano Kocher, de Berna.

—¿Cómo reparte las horas del día?

—Me levanto todas las mañanas á las siete, y á las ocho y media empiezo á trabajar, primero en mi cátedra de San Carlos, de la que rara vez salgo antes de las doce. Dedico el resto de la mañana á mis enfermos, y con las primeras horas de la tarde recibo á los que desean consultarme... Después de cenar, la mayor parte de las noches las dedico al estudio: á preparar mis lecciones y á leer lo que se publica, así como á repasar disciplinas de nuestra carrera, que siempre hay que tener recientes... Esa es mi vida, sencilla y feliz, porque no falta salud y entusiasmo por la profesión, que tendrá por colofón un librito de patología quirúrgica, á desear, de provecho para todos.

LORENZO RODERO

(Fot. Díaz Casariego)



El doctor Cardenal en un rincón de la biblioteca de su casa

ciso que el cirujano no proponga nunca una operación que no estuviera dispuesto á dejarse hacer ó á llevarla á cabo en uno de sus hijos. Luego... conocimiento de la patología quirúrgica, precedido, como es natural, de la patología médica. En tercer lugar, habilidad manual, y, por último, dotes de artista, ya que todos los actos del cirujano, durante sus intervenciones, han de responder á lo que la cirugía tiene, no sólo de ciencia, sino también de arte.

—¿Cuáles son las intervenciones más difíciles que se presentan en la actualidad?

—Ciertos casos de apendicitis y otros de colecistitis—inflamación de la vesícula biliar—. Las operaciones motivadas por estas enfermedades, de las que llevo practicadas más de mil de las primeras y más de doscientas de las segundas, son relativamente fáciles; pero en determinados

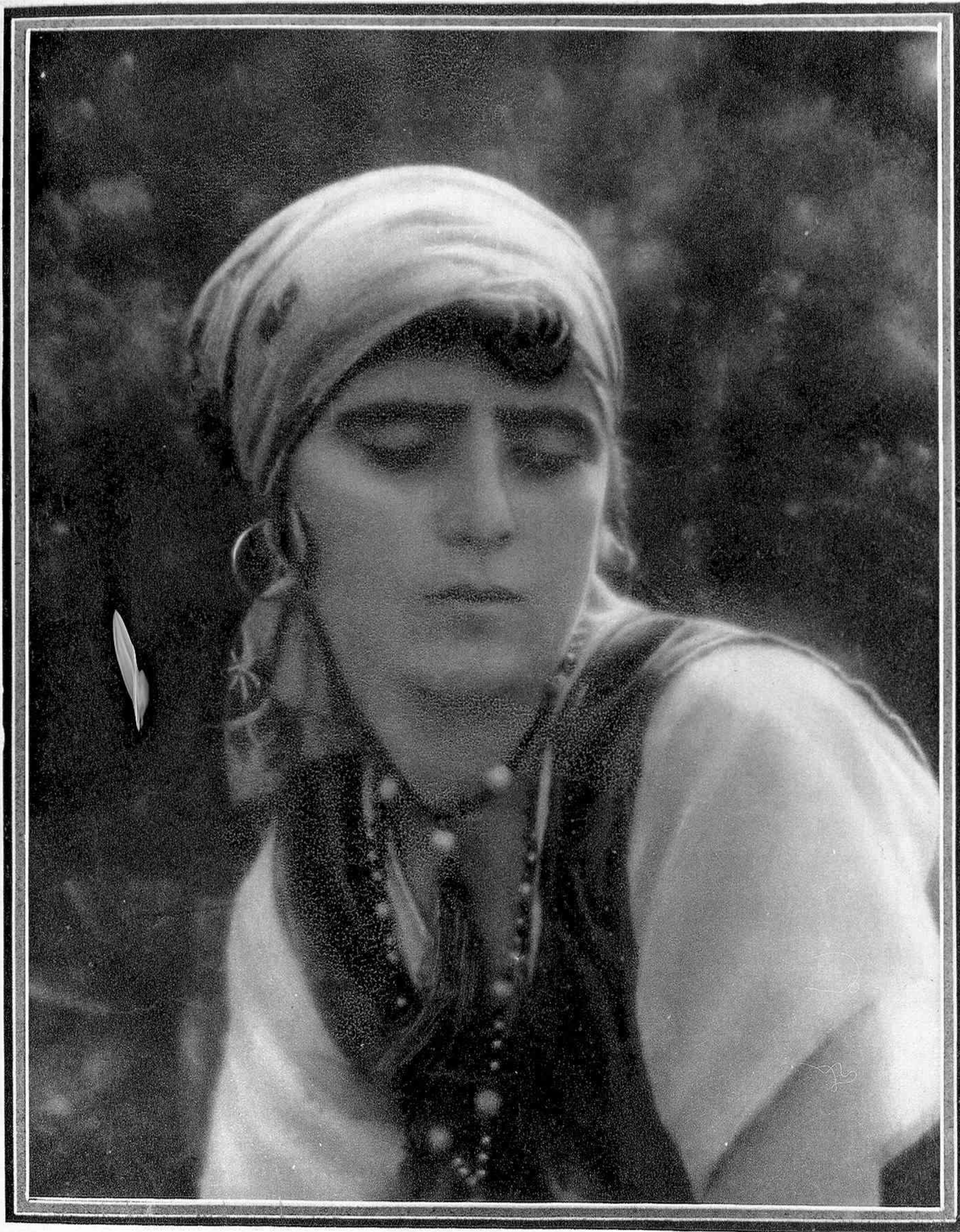
Quiero

(Recuerdos)



ARTE MODERNO

«La terraza», dibujo original de Carlos Sáenz de Tejada



UNA GITANILLA

UNA gitanilla de hoy, una gitanilla que es evocación y reflejo de aquella que Cervantes llevó a las páginas maestras de su novela famosa.

El pañuelo de color a la cabeza, el rostro moreno, las joyas baratas revelan enseguida la ejecutoria castiza de esta gitanilla que en la fotografía aparece con un convencional gesto ceñudo.

Malos tiempos corren hoy para estas reliquias de pintoresquismo. La vida moderna, igualadora, rápida, precipitada, nivela todo en un común rasero de uniformidad. Desaparece, borrado por este afán cosmopolita, lo típico, lo que era nota de gracia y de color. Surgen los ambientes, iguales

en todos los países, que van matando lo que hasta ahora era valor exclusivo, racial.

Todos los días surgen, en el retablillo de la actualidad, una nostalgia, una elegía por lo que se va. El último bohemio, el último romántico, el último castizo... Y pronto, también, el último gitano. El último gitano, al menos, según esa estampa que es ya tradicional. El último gitano literario—fatalidad, superstición, misterio—, desterrado ya por este gitano de hoy—mercado, barbarie, engaño—cuya figura aparece frecuentemente en la crónica roja de los diarios.

(Fot. Wunderlick)



Admirable estatua de la diosa «Ra-Tooui»



CONQUISTAS DE LA CIENCIA IMPORTANTES HALLAZGOS ARQUEOLÓGICOS EN LUXOR



Templo del dios de la guerra descubierto en las inmediaciones de Luxor (Egipto) por la Comisión de Excavaciones del Louvre, de París, y que data de la XIII dinastía (cerca de 3.000 años antes de la Era cristiana)

SORPRENDENTE es el progreso de los estudios de egiptología durante los treinta ó cuarenta últimos años. Sucédense unas á otras en el país del Nilo las expediciones científicas, sobre todo desde que, extinguido el fragor de la gran guerra, hubo de ser posible poner de nuevo en acción pacíficas actividades, reanudándose la vida normal de los pueblos.

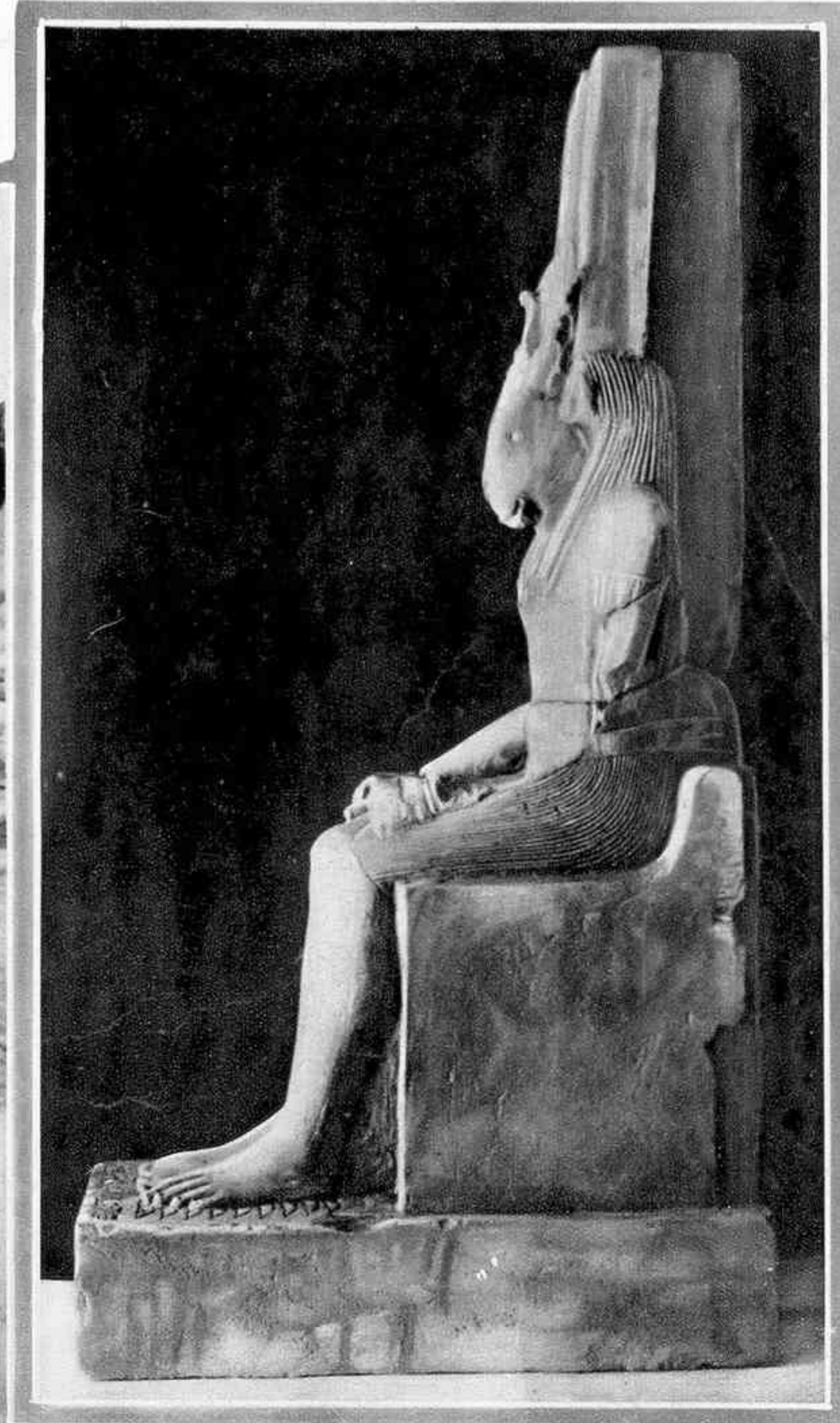
Una noble emulación entre aquellas naciones que con mayor celo y más inquebrantable constancia favorecen las investigaciones arqueológicas, va permitiendo, en lucha costosa y perseverante, la formación documentada de algo que hasta ahora obscure en extremo: la

historia de la civilización egipcia, sobre todo en el extenso período comprendido desde los tiempos prehistóricos hasta las XIII y XIV dinastías. Para explicarse esa obscuridad, basta con recordar solamente que dicha historia, según los estudios más recientes de Meyer, Sethe, Bredsted, Petrie, Wiedemann y Maspero, abarca un período de unos diez mil años, durante el cual reinaron nada menos que treinta dinastías.

Entre las más valiosas aportaciones de estos últimos años á los estudios de referencia, figura la recientemente llevada á cabo por la Comisión Arqueológica del Museo del Louvre, de París. Y ha de concedérsele tal consideración, en cuanto las excavaciones llevadas por ella á cabo durante los dos ó tres últimos años en Madamud (Luxor) y en terrenos sobre los que se elevó la populosa Tebas, han puesto al descubierto valiosísimos restos de una civilización hasta ahora desconocida. Proceden esos testimonios en piedra

D. R.

Tabla votiva descubierta en el templo de Madamud, en Luxor, representando un grupo de peregrinos occidentales en las fiestas del dios «Mon-Tu»



El dios de la guerra, «Mon-Tu»





Fachada principal, de clásico estilo románico, de la Ermita de San Segundo

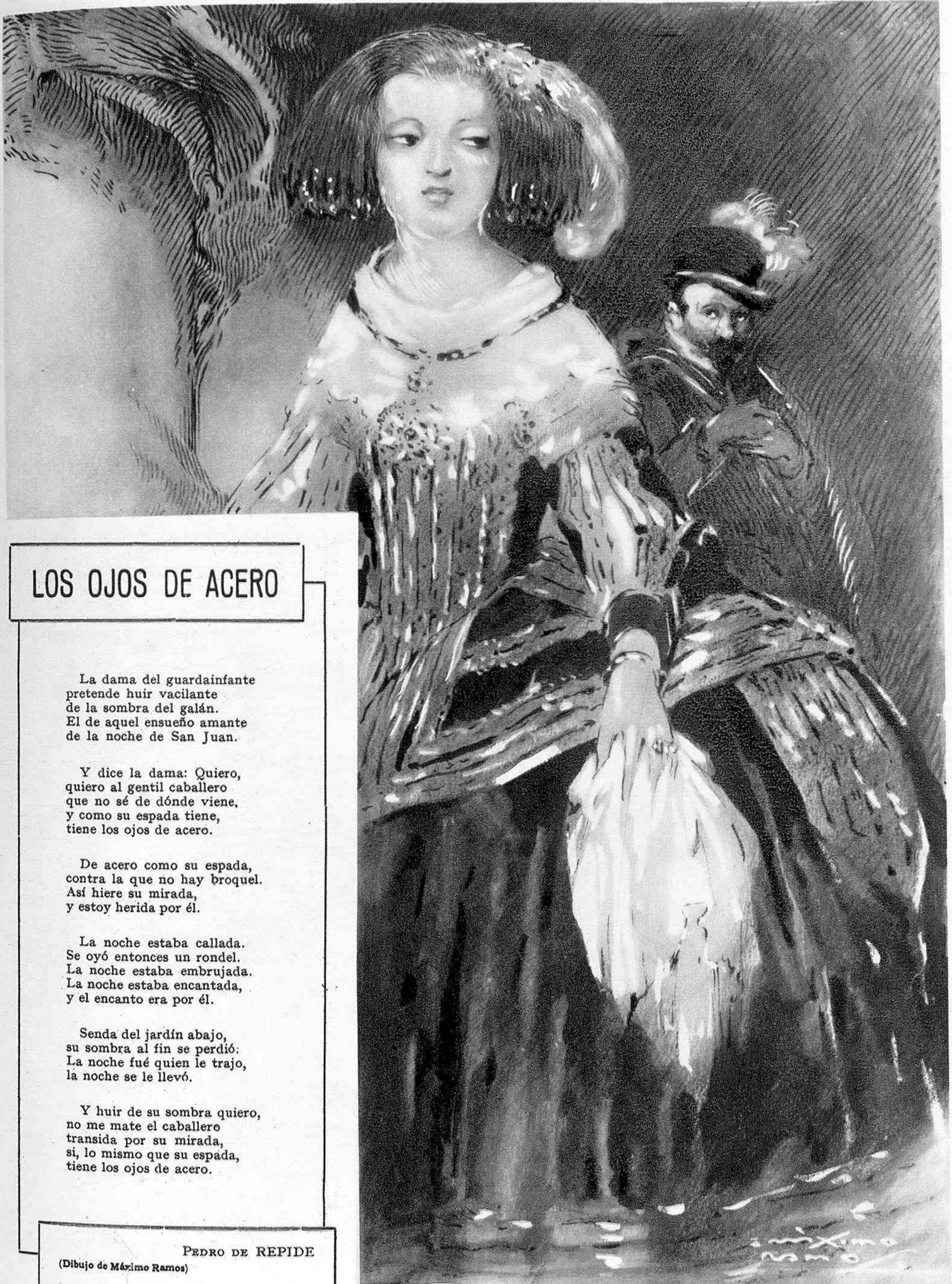
La romería de San Segundo en Avila

He aquí, como olvidada del bullicio mundanal, en la paz augusta y serena de un rincón de Avila, entre la tupida fronda de unos robles legendarios, la chata silueta de la Ermita de San Segundo.

Otro de los detalles de la presente página gráfica es el típico aspecto de las inmediaciones de la Ermita el día en que se celebra la tradicional romería. Fiesta de candidas alegrías, patrocinada por el Santo de la Ermita.



Inmediaciones de la Ermita, el día en que se celebra la tradicional romería



LOS OJOS DE ACERO

La dama del guardainfante
pretende huir vacilante
de la sombra del galán.
El de aquel ensueño amante
de la noche de San Juan.

Y dice la dama: Quiero,
quiero al gentil caballero
que no sé de dónde viene,
y como su espada tiene,
tiene los ojos de acero.

De acero como su espada,
contra la que no hay broquel.
Así hiere su mirada,
y estoy herida por él.

La noche estaba callada.
Se oyó entonces un rondel.
La noche estaba embrujada.
La noche estaba encantada,
y el encanto era por él.

Senda del jardín abajo,
su sombra al fin se perdió:
La noche fué quien le trajo,
la noche se le llevó.

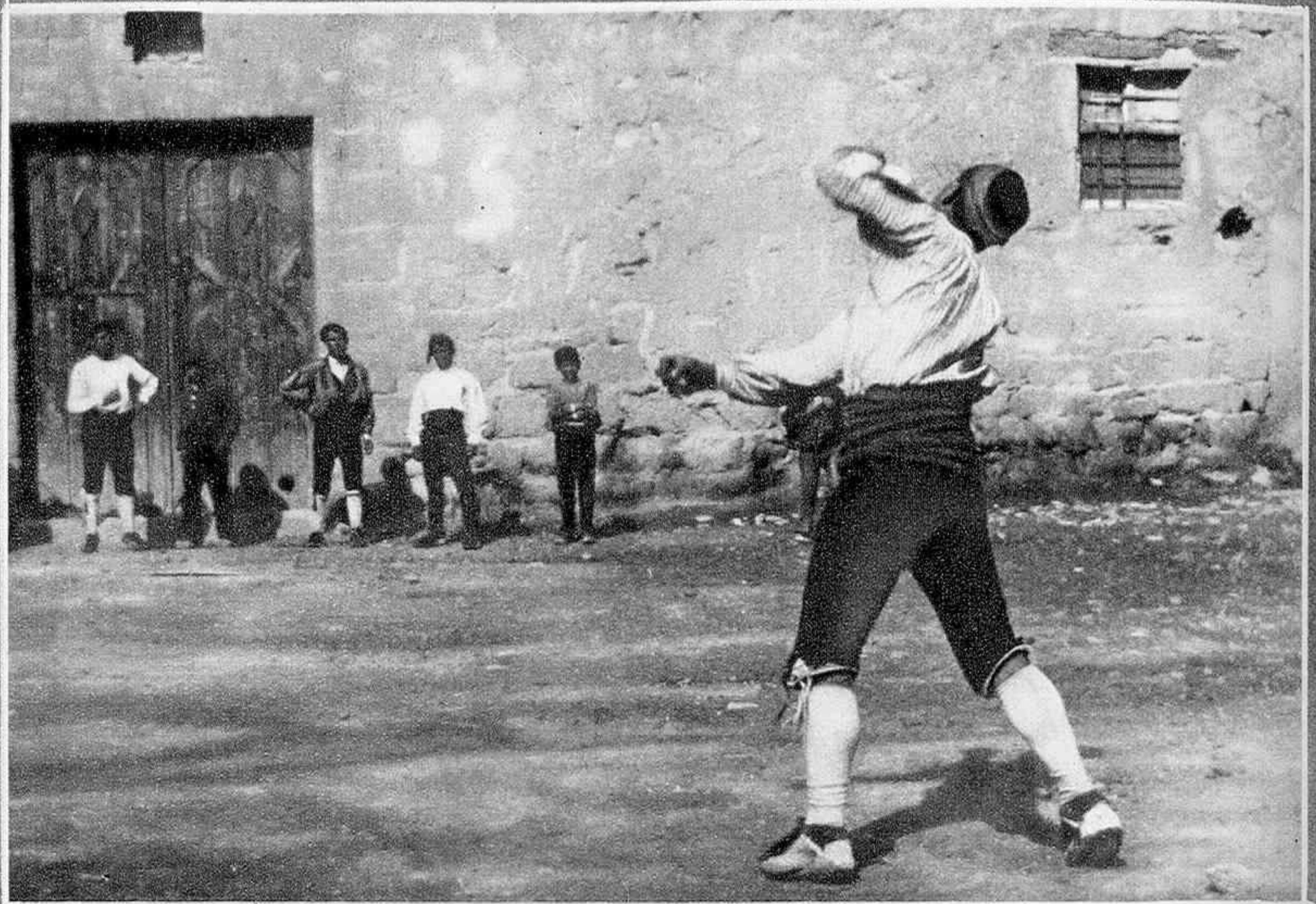
Y huir de su sombra quiero,
no me mate el caballero
transida por su mirada,
si, lo mismo que su espada,
tiene los ojos de acero.

PEDRO DE REPIDE

(Dibujo de Máximo Ramos)



Un tradicional
deporte refu-
giado en las
aldeas, contra
las nuevas nor-
mas de cultura
física



Al clásico, recio y varonil deporte de la pelota á mano, sucedió—
soslayemos comentarios—el juego de pelota con los pies...

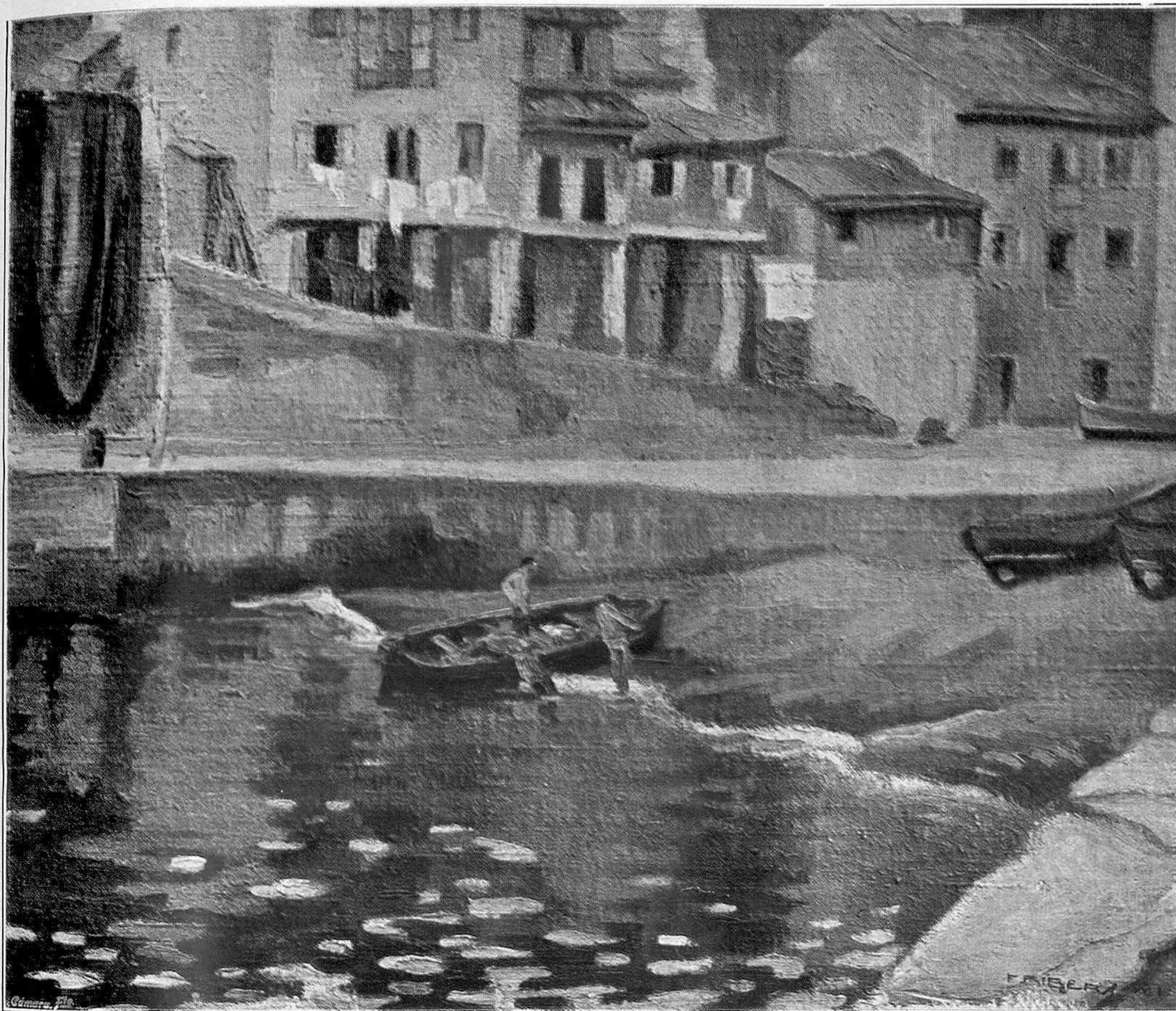
Hoy día, las multitudes se congregan, apostrofán y se exaltan,
invadidas por un entusiasmo inusitado, en los campos de fútbol.

Antes—hoy todavía, empero las modernas tendencias de la cultura física—, en la parda y polvorienta alfombra de la vieja Casti-

lla ó en el bravío suelo del Alto Aragón, cuando no en los arrabales de las urbes populosas, aún prospera en sus mozos sencillos y garridos aquellos primitivos ejercicios, como el lanzamiento de la barra, por ejemplo, en los que, sin las complicadas fórmulas de los modernos deportes, se consigue á la postre idéntico provecho muscular.

FOTS. GÁRATE





LA PINTURA CONTEMPORANEA

«El puerto de Cudillero», cuadro original de Francisco Ribera

P A R É N T E S I S

¿Por qué estoy triste, dime, si tú estás á mi lado;
 si cantan los hijos un canto jovial;
 si el sol entra en mi lecho? ¿Por qué estaré postrado?
 En la despensa hay vino, sobre la mesa hay pan
 Sol y salud, y siento que estoy tan dolorido,
 que no me atrevo á levantar
 la mano, temeroso de que vaya á la hondura,
 y el cuerpo, al insondable terciopelo glacial.
 Vería sobre mí desprenderse la tierra,
 tumbarme el viento, ceñirme el mar,
 y ante mi ojo de espanto el abismo sin fondo,
 é inclinaría mis hombros con un desdén fatal.
 ¿Cansancio de la carne? No siento ese cansancio
 de caminata larga. Tengo la voluntad,
 si no muerta, dormida, sesteando á la sombra.
 Toda mi vida está
 como en un abandono de barca sin remeros.
 Mi corazón se siente como un árbol frutal
 que dió su fruto al ave, la hoja al viento,
 la sombra al hombre, la rama al llar,
 y aun se quitó un muñón para darle un cayado

al caminante. Estoy como la tierra que ha
 dado el grano á la fiera lo mismo que al molino
 y al sol el oro del trigal,
 y luego siente un infinito anhelo
 de ser noche en la noche y ola muerta en el mar.
 ¿Es la fatiga de lo inútil?
 ¿Es que la poma, hecha licor, está,
 transfigurada en vigor colectivo,
 en el tonel, corazón del lagar?
 ¿Es que la vida, corta y mala,
 perdió el ritmo del bien y el prestigio del mal?
 No lo sé. Yo estoy triste y tú estás á mi lado;
 cantan los hijos, agua fresca por el canal.
 El sol entra en mi lecho, ¡y yo sigo postrado!
 En la despensa hay vino, sobre la mesa hay pan.
 Miré por el balcón—¡jaula de hierro el nido!—,
 y vi, entre harapos rojos, una lívida faz:
 ¡Se desangraba sobre el pavimento
 el cadáver del ideal!

ALFONSO CAMIN

RINCONES SABOYANOS

Del llano á la cumbre

ABANDONAMOS el tren en Annecy después de un viaje delicioso. No termina aquí nuestra excursión, pero conviene reparar las fuerzas para resistir la dura jornada que nos espera.

Después de una noche de descanso y unas horas de *auto*, nos encontramos cara al Parmelan, al pie de una colina, que hay que franquear en caballería, para hallar el sendero que conduce al monte en cuyo flanco se cobija el pueblecito que nos aguarda hospitalario.

Meridionales saturados de sol y de color, venimos en busca de nuevos horizontes, deseosos de ver las últimas nevadas en este país saboyano tranquilo y patriarcal.

Nos esperan los guías con las monturas dispuestas y partimos al punto.

No es numerosa la caravana, pero somos todos animosos, optimistas movidos por una sana curiosidad. Avanzamos al paso sin que lo exija el terreno, pues atravesamos una inmensa pradera en declive, de la que sube un aroma de heno húmedo que nuestros potros ventean con fruición.

Baja de las cimas un aire que fustiga, y, á pesar de mis guantes forrados y de mis botas altas, siento helarse mis manos y mis pies.

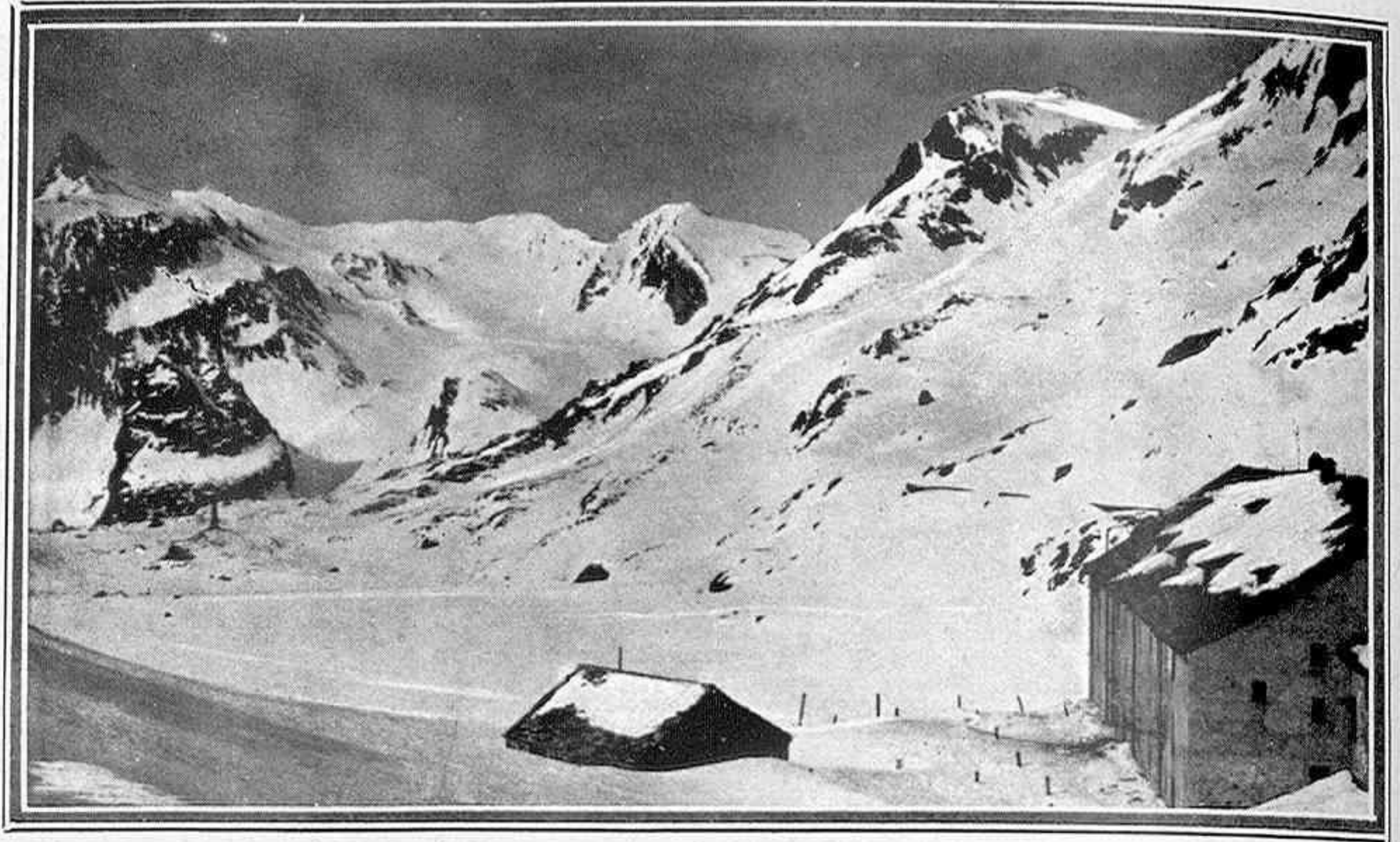
Sin ponernos de acuerdo, á un tiempo, espoleamos nuestras cabalgaduras, alcanzando á poco los abetos que visten la falda de toda la cordillera. Contrasta el verde oscuro de sus ramas con el claro y jugoso de la hierba que crece alta y olorosa en esta tierra tan regada siempre. Corre por cada surco el agua. Después de haber pasado todo un invierno aprisionada en la cumbre, huye victoriosa al fin hacia el valle, temiendo ser inmovilizada de nuevo por el frío, cuando su encanto es fluir en libertad.

Elévanse sobre largos tallos las últimas flores; enormes margaritas, campanillas azules y encarnadas, pensamientos negros, y llega hasta nosotros el perfume de las primeras violetas silvestres.

Serpentea el camino entre la espesa arboleda, y en un recodo nos detenemos á mirar con calma el hermoso panorama de la llanura amarotada que hemos dejado atrás.

Ya está próxima la meseta en que descansaremos. Advirtiéndolo los caballos y la alcanzan en unos minutos. Ponemos pie á tierra entre exclamaciones de admiración.

A nuestra derecha, una vertiente rápida baja hasta el fondo de un barranco, por el que salta rugiendo un torrente, enemigo eterno del silencio. Levantando torbellinos de espuma se preci-



En el monte todo es más puro...

pita en una estrecha garganta que ávida lo absorbe insaciable.

A otro lado, unos picos cubiertos de bosque van escalonándose hasta un pequeño valle, en el que se adivina un lago gris.

A nuestros pies, en un repliegue del terreno, el pueblo que nos espera, acurrucado, medroso, pide amparo al coloso que le domina, y que ante nosotros despliega su imponente majestad. Se extiende á lo lejos su amplio manto verde que va aclarándose hacia arriba, poco á poco, dejando al fin descubiertos los picachos rocosos, en los que han quedado prendidos retazos de nubes desgarradas al rozarlos en su huida, y en la cúspide, la inmensa capucha blanca brilla con los últimos reflejos del sol pálido y comienza á teñirse del color violeta y gris de la noche.

—Aquí los señores no encontrarán las comodidades y el bienestar de la capital—dícenos nuestro hostelero, que ha salido á recibirnos á la puerta de su casa—pero sí sosiego y paz, buen fuego, cama mullida, rico vino, queso y manteca frescos y, sobre todo, una miel más perfumada que otra alguna. Son famosas las colmenas de estos bosques. ¡Plugo á Dios poner tanta flor en nuestros campos!

Las habitaciones que se nos reservan son bajas de techo y tristonas. Sólo unos ventanos les dan luz, así como al amplio comedor donde haremos la vida en común. Por excepción, durante nuestra estancia ha sido llevado el ganado á casa de

un vecino complaciente; de ordinario cobijásele aquí con los hombres.

—¿Se extraña la señora?—pregúntame una vieja encorvada y sarmentosa—. El invierno es muy crudo aquí, y si no tuviéramos el calor de los animalitos, por más leña que quemásemos no lo podríamos resistir.

—¿Y no les molesta el olor que despiden?—inquirimos.

—No, señora; ese olor es salud...

El mobiliario no puede ser más tosco y sencillo. Ningún detalle, ni una planta que alegre el ventanuco. Les basta á estos hombres austeros la contemplación de la naturaleza bravía.

En un rincón, muy cerca del hogar, prepara su hato una moza garrida de mirada dulce. Desdibuja sus formas la estameña de su brial y la pañoleta azul que, cruzada sobre el pecho, esconde sus picos debajo del delantal. Su hermosa cabellera rubia va aprisionada en una cofia de seda negra sujeta por una cinta que pasa por debajo de su mentón.

La inacción á que obligan los fríos queda para los viejos, que, en las largas horas de forzosa reclusión, componen ellos los aperos y ellas las ropas, mientras la juventud trabaja en la ciudad, aumentando así su hucha para asegurar sus últimos días, para venir á morir aquí, en el monte, donde todo es más puro, que acaricie sus tumbas el canto pueril del pastor y la esquila del rebaño ó que la estremezca el rugir de la tormenta, pero reposar aquí donde vieron la luz...

Cinco días llevamos sin salir. Durante una semana esperamos inútilmente las últimas nieves que se sentían ya en el cielo bajo y plumizo, y una noche, en silencio, comenzó suavemente á caer. Desdibujó el camino, y el techo agudo de la casita semeja ahora el lomo de un gigantesco oso blanco. Blanca la tierra, la atmósfera, hacia el horizonte, blanco todo lo que la vista puede abarcar, y empieza ya á angustiarme esa tupida cortina de gasa que desciende perpetuamente, sin descanso.

Pasamos las horas junto á la lumbre, que consume troncos enteros, tomando vino caliente con miel. Recuerdo entristecida mi país, arrepentida de este capricho mío, y llego á imaginarme la eternidad como una infinita llanura nevada, bajo un cielo sin brillo.

Lentamente me acerco al ventanuco, apoyo la frente sobre el opaco cristal para entregarme por entero al dolor que me tortura, sintiéndome cegada por tanto albor...

Vivan aquí felices los que aquí han nacido. Yo necesito respirar bajo el cielo azul y el sol deslumbrador aquel aire embalsamado y tibio que deleita, y entornar mis ojos al brillo de la atmósfera rutilante...

Mientras eso pienso, monótona, sin descanso, aumentando así mi angustia, continúa cayendo la espesa cortina de gasa...

REMÉE DE HERNANDEZ



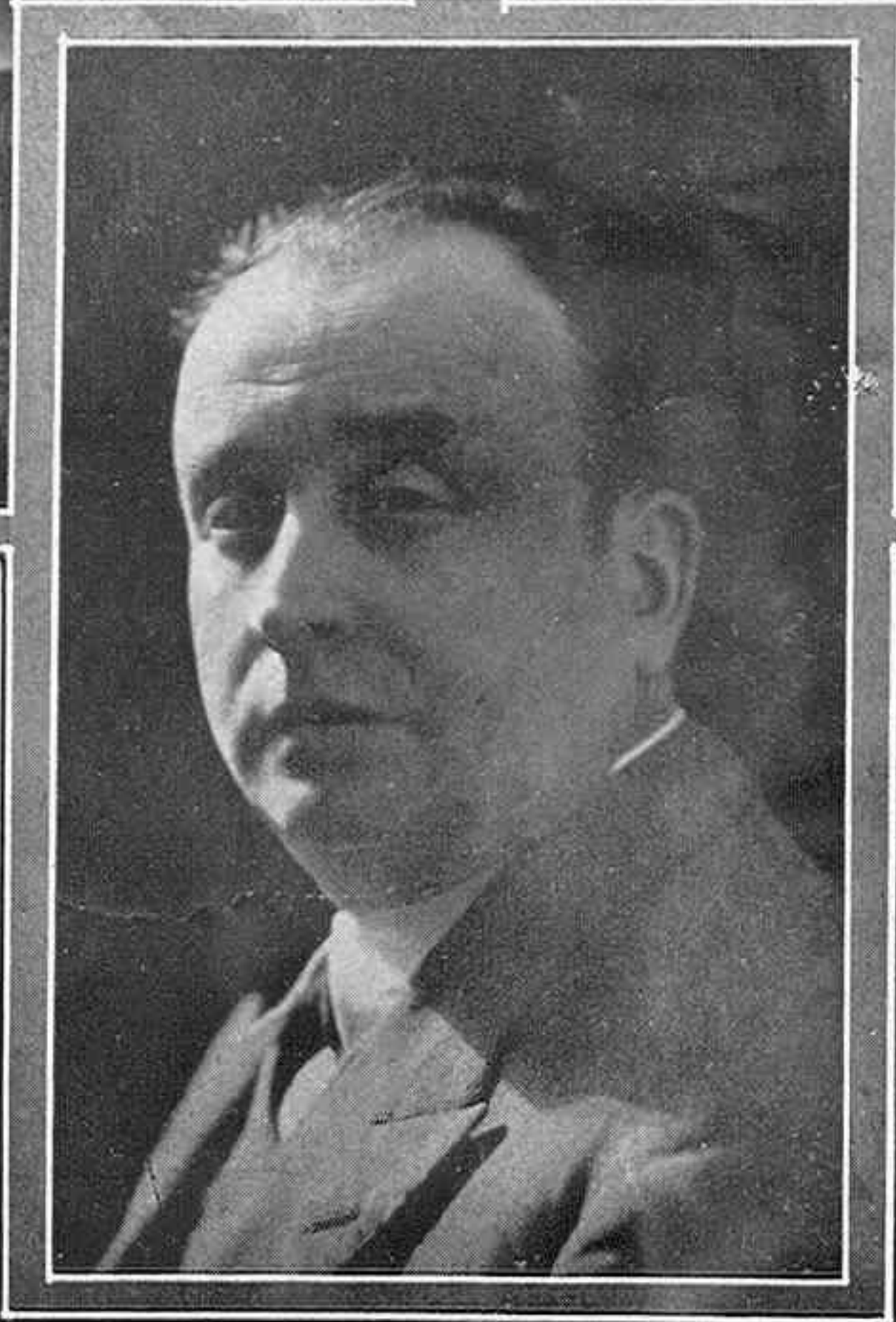
El techo de la casa semeja el lomo de un gigantesco oso blanco



Alfonso de Hohenlohe

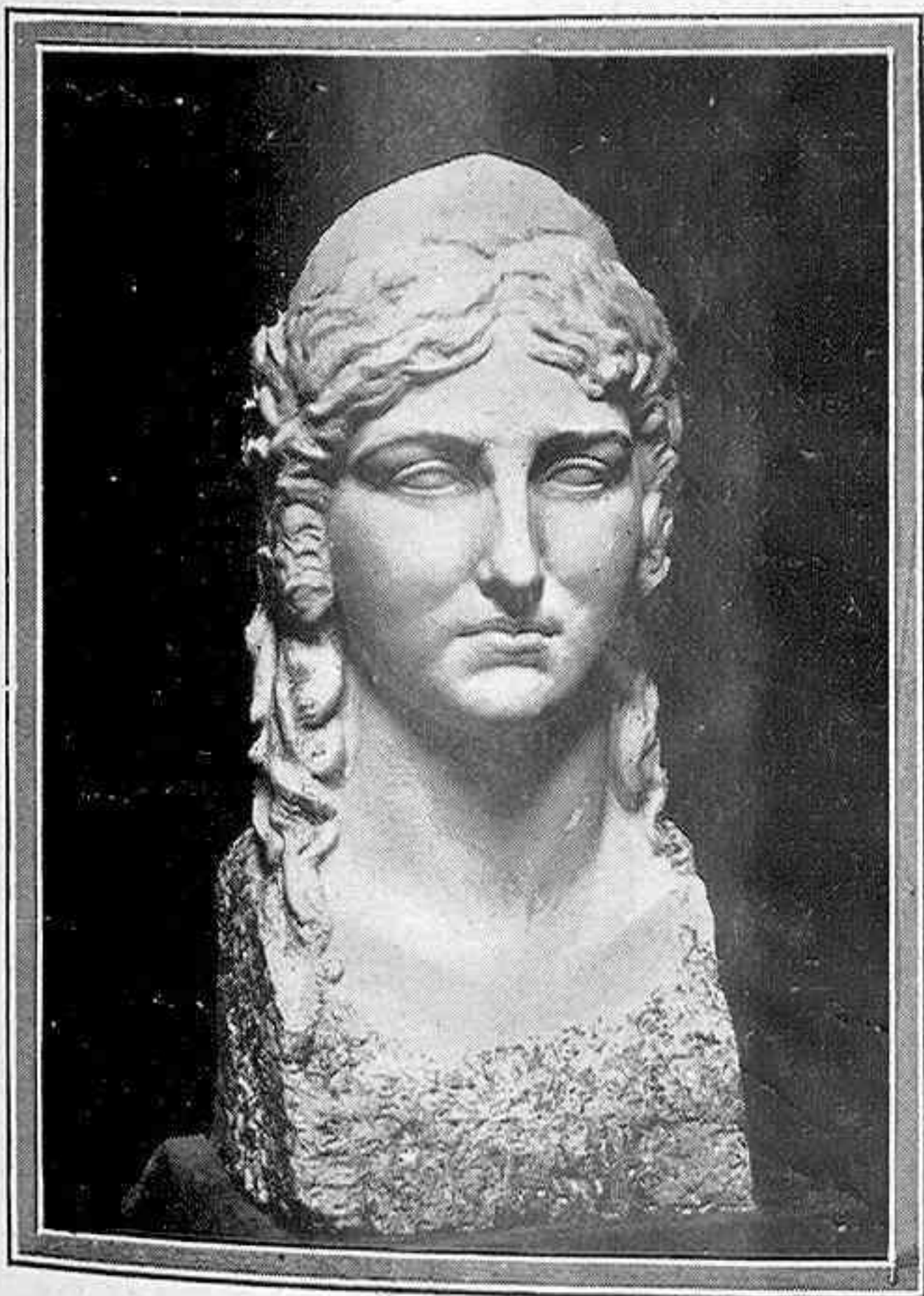


Cristián de Hohenlohe



IGNACIO PINAZO

ARTE ESCULTÓRICO
 LAS ÚLTIMAS OBRAS
 DE IGNACIO PINAZO



Estudio en mármol

HAY en Ignacio Pinazo una íntima inclinación hacia los temas sonrientes y afables. No desmiente, sino acentúa con ello, su condición mediterránea, aquel profundo sentimiento de la belleza ni violenta ni dolorosamente expresada.

Recordando toda su obra, hallamos siempre motivos placenteros, simpáticas interpretaciones de figuras femeninas ó infantiles, la gracia cautivadora de lo que hace amable la vida del hombre.

Este concepto de la escultura que tiene y practica con verdadero talento Pinazo no le daña, sin embargo, á sus producciones de otro carácter. Recordamos, por ejemplo, las testas bronceas de levantinos, de huertanos de su Valencia natal, que fueron primero en la Exposición Nacional de 1924, y luego en el Salón de París de 1925, algo muy considerable y destacado. Recias de inspiración y de factura, verdaderamente viriles, demostrativas de cómo este escultor no se deja alfeñicar el alma ni la mano por sus habituales preferencias temáticas.

Recordamos igualmente su *Cristo en la Cruz*,

de que se habló hace algún tiempo en estas mismas páginas, notable talla policromada que sumará á la serie de modernos aciertos de este género producido por los escultores contemporáneos.

Pinazo va realizando además su obra personal sin impaciencia ni codicia. Aun aportando á los certámenes bienales el testimonio digno de recompensa y estímulo—que no siempre le son concedidos en la forma á que es acreedor—, no por ello se trata de un artista, como tantos otros, «á plazo fijo» y de inspiración limitada á las ocasiones de exhibición colectiva.

Tiene demasiado fervor por su arte, y no le falta la legítima nombradía para contentarse con el acto de presencia cada dos años.

Trabaja cada día, y cada día con una perenne renovación espiritual y una inquietud nueva.

Y, desde luego, dentro de aquellas predilectas inclinaciones, de que hablamos al principio, la belleza femenina, la gracia infantil.

Desnudos núbiles de una clasicista pureza de línea y de concepto, pero animados de peculiar impulso; retratos de damas aristocráticas ó de mujeres del pueblo, donde las líneas raciales diríase que tienen sabor de madrigal ó de copla popular.

Y cabezas, bustos, cuerpecillos desnudos de niños, á cuya clase de esculturas imprime Ignacio Pinazo indudable encanto factorial.

Véanse, por ejemplo, las dos obras más recientes de esta clase: los retratos de los hijos de los príncipes de Hohenlohe, animados de atrayente simpatía, dotados de «parentesco» con las de ciertos maestros italianos del Renacimiento.

Importa descubrir en ellos cuanto hay de suave ternura hacia su arte en el alma de Pinazo; cuanto supone de experiencia y sabiduría técnicas, el simplicismo con que están ejecutados.

Y hacer constar, igualmente, que esas obras no son producciones aisladas, sino admirables actos—concatenados de una serie— que se enlazan como tenaz.



EL IMPROVISADOR

POR

ANDRÉS GEIGER

TRADUCCION DE

MARGARITA NELKEN



HACIA dónde se encaminaría, en la chicharrera de aquella tarde, por las calles desiertas de Ciboure, el pueblo próximo a San Juan de Luz?

—Es Martín Izaguirre...

—Regresa de China...

Era un marinero con licencia, vestido de azul de pies á cabeza, con su cuello claro y su borla encarnada en la boina.

Un vasco de una pieza, el tal Izaguirre, y á quien siempre convidaban unos y otros por su talento en improvisar coplas nuevas acerca de cualquier tema y con cualquier música; talento poco común, y que se tiene en gran estima por allí.

De pronto, el marinero encontróse, al salir del sol reverberante, sumido en una sombra húmeda que olía á pimientos fritos y á madresevas. Estaba frente á la puerta de la vieja Joaquina, la madre de su compañero difunto.

Un muro bajo cerraba hacia la calle un como patinillo enlosado que se extendía ante la casucha cien veces enjalbegada.

Entre un ciprés y un laurel apareció una mujer de edad, vestida de negro. Le pareció al muchacho tan fúnebre ya de por sí, que no le quedó prisa ninguna de cumplir su cometido.

Pero ella le vió al punto.

—¿Eres tú, Martín?

Sus manos secas, arrugadas y amarillas, cruzáronse sobre el pecho.

Entonces el marinero tuvo de nuevo conciencia del deber que le guiaba. Oyó de nuevo las frases supremas del compañero:

«... A la madre, en casa, le dirás que me fui junto al padre.»

—Sí, Joaquina... Le traigo noticias de su hijo.

—¡Noticias!...

Hablaba como si no se refiriese á un muerto.

—Entra..., entra...

Le ofrecía una silla, abría un mueble y sacaba una servilleta, un vaso, una botella, unas galletas...

Le escanció el vino, y luego:

—¡Cúmplase la voluntad de Dios!... Ha muerto... Pero ahora cuéntame cómo ha sido... Te esperaba... El Gobierno no le explica á una nada... Afortunadamente, ¡ya estás tú aquí!... Me lo vas á contar todo...

Martín procuraba recordar.

—¡A su salud!—dijo.

¿Contárselo todo á esa anciana? Pues, ¿cómo iba á arreglárselas? Le parecía estar de nuevo en aquel tugurio infame, invadido por los marineros borrachos del buque americano... Y veía la pelea, las lámparas rotas, las monedas rodando en los charcos de sangre y de vino, y oía los gritos de las mujeres de piel amarilla, y luego aquel silencio terrible cuando la llegada de la policía... Y el hijo de la Joaquina que no podía levantarse más...

La madre pasmábase de su silencio. Contemplóle irónica:

—¿Te has quedado mudo?... ¿Dejaste allí la lengua?

La burla aguijoneó al improvisador. Su propio azoramiento poníale furioso.

¡Qué vergüenza! ¡El que siempre tenía las respuestas á flor de labio y cuya cabeza fraguaba instantáneamente las coplas nuevas, dejando apenas el tiempo á los demás de cantar el estribillo! Pues sí, él no sabía cómo contar aquello, ni por dónde empezar.

Bueno, pues ya que Joaquina quería saberlo todo, ¡allá iba!

—Pues verá usted—empezó—. Fué en Shanghai, una ciudad muy grande de China. Habíamos saltado á tierra...

—Para batiros—interrumpió ella.

Sonrió él algo violento.

—Hombre, los combates... Le diré á usted... Surgen cuando no se esperan. Bueno, pues...

—Oye, dime, Martín—tornó á interrumpir la Joaquina—: ¿eran muchos los chinos?

El marinero abrió grandes los ojos.

—¿Qué chinos?

—El ejército que os atacó...

—¿El ejército?... ¿Qué ejército?

—Pues ¡el ejército enemigo!—exclamó la vieja—. ¿No estábais en guerra? Mira, voy á decirte una cosa.

Y para decirle la vieja se puso en pie, como si toda la sangre de sus antepasados, oscuros, pero bizarros marineros de los corsarios de Bayona y de San Juan de Luz, se pusiese á hervir de pronto en sus venas.

—Te voy á decir una cosa: si algo me consuela, si algo hay que me da valor para seguir viviendo, es el pensar que ha muerto como los valientes, que ha muerto por la Patria...

Martín se estremeció. Estaba horrorizado. Horrorizábale el pensar lo que por poco iba á decir, lo que *tenía* que decir, lo que ya les había dicho á varios al llegar al pueblo, lo de aquella pelea en aquel sitio infame...

¡Y decirle á Joaquina la verdad era como matarle por segunda vez á su hijo, ¡quién sabe si matarla á ella!

Repitió maquinalmente:

—Pues el ejército enemigo..., como usted dice... El ejército enemigo, puesto que estábamos en guerra..., nos atacó...

—¿Dónde fué?

—En una casa... Una casa...

—¿Una casa?—asombróse la vieja.

Pero, con la emoción, sentía Martín atropellársele en la cabeza una muchedumbre de ideas, de escenas y de cosas.

Prosiguió:

—Una casa... Es decir, no... Una pagoda... Una iglesia china... Mire usted, parecida á la nuestra...

Y extendiendo el brazo hacia la ventana in-

dicaba la iglesia de Ciboure, con su torre de pisos escalonados, reminiscencia sugerida, sin duda, por algún piadoso donante que hubiese viajado antaño por tierras de Asia.

—... Un campanario dorado, con unos dragones verdes que sacan una lengua colorada..., en medio de árboles con flores..., junto a un riachuelo..., con un puente de porcelana azul...

A medida que hablaba sentía deslizarse por la lengua una facilidad maravillosa; las paredes blancas de la salita rústica alejábanse, esfumábanse, y en su lugar aparecía un paisaje exótico, en el que se desarrollaban escenas de guerra.

—Habíamos entrado... con intención de divertirnos...; bueno, para ver los dioses de los chinos... Y las diosas... Eramos una pandilla... Precedíamos el grueso de las tropas... Allá, en aquel suburbio. Pero, de pronto, ¡vaya estruendo! Eran los otros...; entraban los... ¡los enemigos!

Joaquina se estremeció, como si esperase ver entrar en su casa a aquellos enemigos amarillos. Martín, con el pensamiento, veía entrar a aquellos gigantes yanquis, de pelo rojo y ojos azu-

me digo que más vale salir fuera, pelear al aire libre; abro la puerta que da a la escalera; de un brinco estoy abajo...

Su voz se hizo bruscamente más queda.

—Pero él..., su hijo..., tropieza contra una..., bueno, tropieza... y cae... Los... los enemigos..., seis..., se le echan encima... El quiere defenderse...; pero ellos habían sacado las facas..., y de pronto él grita..., grita: «¡Viva Francia!...»

—Treinta..., treinta mil... Sí, Joaquina..., un ejército... de treinta mil infantes y jinetes... que acabaron por echar a correr cuando vieron que venían los demás.

Y Martín Izaguirre profirió tamaño embuste con el acento de la verdad más diáfana, pues, como los poetas, ya no sabía a punto fijo cuál era la parte de realidad y cuál la de inventiva en lo que contaba. Pero de una cosa sí estaba se-



les, desembarcados del buque americano, con su voz insultona y sus bravatas de borrachos.

—... Eran más que nosotros. Pero, ¿miedo nosotros? A buena parte. Se creían que nos iban a echar para quedarse ellos. Empiezan a tirarnos...

—¿Con los cañones?—dice Joaquina.

—Los cañones..., los cañones estaban fuera, ¿comprende usted? Nosotros contestamos con todo lo que nos cae a mano... De pronto, ¡maldita sea!, las luces...

—¡Ah!, ¿pero era de noche?

—Claro. Sí. Una emboscada... Una emboscada de noche. Bueno, las luces se apagan... Yo

Un silencio muy largo, apenas turbado por los sollozos de Joaquina.

—Así es que—dice por fin—¿se ha batido bien?

Con un gesto que parecía querer abarcar todo el paisaje, contesta Martín:

—Como un vasco. Como un valiente. Pero ¿qué iba a hacer? Eran lo menos treinta.

—¿Nada más?—exclama ella, embriagada por la gloria y el vértigo de la muerte.

guro: de que Joaquina ya no creería en otra verdad que no fuese aquella, y de que conservaría de su hijo por siempre la imagen heroica del soldado muerto por la patria.

Y el improvisador, al regresar por las calles, que olían a pimientos fritos y a madreselvas, no sospechaba, ni con mucho, que aquel su mayor triunfo poético del día de Santiago de tres años antes, en que había celebrado *El Vino* ante quinientas personas, no era nada en comparación con el triunfo silencioso que acababa de tener ante una pobre vieja.

(Dibujos de Aristo Téllez)

EL honor y orgullo de las venerables ciudades históricas descansan en los pétreos monumentos de sus gestas y en los museos y relicarios de sus joyas artísticas.

Pero entre estos soberbios jalones de la historia externa, que solemnemente cuidáronse de catalogar los cronistas de todo tiempo, suele haber intramuros, casi ahogados ó soterrados por la expansión secular ó el desperezo intermitente de la urbe que sacude el polvo de su vetustez, típicos rincones y callejuelas, barrios enteros característicos, que no por viejos, sino por la fuerza de su evocación y el encanto de su integridad superviviente, conservan el alma y la elocuencia sugestiva de la inmortalidad.

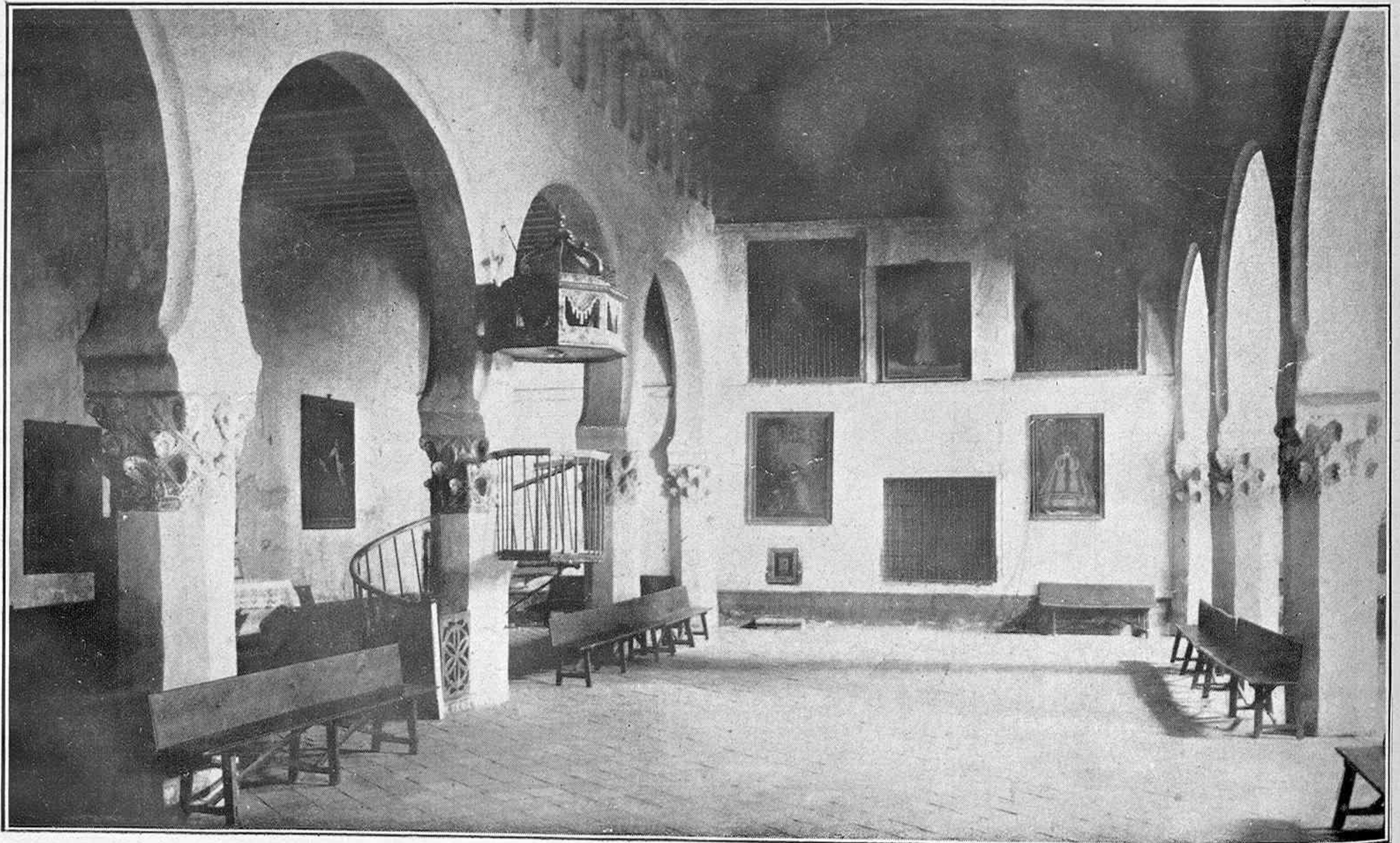
Así en Segovia, como en Córdoba y en Toledo. A lo largo de las murallas almenadas, y junto á las puertas más antiguas de la ciudad, fueron dondequiera barrios que abrió y pobló la tolerancia, y que acotó y aisló—y aun arrasó en muchas partes—el supersticioso recelo de raza, cuando no una persecución fanática implacable. Bien que donde filosofó excelsamente Maimónides y donde labró su cetro de la poesía rabínica española Judá Leví, con haber sido también teatro de cruentos movimientos populares contra los hebreos, no llegó el furor iconoclasta



Patio claustral del convento del Corpus, adosado á la Sinagoga

de la ortodoxia cristiana á los extremos que en la democrática y noble ciudad de Enrique IV. Las sinagogas del Califato y del Imperio están en pie, en el centro de la barriada que ocuparon los proscritos; y en los rasgos de aquellos templos, como en la fisonomía singular de las calles que los circuyen, pueden el investigador y el artista estudiar y reconstituir mejor, por el solo testimonio de los sentidos, la condición y vida de la población judaica hasta su expulsión.

En Segovia..., su Sinagoga menor, ó nueva, fué destruída para erigir el convento de la Merced; y su Aljama principal de los días medievales, convertida en iglesia cristiana después del tradicional milagro del *Corpus*, que la «Catorcena» conmemora, llegó sin perder carácter ni interés en sus pilares y naves, arquerías y adornos, que recordaban la toledana Santa María la Blanca, hasta 1899, en que los estragos de un incendio y de una reedificación la desfiguraron con barniz de vulgaridad restauradora. Menos mal que, en las placas fotográficas de Unturbe, el buen gusto del artista y su amor á todo lo bello segoviano han recogido y conservado á la admiración de las gentes el interior intacto de la Sinagoga mayor, tal como se utilizó para templo católico al través de cinco siglos, y también el típico y lindísimo patio claustral



La Sinagoga mayor (iglesia del Corpus) antes del incendio de 1899



Un rincón laberíntico de la Judería vieja

del convento de monjas clarisas adosado á la misma iglesia del *Corpus*.

En aquella reproducción está patente la descripción que de la vieja Sinagoga, tal cual la viera antes del incendio, hace un cronista: sus tres naves, sobre planta rectangular; sus audaces arcadas apoyadas en pilares octógonos con la original ornamentación en yeso de palmas entrecruzadas y piñas en sus capiteles; su gallardo friso de anchas cenefas de almocárabes; las rosetas y lobulados arquitos en herradura de la arquería superior; las caprichosas labores de su artesanado...

Después del incendio no perdieron su gallardía y aplomo los arcos y pilares, ni se advirtió el menor quebranto ni agrietamiento en su esmerada y admirable fábrica de ladrillo; pero, donde no las llamas, el celo extintor de los bomberos y las manos torpes de albañiles hicieron desaparecer en buena parte la delicada y bella ornamentación en lo único que daba carácter y razón de estimación estética ó histórica al templo.

Sancta Sanctorum del culto israelita medieval, desde los días de Alfonso VI ó de Don Alonso el Sabio, en que la Historia, vacilante, discurre su origen, hasta 1410, en que la profanación de la Hostia consagrada atrae sobre la Sinagoga mayor la maldición y la clausura, ¿quién, por esta página borrosa y tachada que se nos muestra en el presente, juzgará de su prestancia y atracción en el pasado? Ni de haber sido punto de cita y reunión de los Comuneros castellanos, de cara al levantamiento, queda más que el recuerdo.

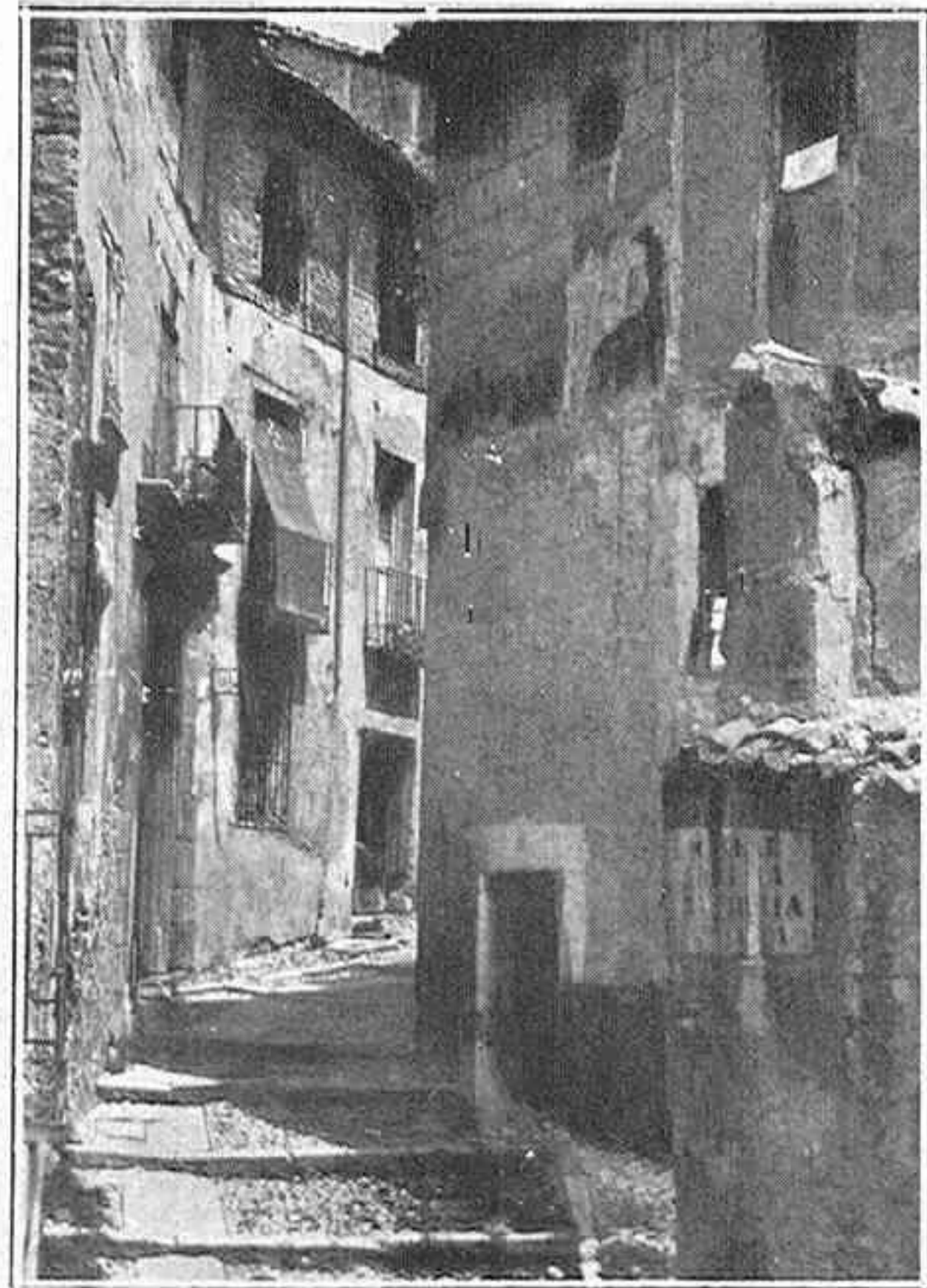
Pero al borde de la primitiva calle Real, como en aquellos tiempos, ella nos da la clave y acceso para internarnos en la Judería vieja: para descargarnos por las tortuosidades pendientes y umbrosas que desvían y aplastan las macizas espaldas de la imponente Catedral; para ganar al cabo de un rodeo las cuestas escalonadas y estradas curvas que, avanzando hasta la de Almuzara y los dintornos de la iglesia de San Andrés, nos sitúan en plena Judería nueva.

En este gran sector, que, como una hoz interna apoyada en la muralla, ceñía y mostraba su filo y brillo á la ciudad laboriosa y confiada, alzaronse los famosos *Corrales* de casas unidas, en que se albergaron, comerciaron é hicieron su vida los judíos segovianos: ricos y principales muchos de ellos, todos tributarios de la Mitra en treinta doblas anuas de oro por su estig-

ma de raza, y coadyuvantes buena parte de ellos al desarrollo, auge y nombradía de la industria y mercaderías de la población cristiana. Allí tenían sus cabildos, sus negocios, sus cultos, sus tiendas. Muchas casas eran suyas propias; otras las tuvieron en arrendamiento hasta que los extrañó la voluntad real. Y en esas mismas calles, y en tratos con la raza judía, convivieron moros descendientes de los que rezagados fincaron en la ciudad, luego de ser ésta reconquistada por las armas de Alfonso VI. De donde se distinguió el *Corral de la Movería*, entre otros de expresivos nombres, como los de los Terreros, de la Avileza, de la Posa y de Gaucón, de Romero Gil, y tantos más para los cuales pueden servir de censo é itinerario los libros de la Mayordomía de Pitanzas, que á los efectos de la tributación se hicieron ó se guardan en el Archivo catedralicio.

Atestiguan los cronistas, reconociendo la importancia é influencia de la judería segoviana en toda la Edad Media, que, al desatarse las persecuciones por los desmanes é intrigas que se la imputaron, no estaba reducida á su *jara*, ó barrio acotado, tal como existe hoy en las *medinas* africanas, sino que, rebasando la conocida zona comprendida entre las Sinagogas con el *Corral de la Avileza* en la calle de la Solana por divisoria, la comunidad extendíase por la Zapatería (Cintaría luego y hoy calle de Isabel la Católica), por la plaza de San Miguel ó Mayor, por la contigua calle de la Completada, por las de Correonería, Carnicería, Pescadería y Frutería (sitios conocidos por Cuatro Calles, Caño Seco y Patín), y por las de Rehoyo, *Corral del Vainero* y Escuderos; llegando en la calle Real hasta San Martín, y en el barrio de San Esteban y en las cuestas hasta las Puertas de Santiago y San Cebrían; con más los que, por familias ó sueltos, residieron en la *Zapatería Vieja* y en la *Cal de las Águilas* (hoy Victoria), en la calleja tradicional del *Malconsejo*, en la collación de San Andrés y en el Azoguejo mismo. Esto no obstante, no podían tener con ellos los cristianos más tratos que los meramente mercantiles.

¡Días de próspera abundancia para Segovia, cabecera de Castilla, aquellos en que las ruecas de sus hilanderas no estaban ociosas ni en los altos aposentos de las casas de linajes; en que



Típica calle escalonada de la Judería nueva

los gremios y sus cofradías fomentaban la riqueza y llenaban de alegría la ciudad; en que los estiradores y los pelaires famosos tejían con la estimación general de sus paños el amor y el respeto á la patria y á sus libertades!

Después, desde 1410 hasta su radical expulsión, la población judía, diezmada por las persecuciones y estrechada por frecuentes medidas de rigor, fueron perdiendo terreno en el mismo ángulo de su aislamiento; hasta tener que ir dejando las casas-sepulcros de la Canonjía vieja; hasta quedar confinada en las pendientes y callejuelas de la Judería, que hasta hoy han conservado los nombres, traza y situación de antaño, al margen del movimiento ciudadano; hasta buscar extramuros, cuando la expulsión precipitó su empobrecimiento y remató su ruina, un mísero refugio en las laderas de la Cuesta de los Hoyos, donde, ante el arroyo Clamores, que conoció su antiguo *jonsario*, hicieron de las cuevas soterrañas su habitáculo y su taller, su dormitorio y su sepulcro.

Pero el rastro de aquellas gentes, cuyas cenizas aventó el tiempo, no se ha perdido totalmente en el interior de la ciudad. Desde la calle Almuzara hasta la plaza del Corpus, discurriendo por los laberintos y hondonadas que como fosos bordean los cimientos de la Catedral, veréis en el sesgo mismo de las calles, en tal cual detalle de inconfundible sabor, en las rejas embutidas, en los balcones tapiados *a fortiori* y en las ventanas sin vistas, como en los días de la persecución; en signos y trazas de sus portadas, y en la distribución de sus viviendas, llenas de misterio y de silencio, las huellas y el recuerdo evocador de sus moradores de cinco siglos ha.

Y es tal la influencia del medio en vuestro espíritu, que, al calor de una reconstrucción imaginativa, creeréis descubrir las casas y solares de los judíos poderosos; y repercutirán en las callejuelas sombrías y retorcidas los nombres de los Cuéllar y Samuel, de los Lasarte y David; y el eco secular fingirá en vuestro oído alucinado el recio y nervioso tañir de la campana de San Pedro de los Picos, que, como en las revueltas medievales de fe y de odio, toca á rebato y espolea en los aires el corcel de la muerte; como un símbolo, como una expiación, como el grabado á fuego de un pueblo y de una época.

Calle de la Almuzara y la torre de San Andrés
(Fots. Unturbe)

RODOLFO GIL.

CÓMO MUEREN LOS HÉROES

LA MAGNIFICA EPOPEYA DE KUDIA-TAHAR

FECUNDA Y GRATA
COMPAÑÍA

LA vida del héroe—guerrero, político, religioso ó literario—atrae, subyuga y fascina. Un halo de luz brota de su nombre, y su personalidad espiritual nos estimula, nos envuelve y nos arrastra. ¿Qué milagrosa potencia es la del hombre extraordinario, que lleva tras sí, sólo con su conducta y con su palabra, al rebaño, y despierta la dormida virilidad en unos, la nobleza oculta en otros, y el deseo de sacrificio en todos? Para Carlyle, el héroe es el rayo poderoso, y la plebe, el montón de leña seca que aguarda para arder la flecha luminosa. Este hombre excepcional es



La posición de Kudia-Tahar, cercada durante muchos días por los rifeños y defendida heroicamente por los soldados españoles. A socorrer á nuestros soldados batidos por el enemigo, acudió voluntario el teniente Fuentes Pila, encontrando una muerte gloriosa (Fot. de la Aviación Militar)

un gran descubridor de virtudes. A su contacto, todo lo mezquino y bajo de nuestra personalidad se esconde avergonzado y surge lo que hay en nosotros de grande y heroico. Cada palabra suya, cada gesto y alegato, adquiere aire de revelación para los demás. El héroe ha sellado con el sacrificio de su existencia el derecho á que lo creamos y admiremos, y ha teñido de ardor y de ansias de inmortalidad nuestra vida cotidiana, ahita de vulgaridad y de pequeñas aspiraciones.

Es grata y fecunda su compañía. El carga nuestra vida de propósitos nobles, y su figura amable nos acompaña y nos alienta. En los momentos de decaimiento y de postración, allí está con su palabra invitándonos á proseguir la tarea, haciéndonos liviana la pesada carga, señalándonos la meta lejana y dándonos el ejemplo de su fortaleza para que nos yergamos en el infortunio.

Y cuando el héroe cae y sucumbe, es cuando empieza su vida inmortal. El ha cambiado un montón de horas terrenales por el tesoro eterno de una vida sin fin.

UN PATRIOTA EXALTADO Y CONSCIENTE. UNA VOCACIÓN CIEGA. SENCILLEZ Y VALENTÍA

D. Santiago Fuentes Pila, hermano del héroe de Kudia-Tahar, me habla con emoción de la vida y los hechos del oficial pundonoroso. Hay en el fondo de su charla un orgullo legítimo. Sus palabras están llenas de cariño, admiración y respeto fraternales.

El teniente Fuentes Pila, héroe de Kudia-Tahar, á quien el Ayuntamiento de Puente Viesgo (Santander) va á erigir un monumento que perpetúe su memoria, costeado por suscripción pública

—Tenía mi hermano una sensibilidad extraordinaria, y era un patriota exaltado y consciente—nos dice el señor Fuentes Pila mirando un retrato que hay encima de una elegante mesita.

Y añade:

—Era un ferviente admirador de las viejas glorias españolas, y se le crispaban los nervios y pasaba un mal rato cuando alguien á su vera tenía una frase pesimista para el porvenir de España. Por nuestra posición social, él pudo muy bien haber llevado una existencia fácil y tranquila y emplear su talento y sus entusiasmos en una carrera civil; pero desde muy pequeño quiso ser militar. Tenía una vocación ciega. Al morir, yo he encontrado entre sus papeles cosas muy interesantes; rasgos que retratan [su carácter...

—¿Cuántos años tenía?

—Veintiocho.

—¿Dónde nació?

—En Santander. Su característica personal era la sencillez. Mi hermano no le daba importancia á lo que hacía, y si alguien elogiaba su comportamiento en la guerra, él argüía que no hacía más que cumplir con su deber. Sus jefes tenían tal concepto de su valor, que siempre que había que llevar un convoy difícil se lo encomendaban á Fuentes Pila, pues tenían la seguridad que había de llegar á su destino. Era un creyente sincero, y sus entusiasmos y devociones las compartían la Religión, la Patria y el Rey.

EN LA RETIRADA DE XAUEN. LAS BOMBAS OCULTAS EN LA CARRETERA Y EL CAMIÓN ATASCADO

Don Santiago Fuentes Pila hace una pausa. Una grata penumbra envuelve los objetos que decoran la salita y borran el contorno de nuestras figuras. Sobre nosotros está el glorioso fantasma del hermano muerto, del bravo militar que se inmoló en aras de la patria y de otros hermanos suyos—los soldados—, cercados por las huestes rifeñas.

Y continúa el señor Fuentes Pila:

—Siendo teniente de la Brigada Automovilista de Tetuán, al mando del capitán D. Carlos Más, hizo mi hermano la retirada de Xauen, y fué citado dos veces en la orden del día por dos hechos sobresalientes. El primero fué este: Yendo con un convoy de municiones, notó que la impedimenta y los carrozmatos no podían avanzar. La carretera por donde había de pasar el convoy estaba interceptada. Los rifeños tenían soterradas en el camino muchas bombas de aviación, las que hacían estallar tirando de unos alambres, al pasar el tren español. Aquella trampa diabólica convertía



Fuentes Pila, cadete de la Academia de Artillería

en añicos los hombres y los carros. Era necesario, á toda costa, cortar los alambres que hacían estallar las máquinas infernales. Mi hermano echó pie á tierra, y acompañado de otro bravo soldado, el sargento Villares, bajo la lluvia de fuego del enemigo, cortaron los alambres, desmontaron las bombas ocultas, y así, con gravísimo riesgo de sus vidas, pasó el convoy.

—¿La segunda vez?—pregunto yo anhelante.

—Fué al regreso de un convoy. Uno de los camiones quedó atascado en la carretera. Era ya casi de noche. Los rifeños, apostados en los montes próximos, tiraban sobre el convoy. Era necesario abandonar en medio del campo el camión que no podía seguir á la columna. Los moros caerían sobre aquel despojo... Fuentes Pila gritó á sus soldados, mientras silbaban las balas: «¿Quiénes de vosotros quieren quedarse aquí esta noche conmigo para defender el camión?»

—¡Yo, yo, yo!...—respondieron todos los soldados casi al mismo tiempo, queriendo seguir la suerte de su oficial. Fué preciso sortearlos. Siguió el convoy su ruta, y quedaron unos cuantos valientes junto al camión. Allí pasaron Fuentes Pila y los suyos toda la noche defendiendo el artefacto de las tarascadas del enemigo.

La mejor recompensa es que los superiores se reconozcan a su valor y se les otorga otros honores. Era la suya. Los otros no los espero. Todo se olvida. Toda para la satisfacción es lo que queda.

Fragmento de una carta de Fuentes Pila, encontrada entre los papeles del bravo militar

FUENTES PILA ROMPE EL CERCO Y ENTRA EN KUDIA-TAHAR. «¡NO ES HORA DE RECOGER LOS MUERTOS!» UNA NOCHE EN LA POSICIÓN. CAEN SETECIENTAS BOMBAS. MUERTE DEL HÉROE

—Por la retirada de Xauen y defensa de Kudia-Tahar ha sido ascendido mi hermano á capitán por méritos de guerra, nombrado Caballero de la Medalla Militar, y en estos días se ha terminado el expediente para la concesión de la Cruz Laureada de San Fernando. Muchos regimientos han pedido su retrato para colocarlo en sus cuartos de Banderas. Por iniciativa del Ayuntamiento de Puentes Viegos (Santander), donde está enterrado, se le va á erigir un monumento que perpetúe su memoria, que será costeado por suscripción pública, pues han contribuido el Ayuntamiento del citado pueblo y numerosos Municipios de la provincia, la Diputación santanderina, el Cuerpo de Artillería y muchísimos particulares.

Las escaleras de esta casa las ha subido una multitud de soldados que han venido á llorar con nosotros la pérdida dolorosa. Todos, superiores, iguales y subalternos, lo querían con delirio. Crea usted que las pruebas de afecto que nos han dado y nos dan contribuye mucho á aminorar nuestra pena. Nos hablan constantemente de él; nos recuerdan sus cualidades de hombría y compañerismo, el temple fuerte de su alma, y al relatar sus hechos parece que lo tenemos aquí entre nosotros, que va á entrar por esa puerta de un momento á otro, á echarse en nuestros brazos.

—Hombres como Fuentes Pila—digo yo aprovechando una pausa—son honra y honor de la raza.

Y aunque conozco la magnífica epopeya de Kudia-Tahar, que costó la vida al héroe, quiero oír de labios de su hermano. Y le recuerdo la jornada gloriosa:

—He visto en el Museo de Artillería el cañón de Kudia-Tahar. La plancha protectora, fortísima, está rota y hendida por las balas rifeñas. Rotos están también los radios de las ruedas... ¿Quiere usted contarme?...

El señor Fuentes Pila accede amable. Su palabra es ahora más apagada. Y dice:

—La posición de Kudia-Tahar estaba asediada por el enemigo. Día tras día, los rifeños iban apretando la argolla del cerco hasta estrangular á los valientes defensores de la posición. Estos se batían como leones; pero el terreno que pisaban era un montón de escombros, sembrado de balas y de heridos. Fenecían aquellos bravos agotados, rendidos, extenuados en

la trágica pugna. Los aviones dejaban caer alguna que otra vez barras de hielo y paquetes con hilas y algodón. Una granada deja fuera de combate a los sirvientes del cañón de Kudia-Tahar. El teniente D. Angel Mejón Carrasco muere acibillado al pie del cañón. Otro disparo inutiliza la pieza. Los bravos defensores piden auxilio por medio del heliógrafo. Mi hermano se ofrece voluntario. Van con él un sargento, dos cabos y veinte artilleros. Este equipo de artilleros va protegido por una columna de infantería, que marcha en socorro de la posición. La columna la componen unos cien hombres. El enemigo se percató de los refuerzos españoles y abre un fuego horroroso contra estas tropas. Una lluvia de plomo cae sobre los soldados españoles. Los rifeños disparan ametralladoras, fusiles y cañones. El jefe de las fuerzas, grita:

—¡Atrás! ¡No se puede continuar!

Entonces, el teniente Fuentes Pila, admirable, grita:

—¡Tengo orden de entrar en Kudia-Tahar, y entraré!

Y dirigiéndose a los veintitrés artilleros a sus órdenes, les dice:

—¡Muchachos, el que me quiera seguir, que me siga!

Todos responden como un solo hombre: «¡Adelante!» «¡Viva España!» Y fanatizados por el heroísmo de su oficial, se lanzan a la trágica aventura. Aquí uno y allá otro, van cayendo los soldados. Los moros arrecian en el ataque. Aquello es superior a las fuerzas humanas. Fuentes

Pila avanza, glorioso, dando palabras de aliento.

—¡Adelante; no temáis a las balas!

Un soldado grita:

—¡A la izquierda, que nos metemos en las trincheras enemigas!

La guerrilla corre, trepa, dispara y avanza, gloriosa. Algún compañero quiere coger al camarada herido. Fuentes Pila ordena:

—¡No es hora de recoger los muertos! ¡Si caigo yo, dejadme! ¡Algún artillero debe llegar a Kudia-Tahar!

Faltan ya cien metros para llegar a la posición; pero los hombres no pueden más. El teniente manda hacer alto, y pregunta:

—¿Quedamos muchos?

—Diez hombres, mi teniente—responde el sargento.

Han caído doce en el camino. Descansan un ratito y entran en la posición. El heroico capitán Zaracibar abraza a mi hermano y felicita a los soldados que llegan. Y pregunta al ver aquel puñado de valientes:

—¿Viene alguien más?

—Yo he visto en el camino a un oficial de infantería con una sección; pero no sé si viene ó no hacia acá—responde Fuentes Pila.

Eran las seis y media de la tarde. Anochece. Fuentes Pila se entera del material de combate que hay en la posición. De entre los escómbros sacan un cañoncito.

—Con esta pieza hay que hacer fuego, para demostrar al enemigo que aquí hay artillería—dice.

Y Fuentes Pila y tres artilleros arreglan el cañón durante la noche. Algunas veces el teniente se separa y va de soldado en soldado, por los parapetos, animando a los héroes. Y dice a todos:

—No apurarse, muchachos, que mañana llega la columna.

Y abraza al artillero del equipo de Mejón, Laureano Iglesias, que se ha batido como los buenos: «Así se hace. Yo daré parte a los jefes para que te recompensen.»

A las seis de la mañana, el cañoncito de Kudia-Tahar hace su primer disparo. Al tercer disparo español contestan las baterías rifeñas. Una granada enemiga da en la boca del cañón, hiere gravemente al apuntador y a dos servidores de la pieza y derriba a Fuentes Pila, que cae envuelto en polvo y tierra. Pide permiso el oficial al jefe de la posición para emplazar el cañón fuera de la alambrada. Es trasladada la pieza. Kudia-Tahar arde. Lluven las balas. Han caído en veinticuatro horas setecientas granadas. Un disparo da en el polvorín y lo incendia. Han sido trasladadas a las trincheras las granadas de mano, veintidós cajas de cartuchos de fusil y bastantes granadas de metralla. Un cordón de fuego rodea la posición. Fuentes Pila dispara sin cesar, hasta que la bala de un cañón rifeño le da en las piernas y lo despedaza, aventando su cuerpo, roto, por los aires. Aquí cae un trozo de bota, más allá una pierna... Eran las dos de la tarde del 5 de Septiembre de 1925.

JULIO ROMANO

EL ETERNO DRAMA

Por JESÚS CANCIO



¡Es la eterna escena del eterno drama!

Al bárbaro empuje de la marejada se partió la nave, y con ella el alma de los marineros que la tripulaban. Los más aguerridos ganaron la playa, y mientras las hembras llenaban de lágrimas, llenaban de besos sus mejillas ásperas, los hombres de bronce, los de burda lámina, los de gesto estoico, mudos como estatuas, hacia el mar volvían su torva mirada; hacia el mar siniestro cuyas turbias aguas hicieron pedazos su nave y su alma. Las gentes de bronce, los hombres de estampa sombría lo mismo que las invernadas, los de gesto impávido y la tez tostada, en el mar prendieron sus pupilas ávidas, y del mar maldicen la cobarde saña; mas al mar por fuerza volverán mañana, que aún no ha terminado la viviente farsa... Náufragos y astillas y besos y lágrimas, son sólo un pasaje de la historia trágica.

¡Es la eterna escena del eterno drama...!

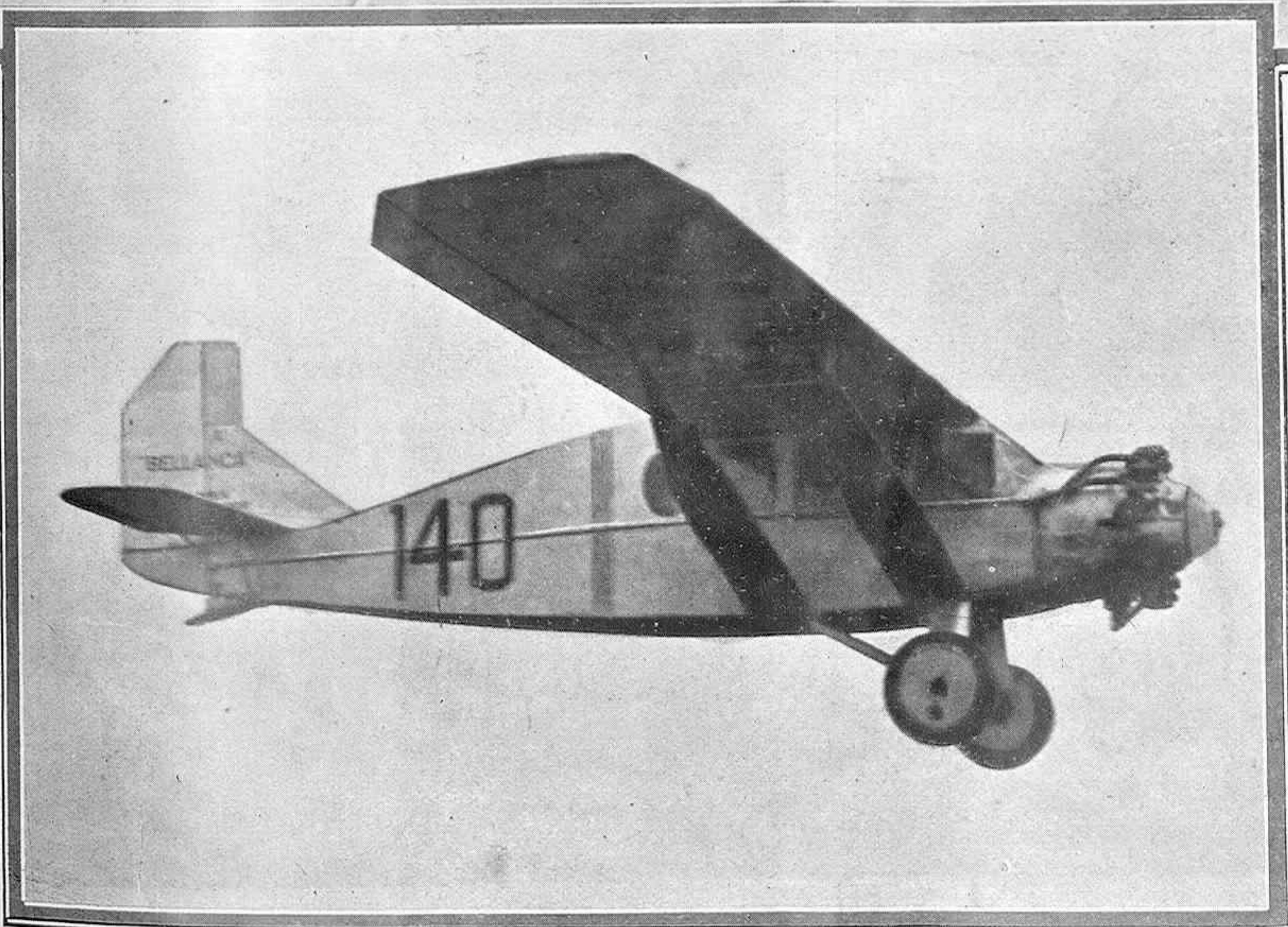
(Dibujo de Verdugo Landi)



El aviador norteamericano Chamberlain á bordo de su aparato «Miss Columbia»

Otro aviador norteamericano atraviesa el Atlántico en un solo vuelo

UNA nueva, una magnífica hazaña de la Aviación esta que ahora ha realizado Chamberlain. Reciente aún el entusiasmo producido en todo el mundo por el vuelo prodigioso de Lindbergh, otro americano atraviesa nuevamente el Atlántico y llega á las costas de Europa tras una travesía feliz. El nuevo héroe aterrizó, al concluirse la esencia, en las inmediaciones de Berlín. Como anteriormente en el vuelo de Lindbergh, el mundo entero ha seguido ahora con vivísima ansiedad la audacia de Chamberlain. En el avión «Miss Columbia» iba á ir acompañando al aviador su esposa; pero, á última hora, una repentina enfermedad de su madre lo impidió.



El avión «Miss Columbia», en que ha realizado Chamberlain el vuelo Nueva York-Berlín

(Fots. Agencia Gráfica)



Vestido de «crêpe marocain» con adorno de cinta de seda
(Modelo Callot)



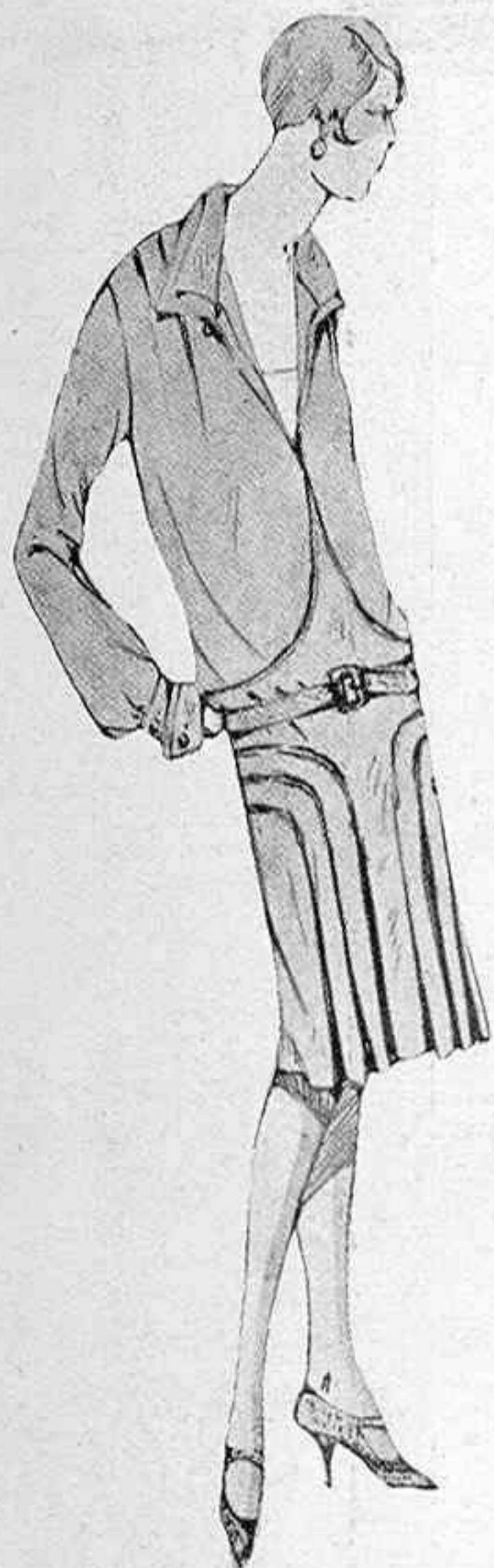
Vestido de «crêpe marocain» combinado con encaje
(Modelo Callot)

Elegancias

El triunfo de la síntesis

LA sensación más acusada que en el ánimo de la mujer moderna puede provocar una mirada al pasado, en lo que al traje se refiere, es la de agobio, de insoportable fatiga.

Encajes, cintas, plumas, bordados, pliegues, volantes, broches; todos los faralaes inventados por el fecundo ingenio de la Moda véñse, en el indumento de otras épocas, acumulados, á ve-



Vestido de «crêpe marocain» color palo de rosa (Modelo Helene)

ces, en un mismo modelo. La *écharpe* de largos flecos, la cola adornada de bullones y lazos, las mangas perdidas, los flotantes tules, estrechaban, enlazaban y prolongaban la silueta femenina hasta convertirla en un remedo absurdo de la figura humana, restándole su belleza esencial.

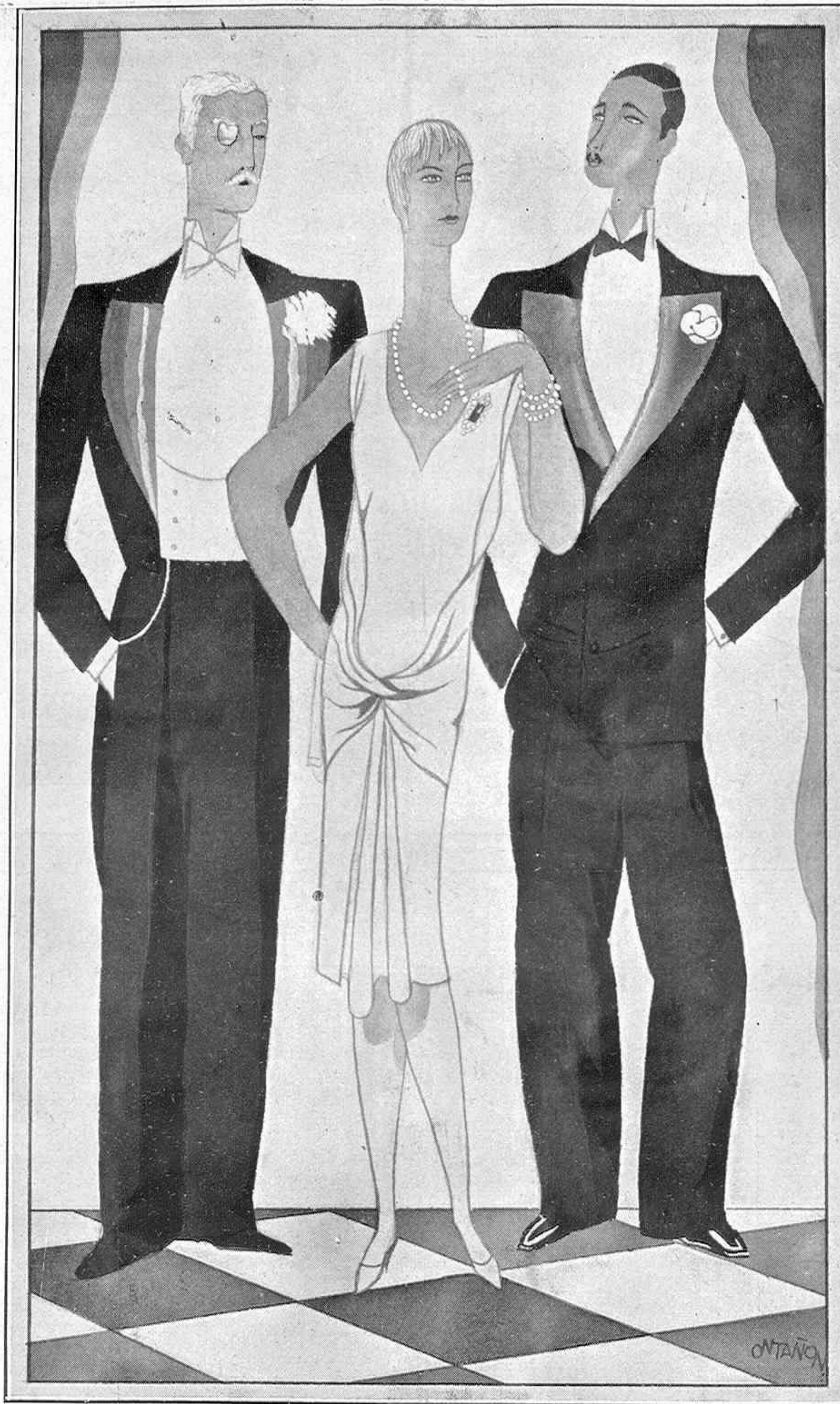
No obstante, se aceptaban con gusto tales extravagancias una vez sometido el ánimo y el concepto de la estética á los mandatos de la Moda.

Hoy puede decirse que hemos vuelto, en lo que al traje se refiere, á la idea que inspiró el indumento helénico. El vestido carece de empaque y de grave prestancia, pero lo que pierde en majestad gánalo en gracia.

Las faldas cortas y plisadas y los cuerpos rectos, ceñidos al cuerpo, son un remedo de la Moda juvenil de la antigua Grecia. Hasta los mismos tonos pierden, esta temporada, su carácter arbitrario y llamativo y se tornan más suaves, más en armonía con el gusto general. Todos los tonos *pastel* predominan en los modelos de tarde y noche. Únicamente en los de *sport* síguese manteniendo la nota violenta de una coloración definida: el verde fuerte, el naranja, el rojo y el violeta.

Para los trajes de mañana utilizáanse también las telas estampadas con diseños ingeniosos de flores ó motivos decorativos realizados con varios tonos. Estos géneros resultan muy prácticos, sobre todo si se buscan los elaborados con semiseda, los que pueden utilizarse también para modelos sencillos de tarde.

Los trajes livianos de Primavera obligan á llevar debajo la enagua, substituída por el *knicker* ó *culotte*, cuando se trata de vestidos confeccionados de lana ó seda fuerte. Estas enaguas ó visos se hacen ahora del mismo género que el traje; pero de forma recta y escaso vuelo, procurándose que no altere la línea ideada por el modisto al crear el figurín.



Vestido de noche en «crêpe georgette» color paja



Vestido de «crêpe georgette» negro sobre fondo de seda (Modelo Jane-Jane)

Si éste exige un viso muy estrecho, conviene hacerlo de punto de seda para que su falta de amplitud no resulte molesta, procurando buscar un tono aproximado al del vestido mismo.

Para tarde y noche sigue utilizándose el *Georgette* y el *marocain* verde, rosa, celeste y malva. Caso de preferirse otros géneros más suntuosos, sobre todo para trajes de gran etiqueta, empléase el lamé y los nuevos brochados de tonos cálidos: rubí, esmeralda y un precioso color de llama que ha sido adoptado recientemente con gran éxito por los modistos de más renombre. Estos tipos de trajes se confeccionan de manera un poco alejada de las hechuras corrientes. Descártase en ellos, de momento, el concepto habitual y se torna la vista con añoranza á

las épocas de más fastuosidad del Renacimiento. Las faldas se amplían, pomposas, y el talle se ajusta hasta lograrse la breve cintura que enloqueció á los enamorados de la belleza femenina en aquel tiempo. Los modistos diríase que gozan mostrando su comprensión y su habilidad en la creación de modelos tan alejados de nuestra época, y se enorgullecen del éxito que logran.

La mayor dificultad hállase en amoldar los movimientos y el peinado á los modelos pretéritos. ¡Sobre todo el peinado! No se concibe la nuca afeitada con el cuadrado escote y el busto recortado del traje en cuestión.

En determinados casos puede suplirse la falda con postizos; pero cuando el corte de pelo ha sido «despiadado», cuando todo el cabello ha sido sacrificado al «snobismo» de la Moda, no es posible sujetar los bucles y trenzas; precisa entonces acudir á la peluca incómoda, y que rara vez favorece.

Menos mal que, días tras día, va creciendo el número de las que se han arrepentido de ceder á los caprichos de la Moda en lo que al peinado se refiere. Día tras día aumenta el de las que se hallan «en franca convalecencia», ó sea



Toca de paja con un alfiler de brillantes (Modelo Zimmermann)



las que han logrado que el cabello pueda quedar prendido en diminuto moño.

¿Quiere esto decir que el ocaso de la melena se aproxima? No. Será fácil que, de aquí en adelante, siempre haya mujeres que gusten, por comodidad ó por estética, de llevar melena; pero no será general la costumbre, y, desde luego, no se llegará á la desaparición, casi total, del cabello, como ocurre ahora.



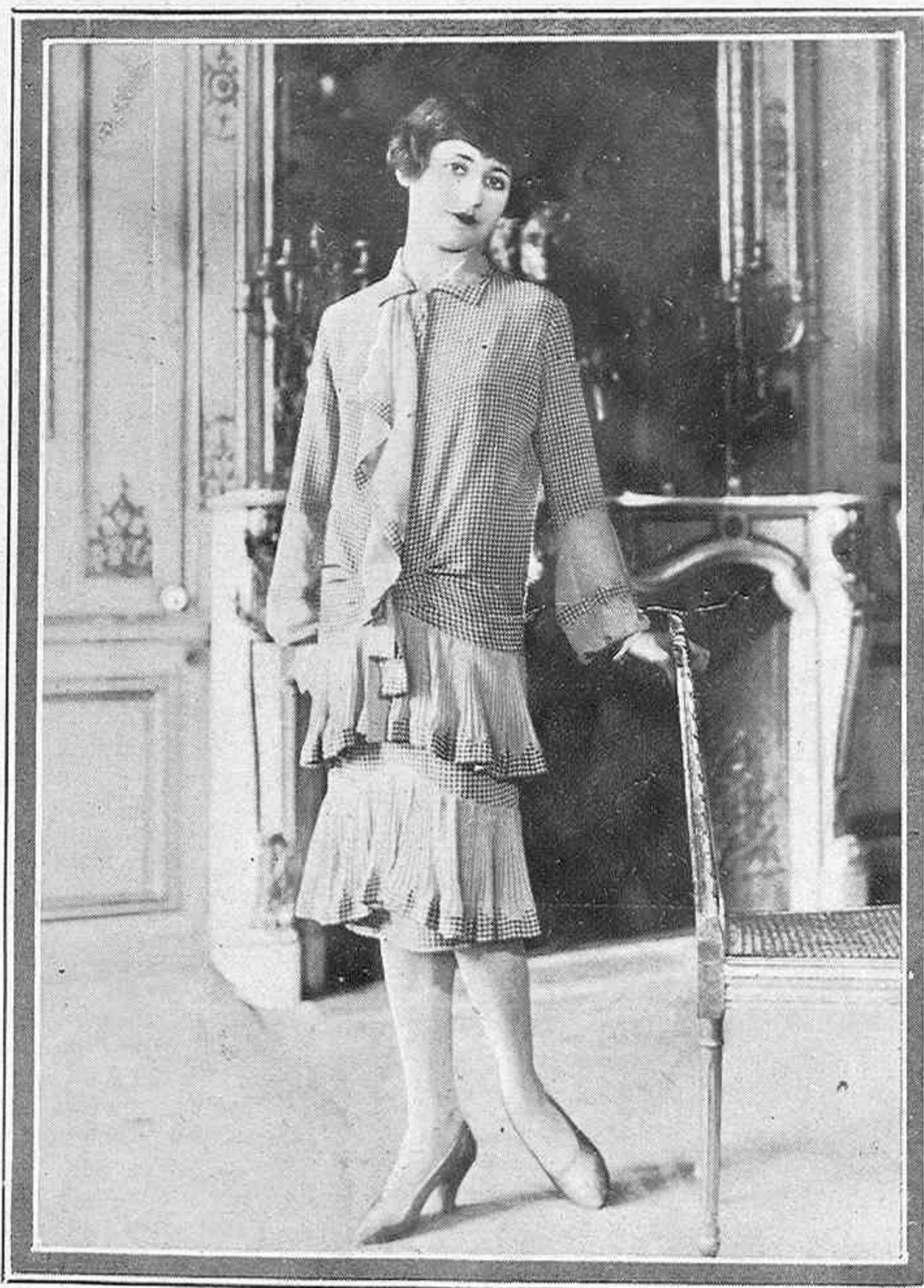
Vestido de encaje color «beige» sobre fondo de seda

En esta época del año, alternan los días calurosos con otros de grata frescura, que imponen la necesidad de usar abrigo. Un abrigo cómodo, ligero y bonito, que no desentone, por su hechura ni su color, con las prendas, exquisitamente ligeras, del indumento veraniego.

Van á obtener gran éxito, por su indudable *chic*, los de seda negra, adornados con cuello y boca-

Vestido de seda estampada en escocés con chaqueta de terciopelo negro

Vestido de «crêpe marocain» blanco y negro en la más extraña combinación



Vestido de crespón estampado, combinado con «crêpe georgette» (Modelo Marthial et Armand)

mangas de piel blanca y forrados de seda blanca también.

Con los trajes de *sport* se llevan abrigos de forma muy sencilla y sin forrar, confeccionados de paño esponjoso de igual color que el *jumper* que acompaña á la falda plisada blanca. Para *tennis* y *golf* se utilizará mucho el género de punto de lana con el nuevo diseño triangular.

Los modelos de forma enteriza llevan la línea del talle mucho más alta que hasta aquí, y se la acusa por medio de un cinturón de fantasía: *galuchat*, seda trenzada y piel de reptil. En esto último hállanse tonos admirable; prueba de ello los lindos bolsos que, de algún tiempo á esta parte, lucen las elegantes acompañando al *tailleur* de corte sencillo y sobria entonación.

¡Es curioso ver á la Moda triunfar hasta de la superstición!—I. P.



Vestido de «crêpe georgette» combinado con encaje



NUEVOS PRECIOS REDUCIDOS

(Sujetos a variación sin previo aviso).

BROUGHAM STANDARD...	29.000	pesetas
PHAETOM CUSTOM (4 plazas).	31.300	»
TOURING CUSTOM (7 plazas).	33.000	»

Todos los coches equipados con seis ruedas de disco y seis neumáticos.

Precios en nuestros depósitos de BARCELONA, MÁLAGA O BILBAO

Potencia y seguridad

ESTAS dos palabras, tan sencillas de pronunciar, han costado muchos años de estudio a los ingenieros del CADILLAC. Pero tal ha sido el triunfo con la construcción del motor tipo V, de 90 grados, que hoy, cuando se habla de coches de gran rendimiento, de larga duración o de económico sostenimiento, se cita en primer término el CADILLAC, lo que determina que se vendan tantos CADILLAC como la suma de coches de la misma categoría de diferentes marcas.

CONCESIONARIOS EN TODAS PARTES

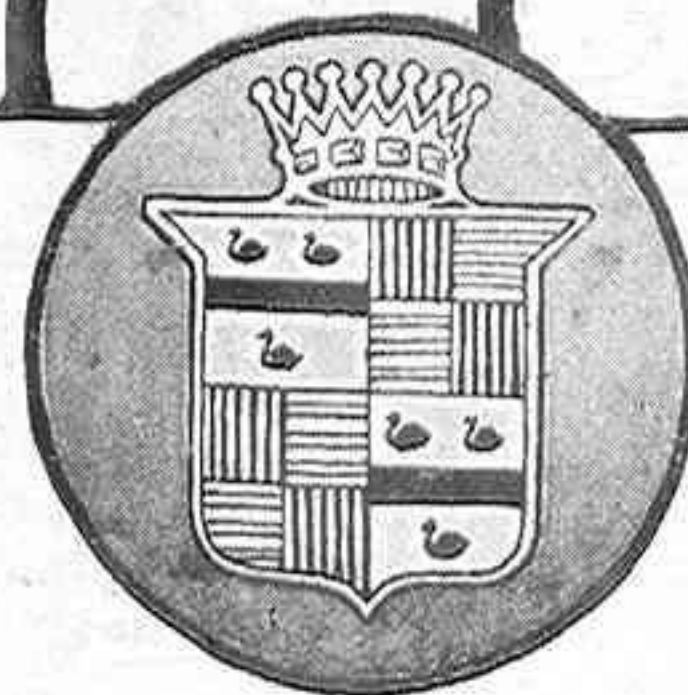
GENERAL MOTORS PENINSULAR, S. A.

Nueva fábrica:

Calle de Granada, 33
MADRID

CADILLAC

PRODUCTO DE LA



"GENERAL MOTORS"

UN PERRO DE CIRCO

NOVELA
POR
JACK LONDON



TRADUCCIÓN

DE

FERNANDO
DE LA MILLA



ILUSTRACIONES
DE E C H E A

(CONTINUACIÓN)

Michaël olvidó rápidamente los osos, que se pusieron á trabajar en otro extremo de la pista. Grandes y fuertes toneles, pintados de vivos colores, en los que los elefantes podían sentarse sin peligro de hacerlos astillas, y que los criados transportaban rodando fuera del anillo, atrajeron un instante su atención. Pero su mirada no tadó en fijarse en un poney de Sheeland, blanco y negro, que yacía amarrado en el suelo, y que de vez en cuando levantaba la cabeza hacia un hombre sentado sobre su vientre, como si quisiera besarle.

Esto fué todo lo que vió *Michaël*. Sin embargo, y sin saber por qué, le produjo una impresión muy desagradable. Lo que no había visto era la larga aguja que el hombre tenía en la mano, y que hundía en el lomo del animal. A cada pinchazo, el poney, obligado por el dolor, alzaba, en un movimiento reflejo, la cabeza hacia su verdugo. Este fingía querer acercarle su boca, lo que debía dar al público la impresión de que el animal expresaba de aquel modo su afección por su amo.

A su lado, otro poney de la misma raza, pero de distinto color, comportábase de una manera no menos extraña. Rodeaban sus patas delanteras sendas cuerdas de cáñamo, cuerdas que mantenían en tensión dos ayudantes. Otro hombre, colocado ante el «alumno», golpeaba sus rodillas con un vergajo. Lo que se intentaba era obligar al poney á arrodillarse, y así dar la impresión de que saludaba al hombre del látigo. Pero la pobre bestia parecía no gustar mucho de aquel juego, y de vez en vez intentaba rebelarse, agitando la cabeza y estirando las patas, para poder resistir las sacudidas de las cuerdas. De tal modo que, al no interrumpirse la tensión de éstas, el educando caía, necesariamente, de lado en tierra. A continuación el vergajo le hacía recobrar la posición deseada. Le estaban enseñando, pues, una de las «gracias» que más enternecen al público en los circos: la de arrodillarse ante su amo. Ningún espectador puede imaginarse por qué procedimientos la infeliz criatura ha aprendido á obedecer.

Harris Collins hizo señas al joven que llevaba á *Michaël* de que se acercara.

—Es el perro enviado por Harry del Mar—dijo el joven dios.

Brillaron los ojos de Collins con un vivo resplandor y escrutaron rápidamente al terrero.

Luego, emitiendo en voz alta sus reflexiones:

—¿Qué sabe hacer este bicho? He aquí el problema. Harry entendía el oficio. Si ha telegrafado que este perro es un *as* hay que creerle.

Pero Harry ha muerto. ¿Quién nos explicará ahora los talentos del animal? ¡Jimmy, quítale la cadena!

Una vez suelto, *Michaël* clavó su mirada en aquel dios superior, como esperando que algún extraño fenómeno se produjera en seguida. Un grito de dolor de uno de los osos le hizo estremecer.

—¡Ven aquí!—ordenó Harris Collins con voz seca y fría.

Michaël avanzó.

—¡Tiéndete!

Michaël se tendió lentamente con una repugnancia visible.

—Es un perro de raza—murmuró Harris Collins—. No le gusta obedecer. Habrá que hacerlo entrar por vereda. ¡Levántate! ¡Acuéstate! ¡Arriba! ¡En tierra! ¡Arriba! ¡En tierra!

Las órdenes eran como disparos. *Michaël* obedecía, obedecía, aunque sin dejar de gruñir.

—Lo indudable—declaró Collins—es que entiende el inglés. ¿Sabrá dar la voltereta hacia atrás? Vamos á ver. Jimmy, ponle otra vez la cadena. Y tú, Johnny, ponle la cincha.

Así se hizo, y Harris Collins ordenó:

—¡Vamos!

Fué para el pobre *Michaël* algo terrible. A la voz de Collins, la cadena, abrochada al collar, lo echó en tierra patas arriba, mientras que la cincha lo suspendía en vilo, y el infeliz recibía en plena cara un latigazo de la fusta de un tercer personaje. *Michaël*, al intentar resistirse, tuvo la sensación de una dislocación de sus miembros por los movimientos contrarios de la cuerda y la cadena, en tanto que la fusta seguía golpeándole el hocico. Se agitó un instante en el espacio, y volvió á caer de espaldas.

Cuando se levantó, su furor alcanzaba fronteras de locura. Erizado el pelo, gruñía ferozmente, las mandíbulas amenazantes. Sin vacilar, hubiera hundido sus colmillos en la carne del dios-jefe, de no estar doblemente sujeto por la cadena y la cincha. No podía hacer otra cosa que gruñir, en su cólera impotente, incapacitado para avanzar, retroceder y aun para volverse de un lado ú otro.

—¡Perro de raza!—exclamó Harris Collins, después de inspeccionar un momento el trabajo de los dos osos—. Son los peores... Soltadle.

En cuanto se sintió libre, *Michaël* se arrojó sobre Collins. Pero éste le hizo retroceder de un puntapié en plena boca. Ordenó Collins que lo ataran á una anilla próxima, y dedicó su atención momentáneamente á otro orden de ejercicios.

Cuatro pesados caballos de tiro, enjaezados y por parejas, acababan de entrar en la pista, se-

guidos de una joven vestida con cierta excentricidad y, no obstante, con graciosa elegancia.

A la vista de la joven, que parecía avanzar á la fuerza, á quien acompañaba un hombre aproximadamente de su misma edad y rostro duro, *Michaël* creyó se trataba de una prisionera, de una tan desdichada como él.

Llegó la joven al centro de la pista; se colocó entre los dos troncos de caballos, teniendo á derecha é izquierda los robustos cuartos traseros de las bestias. Empalideció y, temblando de horror, se ocultó el rostro con las manos.

—¡No, no, Billikens!—exclamó, volviéndose hacia su marido, que era el hombre que había entrado con ella—. No puedo... ¡Me da un miedo espantoso! ¡Un miedo espantoso!

Harris Collins intervino:

—Es pueril ese miedo, señora. Se trata de un número que no ofrece el menor peligro. En cambio, es de un enorme efecto, que es lo que piden todas las empresas. El aparato está colocado perfectamente.

Diciendo esto último, pasó una mano por la espalda y los hombros de la joven.

—Extienda un poco los brazos, haga el favor.

Miss Marie obedeció, y Collins, levantando las amplias mangas de encaje, descubrió dos ganchos de hierro, colocados exactamente á la altura de las palmas de la mano. Estos dos ganchos estaban unidos por un fino cable de acero que pasaba bajo los vestidos, siguiendo los brazos hasta los hombros y la espalda. Los ganchos, cuidadosamente disimulados, debían adaptarse á los tiros de los caballos, que debían avanzar en direcciones opuestas. Naturalmente, era el cable de acero el que resistía la tensión terrible, dando la impresión, sin embargo, de que era la artista la que soportaba heroicamente la prueba sensacional.

—En público—prosiguió Collins—hay que cuidar mucho de que no se vean los ganchos. Aquí da lo mismo, claro. ¿Está usted dispuesta?

La joven procuró dominarse, aunque sin dejar de suplicar á Billikens con la mirada. El marido fruncía el entrecejo y endurecía aun más las líneas del rostro.

Un mozo levantó del suelo la vara transversal, provista de una anilla, á que estaba unida cada pareja de caballos.

—Bastará que se rompa cualquier pieza del aparato—imploró miss Marie—para que me destrocen estos animales.

—No es posible. Tranquílcese usted—explicó Harris Collins—. Lo peor que puede ocurrirle es que se le rompa la blusa, el público descubra el truco y se burle de usted. Pero yo le garantizo que el aparato no falla. Vamos. Un poco de ánimo.



«Michaël» avanzó. —¡Tiéndete!

Miss Marie extendió los brazos y avanzó los ganchos hacia las anillas. Pero no se sentía con valor suficiente... Collins se encogió de hombros. Miró distraídamente al poney de los besos y al de las genuflexiones, que, terminada la lección del día, abandonaban la pista.

El marido acabó por irritarse.
—Eres ridícula. No hay quien tenga paciencia contigo. ¿Es que ahora, después de decir que sí, vas á volverte atrás?

—Está bien. Lo haré. No te enfades. Pero dame antes un beso. Después..., después..., ¿qué me importa lo que pueda ocurrirme?

Los ayudantes y mozos sonrieron. Lo mismo hizo, aunque más disimuladamente, Harris Collins.

—No se preocupe—dijo éste—. No pasa nada. No puede pasar nada. Lo principal es que obtenga usted un gran éxito el primer día. Después, yo le aseguro que no volverá á tener miedo.

Billikens se acercó á su frágil y bellísima mujercita, de mirada y gestos infantiles. Sin desfruncir el ceño, la estrechó entre sus brazos y la besó. Ella pareció recibir una vigorosa corriente

de energía, y mientras el marido se alejaba murmuró entre dientes:

—Cuando ustedes quieran.

—Separe las piernas—indicó Harris Collins—. Perfectamente. Ahora extienda los brazos.

Colocó en la posición conveniente los brazos de la joven y añadió:

—Tenga presente que en cuanto los caballos empiecen á tirar ya no podrá doblar los brazos. Pero la tensión no debe producirse hasta que no los haya abierto usted completamente. Fíjese bien, porque si no el cable de acero le desgarrará la piel. ¡Atención!

Los ganchos se unieron á las anillas, y las bestias empezaron lentamente á separarse.

—¡Vengan latigazos!—ordenó Collins á sus hombres, fijos los ojos en la joven y en el funcionamiento del aparato.

Fué una lluvia de latigazos sobre la grupa de los animales. Piafaban, brincaban. Sus pezuñas, herradas, anchas y profundas como platos soperos, hacían saltar en densas nubes el fino serrín de la pista.

Era tan emocionante el espectáculo, que el mismo Billikens no pudo contenerse. Temió una

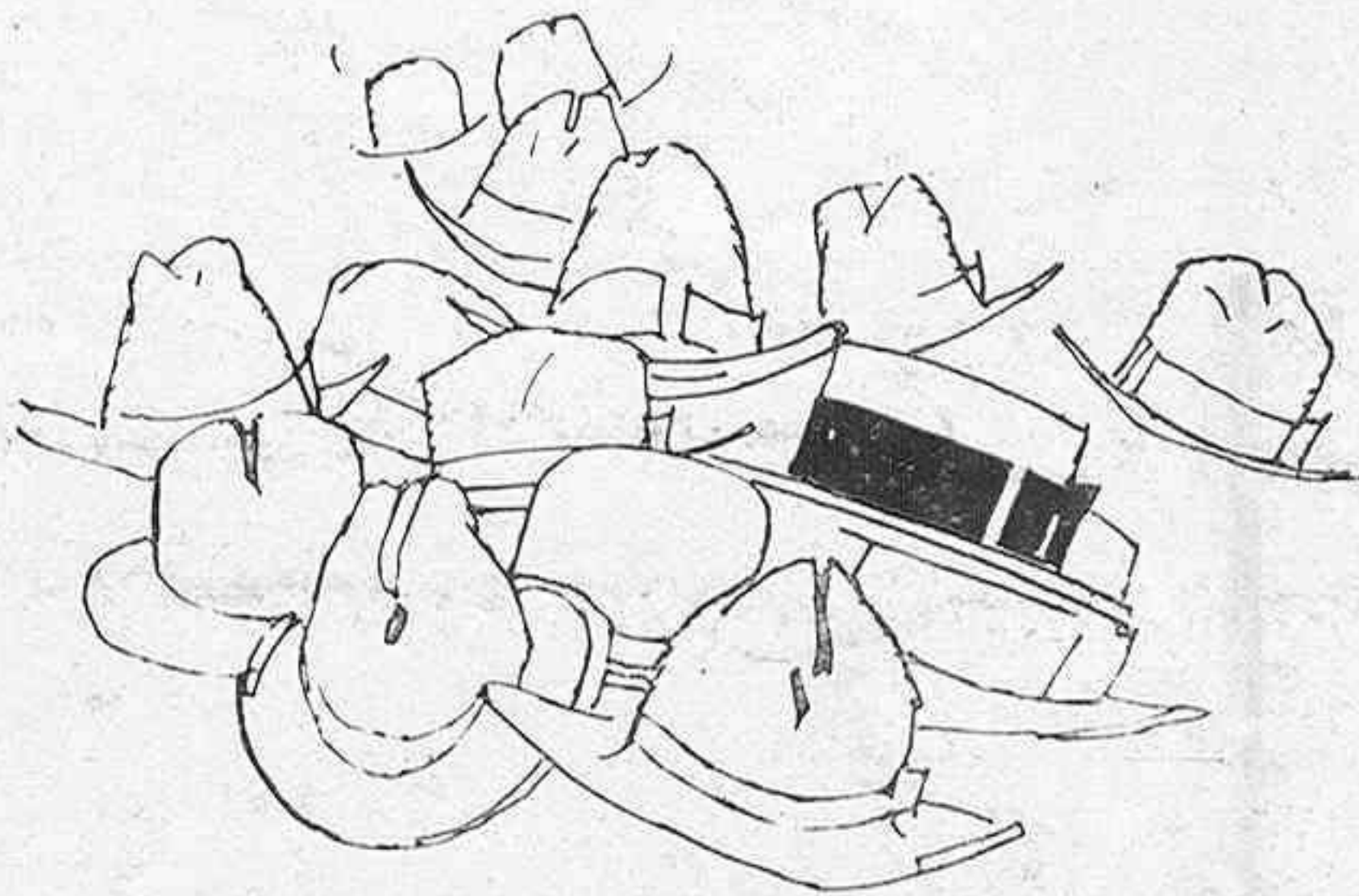
desgracia para su joven esposa, y renunció á seguir ocultando su emoción. En cuanto á miss Marie, las más diversas impresiones, rápidas como relámpagos, podían leerse en su rostro. Al principio, la infeliz sugería la imagen de una mártir cristiana, suplicada en el circo; una condenada á muerte, dispuesta á desaparecer por la trampa del aparato homicida. Luego, rápidamente, sus rasgos se ablandaron. Se pudo leer en ellos la sorpresa y la incommensurable sensación de alivio al convencerse de que no le había ocurrido ninguna desgracia. En seguida, á esta sensación sucedió la de orgullo, expresada en una mirada de triunfo y de amor á Billikens.

Harris Collins volvió á intervenir:

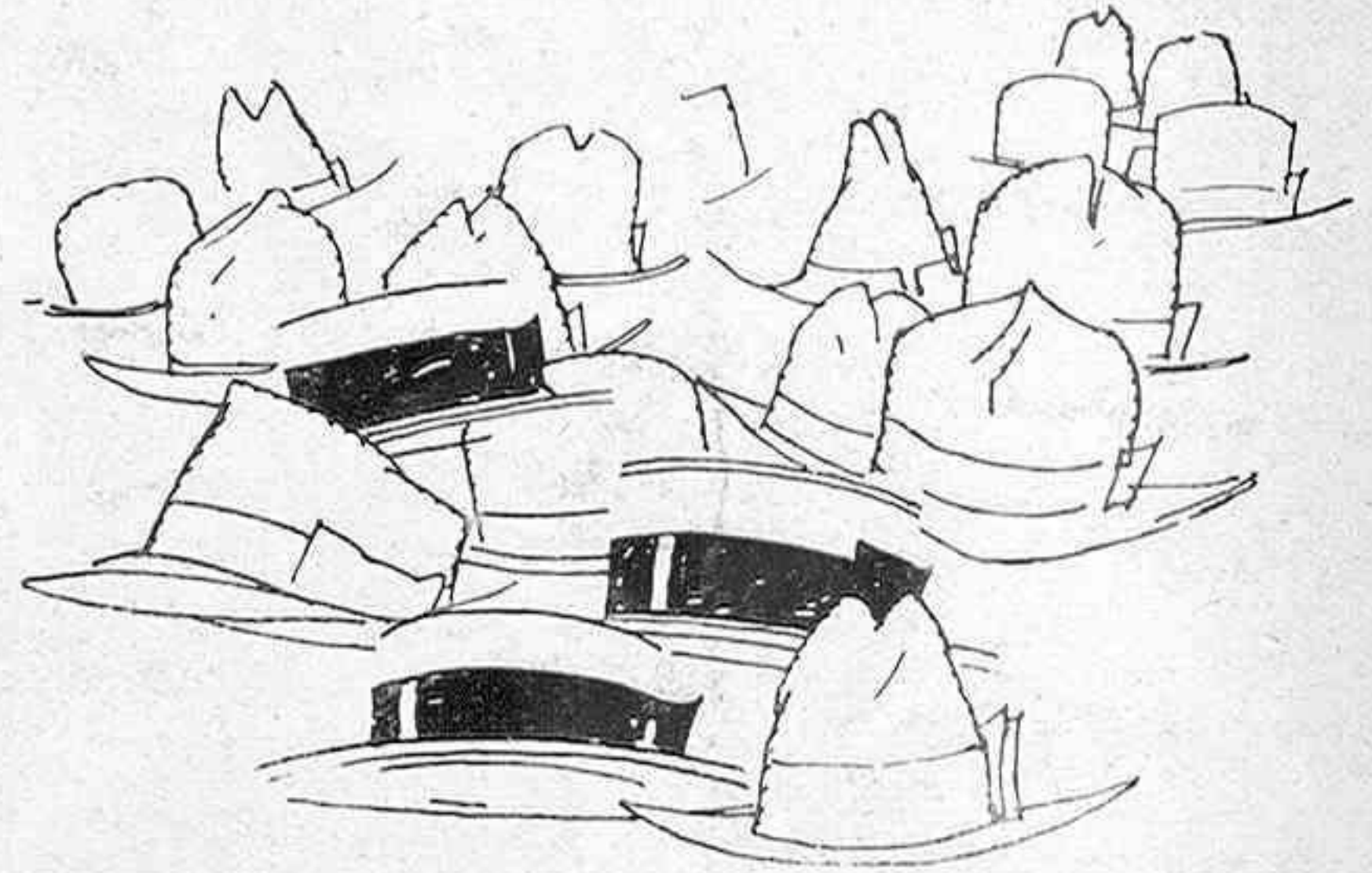
—Atención, señora... Durante este número... que no se le ocurra á usted sonreír. Al contrario. El público debe recibir la impresión de que soporta usted realmente la tensión formidable de los cuatro caballos. ¡Y eso, señora mía, hay que expresarlo en el rostro! Hay que fingir sufrimiento horrible, combinándolo con una expresión de energía y de fuerza de voluntad. Simule

(Continuará en el número próximo)

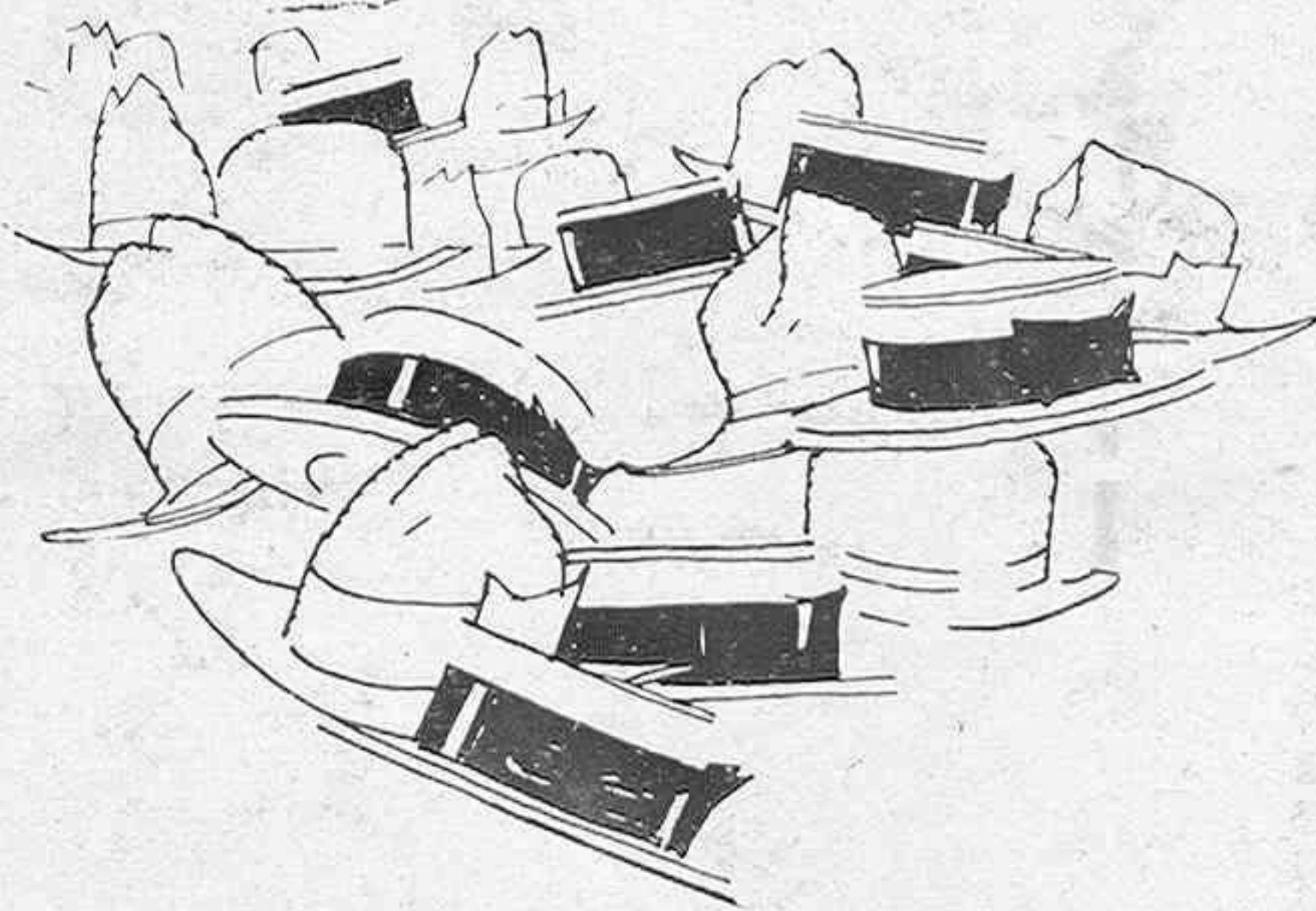
UN CASO DE DOMINACION PACÍFICA



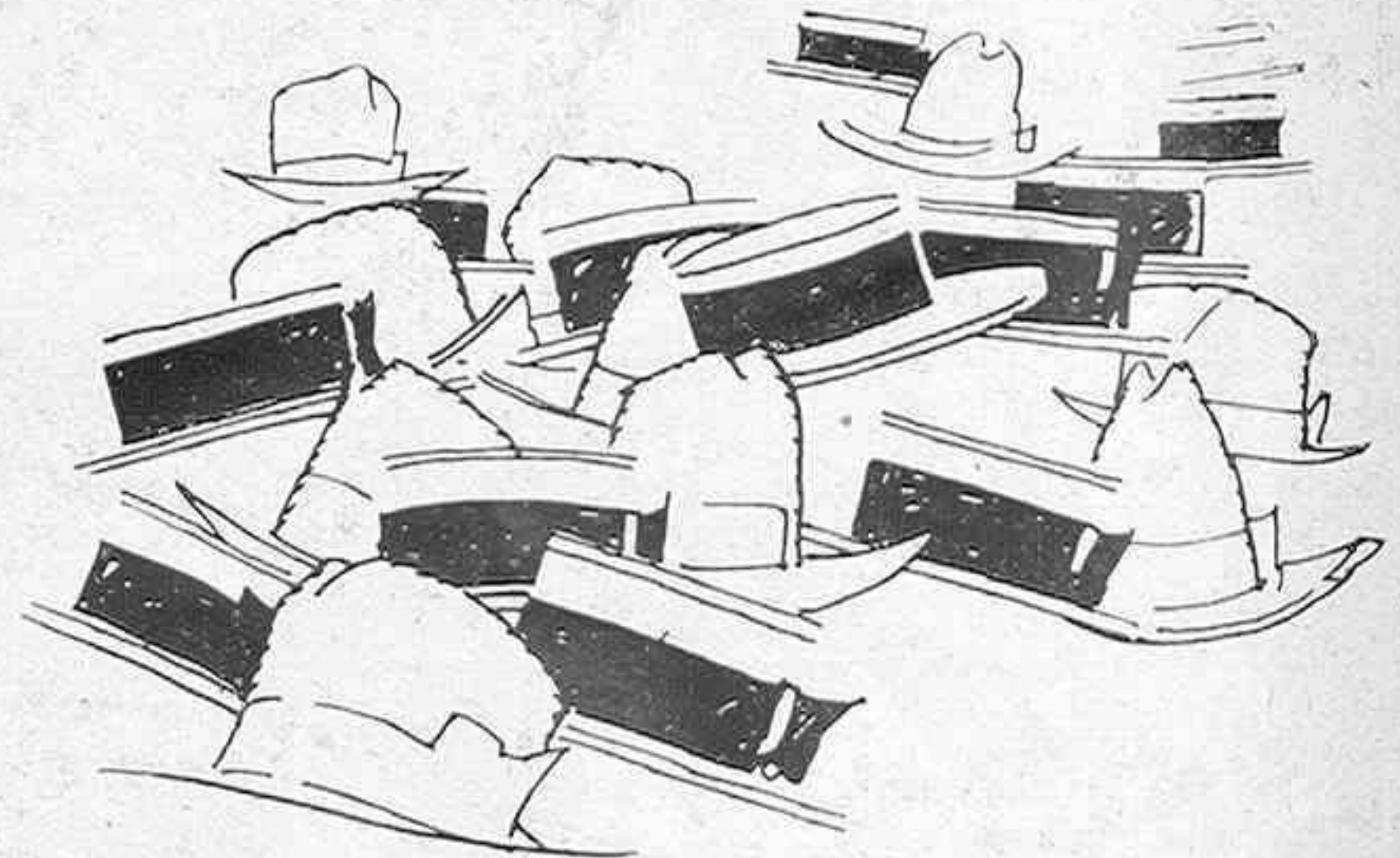
I



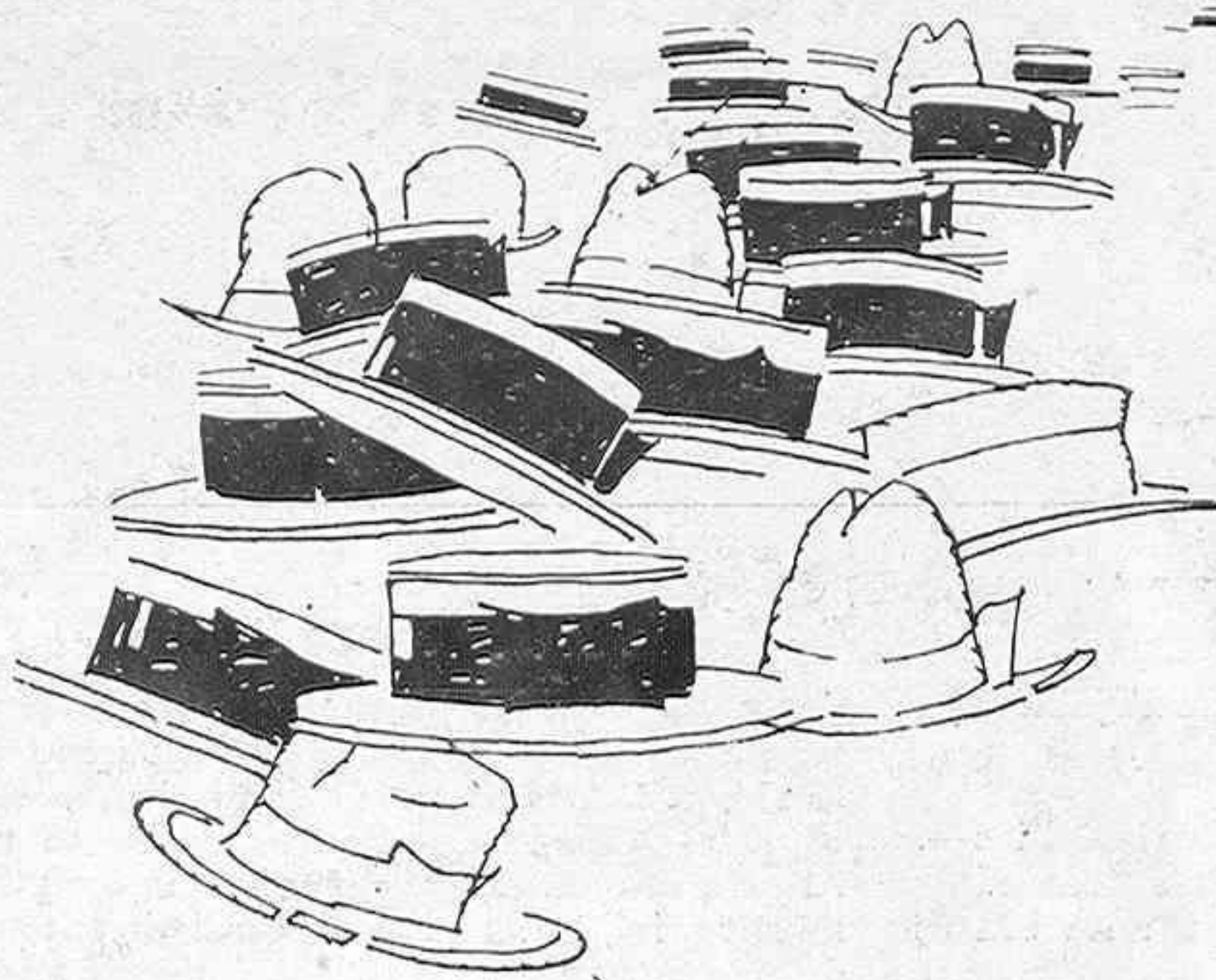
II



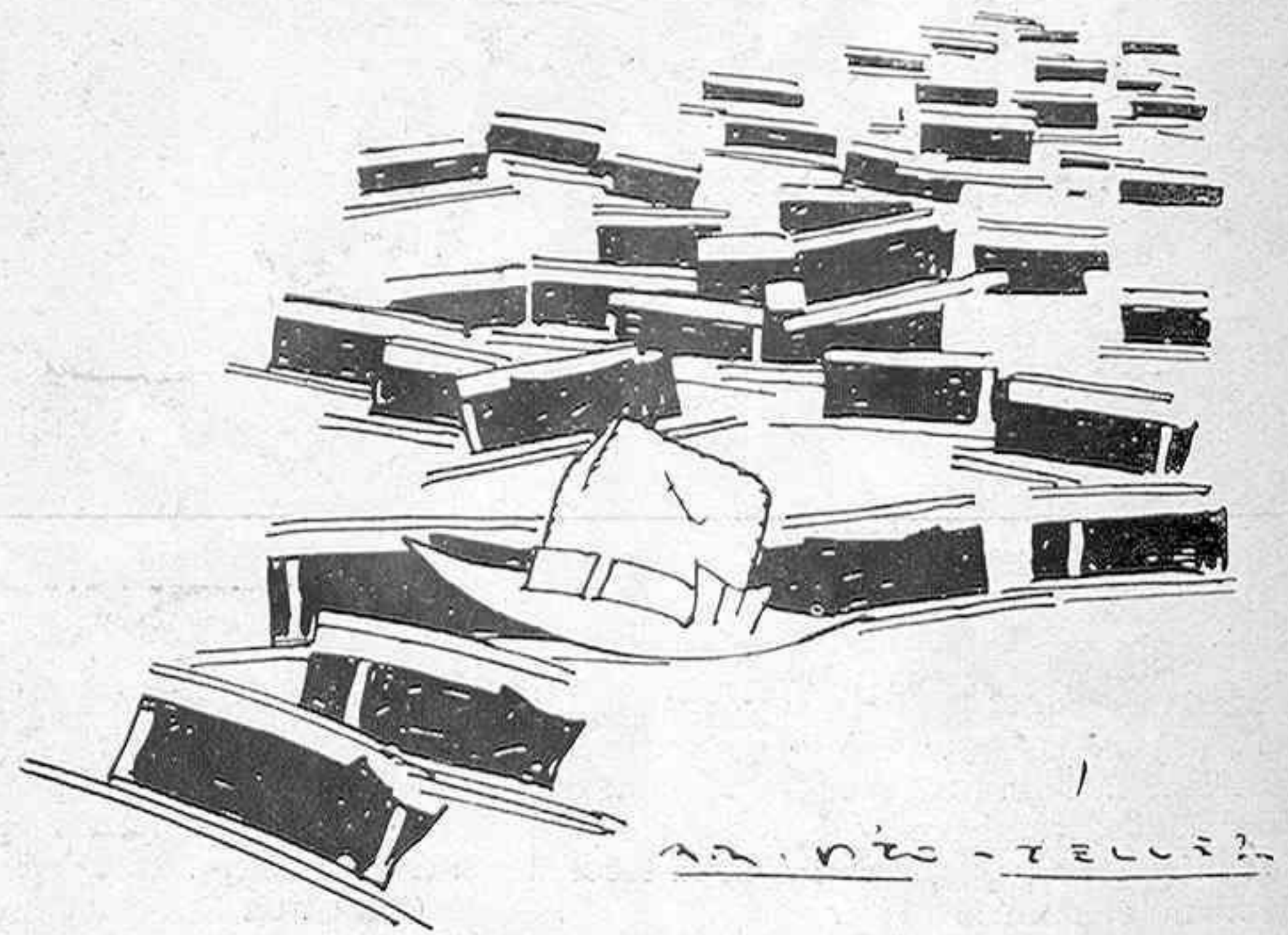
III



III



IV



V

LIBROS RECIBIDOS

Editados por Hijos de Santiago Rodríguez, importante casa editorial de Burgos, acaban de aparecer *Cuentos de Pototo*, con ilustraciones del notable dibujante F. López Rubio. Emiliano Ramírez Angel, el autor de estos delicados y sencillos relatos para la infancia, recruce el depurado estilo que le ha granjeado el creciente favor del público.

Tradiciones y leyendas de Toledo, por Margarita de Mayo, con ilustraciones á pluma de Antequera Azpiri, de la editorial arriba citada; y *El Real Monasterio de Santo Domingo de Silos* (su historia y tesoro artístico), del que es autor el ilustre Rvdo. P. Luciano Serrano.

De J. Ramos Páramo. *El tema trágico* (conversaciones de nuestro tiempo). En este librito su autor hace atinados comentarios y halla elevadas derivaciones á una serie de pensamientos planteados como sugestivos teoremas al principio de cada capítulo.

Goya. Su vida. Sus obras, por Joaquín Pla Cargol. Editorial Dalmau. Gerona. Un libro primorosamente encuadernado, por el que, con sencilla prosa, el autor desliza todos los aspectos de la accidentada y fecunda labor del artista. Por las páginas del librito campean algunos trasuntos de las principales obras de Goya.